



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

BACON.
ENSAYOS
DE
MORAL Y DE POLÍTICA

TRADUCIDOS POR

ARCADIO RODA RIVAS.

MADRID.
IMPRESA DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 19.
1870.

1-5-21

ENSAYOS

DE

MORAL Y DE POLITICA.



1. Pensamiento político - S. XVI -
XVII



BACON.





R. 1321

51.078

BACON.

ENSAYOS

DE

MORAL Y DE POLÍTICA

TRADUCIDOS POR

ARCADIO RODA RIVAS.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5313033997

MADRID.

IMPRESA DE M. MINUESA,
calle de Juanelo, núm. 49.

1870.

El traductor se reserva los derechos que la ley le concede.

X533627 809

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.



No ofrecemos al público la traducción de estos Ensayos como un trabajo perfecto, sino como un trabajo útil. La fama imperecedera y universal que va unida al nombre de Francisco Bacon, sabemos que la debe más principalmente á la obra que dejó comenzada con el título de *Grande restauracion de las ciencias*, que á las demás que produjo su infatigable y vastísimo ingenio. Pero aunque estos estudios no pueden considerarse como su obra más importante, son sin disputa de un mérito extraordinario: él mismo se atreve á reconocerlo así en la dedicatoria de la segunda edicion que hizo al duque

de Bukingham, cuando dice primero, refiriéndose á ellos, «que se complace en alimentar la esperanza de que á favor de la lengua latina, que es una lengua universal, podrán vivir tanto como vivan los libros y las letras;» y cuando más adelante añade que «son uno de los mejores frutos que la Providencia divina le ha permitido obtener de los afanes y trabajos de su pluma.»

Pero la importancia, y sobre todo la utilidad de este libro se comprende mejor, considerando que el hombre que lo escribió se habia dedicado desde su temprana juventud al estudio de todas las ciencias, en las cuales produjo una completa y saludable revolucion, y más tarde al manejo de los negocios políticos; que su vida en medio de la córte de Inglaterra, donde llegó á desempeñar cargos importantes, le facilitó el conocimiento de las cosas y de los hombres; que sus talentos eran tan propios para remontarse á las regiones de las ideas especulativas como para descender hasta el terreno de la práctica, y que unidas estas circunstancias á un espíritu tenazmente investigador y profundo, debieron enriquecer su inteligencia con un precioso tesoro de conocimientos, de cuya extension y calidad son una muestra estos

Ensayos, publicados por segunda vez el año 1625, cuando ya habia cumplido los sesenta y cuatro de su edad.

A diferencia de otros filósofos y moralistas, que sólo presentan á la consideracion de los hombres modelos ideales, cuya realidad es incompatible las más veces con la flaca naturaleza del humano linaje, aspira más bien á indicarnos los escollos que nos amenazan en el mar de la existencia; y los puertos y ensenadas donde puede buscarse un refugio en los dias tempestuosos. Pero no sólo nos encamina con sus preceptos hácia la perfeccion moral, sino que fijando su vista en las relaciones que unen al hombre con los demás hombres y con la sociedad en que vive, presenta los caracteres individuales más peligrosos y el modo de conducirse con ellos, y traza la conducta que se debe seguir para lograr la consecucion de todos los fines justos y legítimos. Conocedor de la grande influencia que los hombres de gobierno y los príncipes ejercen en la sociedad, dirige á ellos muchas veces las prudentes observaciones que habia sacado de la historia de los pueblos, ó de los mismos acontecimientos de que habia sido actor ó espectador. No olvidando nada de cuanto puede con-

VIII

tribuir principalmente al bienestar de los hombres, hasta da en uno de sus artículos algunos consejos sobre el modo de conservar la salud, los cuales nos parecen de un valor incuestionable, comparados con los que hemos visto en algunas obras de higiene.

Se conoce, no obstante, en el conjunto de estos Ensayos, que el autor escribía á fines del siglo XVI y principios del XVII: en lo poco que habla de asuntos económicos, se ve que abunda en los errores que eran patrimonio de aquella época, y que esta rama del saber no fué la que más ocupó su poderosa inteligencia: estos son, sin embargo, pequeños lunares que apenas se divisan en un trabajo enciclopédico como este, y que no merman su importancia ni su mérito, de igual modo que una obra arquetipa y monumental del arte antiguo no desmerece casi nada aunque el tiempo la haya señalado con su huella, ó aunque se note entre la multitud de sus bellezas alguna ligera incorreccion.

La parte política de esta obra es digna de meditarse mucho, especialmente por los hombres que se sientan empujados por su destino hácia el terreno áspero y peligroso de los negocios públicos. No desconocemos el dictámen con-

trario al nuestro, que sobre las opiniones de Bacon relativas á este punto, han formado escritores muy ilustres; pero á pesar del respeto que se merecen, insistimos en creer que el hombre que se educa y prepara para lanzarse en el mar proceloso de la política, debe buscar en todas partes armas y recursos para hacer posible y próspera su navegacion. Pues qué, ¿ha de aventurarse indefenso en un camino sembrado de riesgos y emboscadas? ¿Se ha de considerar invulnerable con la sola defensa que le ofrezca su virtud, cuando la virtud sin la sagacidad y la prudencia, es un peto que más bien atrae que rechaza los dardos de la maldad? El decir á los hombres que sean honrados solamente, es decirles la mitad de lo que deben saber: el enseñarles á que sean honrados y á que sepan conocer las maquinaciones de los perversos y librarse de ellas, es completar su enseñanza con una doctrina esencialísima. Cuanto más puros y cuanto más bellos y elevados sean los sentimientos de un hombre, tanta mayor es su necesidad de aprender toda la bajeza y depravacion de que son capaces algunas criaturas. Bacon sabía que los hombres no pueden convertirse en ángeles mientras se hallen en esta vida perecedera cubiertos de su cáscara mortal, y en vez de pro-

ponerse un imposible, dirige sus esfuerzos á que no sean víctimas ni verdugos.

Por más que sus creencias religiosas no sean exactamente las que abriga nuestra alma, preciso es concederle que se ocupa de estos asuntos con una templanza y circunspeccion dignas de elogio, y que sus palabras están animadas de un sentimiento conciliador y tolerante, inspirado sin duda por la lectura de las hermosas páginas del Evangelio.

Tributaremos una muestra de respeto á la verdad, tal como nuestro pensamiento la comprende, añadiendo que algunos capitulos pueden servir lo mismo para indicar al hombre honrado el mal camino de que debe apartarse, que para enseñar al de torcidas intenciones el modo de ser más infame; pero aun en estos casos, jamás cita el ejemplo de un hecho detestable sin lanzar contra él todo el peso de su reprobacion.

Podemos decir por consecuencia, que esta obra es de grande utilidad para las personas de alta categoría igualmente que para las de posicion social ménos elevada, y que si el hombre de escasos conocimientos tiene en ella mucho que aprender, tambien el que posea una extensa ilustracion encontrará algo nuevo que

añadir al caudal de los suyos. Los jóvenes, sobre todo, nos parece que habrían de sacar de su lectura un provecho considerable, puesto que contiene el fruto sazonado de cincuenta años de estudios hechos en los libros y en los negocios del mundo. Un joven puede poseer talentos naturales y cierto fondo de instrucción; ¿pero de qué le sirven estos recursos si no están auxiliados por la experiencia? ¿No es la experiencia la que proporciona á la edad madura las ventajas que ésta lleva siempre á los pocos años para conocer y evitar los peligros de que está sembrada la vida? ¿No son también las lecciones de la experiencia las que mayores y más dolorosos sacrificios cuestan al hombre, y las que más tardan en llegar á fortalecer su razón, cuando prefiere recibirlas del tiempo más bien que de las palabras de los sábios? Esto es inquestionable, y no vacilamos en asegurar que la colección de Ensayos que presentamos traducida, es un verdadero tesoro para la juventud.

Pero no vaya á creerse que una mirada superficial basta para aprender en estas páginas todo lo que ellas pueden enseñar: los grandes ingenios llenan sus escritos de sólidos pensamientos, y es preciso leerlos detenidamente

para aprovechar toda su doctrina: el espíritu es en cierto modo comparable al estómago, que no puede digerir de una vez gran cantidad de alimentos muy sustanciosos.

A. Roda.

NOTA. Si esta obra fuese bien recibida del público, no tardaríamos en publicar la traducción de las demás obras de Bacon, que desde hace algun tiempo tenemos comenzada.

BACON.

ENSAYOS DE MORAL Y DE POLÍTICA.

I.

DE LA VERDAD.

¿Qué es la verdad? preguntaba Pilades irónicamente y sin querer aguardar la respuesta. Se ven muchas personas que, mirando como una esclavitud la necesidad de tener opiniones y principios fijos, quieren gozar de una entera libertad, tanto en sus pensamientos como en sus acciones. La secta de los filósofos que dudaban de todo, se extinguió hace mucho tiempo; pero todavía se encuentran muchos espíritus vagos é inciertos que parecen contagiados de la misma manía, aunque sin tener tanto vigor y profundidad como los antiguos excépticos. Sin embargo, la causa que ha acreditado y consa-

grado tantos errores, no ha consistido en las dificultades que es necesario vencer para descubrir la verdad, ni en el trabajo porfiado que exige esta investigación, ni en aquella especie de yugo que parece imponer al pensamiento cuando se la encuentra, sino en un amor natural por la mentira misma.

Entre los filósofos más modernos de la escuela griega, hay uno que se ha ocupado muy especialmente de esta cuestión, y que ha procurado en vano investigar la causa por la cual tienen los hombres una predilección tan marcada hacia la mentira, siendo así que no les proporciona placer como á los poetas, ni provecho como á los mercaderes, sino que por el contrario parecen amarla por ella misma. Yo resolvería esta cuestión del modo siguiente: lo mismo que un día muy claro es ménos favorable al efecto de las decoraciones escénicas que la luz débil de las bugias y de los candelabros, lo mismo la verdad en todo su esplendor, es también ménos favorable al prestigio, al adorno y á la pompa teatral del mundo, que su luz un poco debilitada por la mentira. La verdad, tan preciosa como parece, no tiene acaso mas que un valor comparable al de una perla que necesita el auxilio de la luz del día para presentar

todo su mérito, y no igual al de un brillante, cuyos propios resplandores aventajan á las luces. Sea de esto lo que quiera, no es dudoso que un poco de ficcion mezclada con la verdad causa siempre placer.

Quitar al espíritu las vanas opiniones, las falsas apreciaciones, las ilusiones seductoras y todas las quiméricas esperanzas de que se alimenta, sería acaso condenarlo al enojo, al disgusto, á la melancolia y al desaliento. Uno de los más grandes doctores de la Iglesia, y cuya severidad nos parece otras veces un poco excesiva, llama á la poesía el vino de los demonios, fundándose en que las ilusiones de que llena la imaginacion ocasionan una especie de embriaguez, y sin embargo, la poesía no es mas que la sombra de la mentira. Pero la mentira en realidad perjudicial, no es la que toca ligeramente al espíritu humano, y que no hace, por decirlo así, nada más que pasar á su lado y rozándose con él; sino la que lo penetra más profundamente y se fija en el entendimiento, que es aquella de que hablamos más arriba.

Sea cualquiera la idea que los hombres puedan formarse de lo verdadero y de lo falso en el extravío de sus juicios y depravacion de sus afecciones, la verdad, que no tiene más juez

que ella misma, nos enseña que su investigacion, conocimiento y sentimiento, que se parecen al deseo, á la vista y al goce, son el mayor bien que puede concederse á los mortales. Lo primero que Dios creó en los dias de la formacion del universo, fué la luz de los sentidos, y lo último, la luz de la razon; pero su obra eterna, obra propia del sábado, es la iluminacion misma del espíritu humano. Desde un principio derramó la luz sobre la superficie de la materia ó sobre el caos, despues sobre la faz del hombre que acababa de formar, y por último, extendió eternamente la luz más viva y pura en las almas de los escogidos. Lucrecio, ese poeta que ha sabido dar algun realce á la última y más repugnante de las sectas, ha dicho con la elegancia que le es propia: «Un placer bastante agradable es el de un hombre que desde lo alto de la roca donde está sentado, contempla un navio combatido por la tempestad. Es igualmente delicioso mirar desde una torre elevada dos ejércitos que pelean en una vasta llanura, y ver incierta la victoria, pasar del uno al otro alternativamente. Pero no hay ningun placer comparable al que experimenta un sábio que desde las alturas de la verdad, alturas en que nadie ejerce tiranía y donde reina perpétuamente

un aire tan puro como sereno, dirige sus tranquilas miradas sobre las opiniones engañosas y sobre las tempestades de las pasiones humanas;» y aún debería añadir que semejante espectáculo no excita en nosotros mas que una indulgente conmiseracion, y no orgullo ni desprecio. Ciertamente, todo mortal que animado del fuego divino de la caridad, y descansando sobre el seno de la Providencia, no tiene otro pensamiento ni otro norte que la verdad, goza desde este mundo de los bienes celestiales de la otra vida.

Si pasamos ahora de la verdad filosófica ó teológica á la verdad práctica, ó más bien á la buena fé y la sinceridad en los asuntos del mundo, no podremos dudar, y esta es una máxima incontestable aún para aquellos que piensan de distinto modo, que una conducta franca y siempre recta no es lo que da mayor elevacion y dignidad á los hombres, y que la falsedad en el comercio de la vida, es semejante á los metales viles que se alean con el oro, que aunque le hacen más fácil de trabajar disminuyen su valor. Todos estos caminos oblicuos y tortuosos, asemejan el hombre á la serpiente, que se arrastra porque no sabe marchar de otro modo. No hay vicio más vergonzoso ni que más

degrade, que el de la perfidia, ni papel más humillante que el de un embustero, ó el de un tramposo, cogidos infraganti ó sobre el delito. Así es, que Montaigne, buscando la razón por la cual el ser desmentido es una afrenta tan grande, resolvió así esta cuestión con su discernimiento ordinario: «Si fijamos bien la atención, ¿qué es un mentiroso sino un hombre que teme á los hombres y que desprecia á Dios?» Y en efecto, mentir, ¿no es insultar á Dios mismo y doblarse cobardemente delante de los hombres? Por último, para dar una idea de la enorme magnitud de los crímenes que ocasionan la mentira y la falsedad, diremos que estos vicios, llenando la medida de las iniquidades humanas, han de ser como la trompeta que llamará sobre los hombres el juicio de Dios; pues está escrito que cuando el Salvador del mundo descienda entre nosotros, no encontrará la buena fé sobre la tierra.



II.

DE LA MUERTE.

Los hombres temen la muerte como los niños temen las tinieblas, y lo que contribuye á los terrores que experimentán, son los cuentos tenebrosos con que se les embauca. No cabe duda en que las profundas meditaciones sobre la muerte, considerada como consecuencia del pecado original y como paso para entrar en la otra vida, son una ocupacion piadosa y saludable; pero el temor de la muerte, mirada como un tributo que es preciso pagar á la naturaleza, es una verdadera debilidad. Hasta en las meditaciones religiosas sobre este asunto, entra algunas veces puerilidad y supersticion: por ejemplo, en uno de esos libros que meditan los

monges para prepararse á la muerte, se lee lo que sigue: «Si la más pequeña herida hecha en un dedo puede causar tan vivos dolores, ¿qué horrible suplicio no debe ser la muerte, que es la disolucion ó la corrupcion del cuerpo entero?» Conclusion absurda y despreciable, puesto que la fractura ó dislocacion de un solo miembro causa más grandes dolores que la muerte misma, no siendo las partes esenciales á la vida las más sensibles. Es muy juiciosa la frase del escritor que ha dicho, hablando solamente como filósofo y hombre de mundo: «El aparato de la muerte es más terrible que la muerte misma.» En efecto, los gemidos, las convulsiones, la palidez del rostro, la tristeza de los amigos, la desolacion de la familia y el lúgubre aparato de los funerales, es lo que hace á la muerte tan terrible.

Conviene observar á este propósito, que no hay en el corazon del hombre ninguna pasion tan débil que no pueda sobreponerse al temor de la muerte. La muerte no es, pues, un enemigo tan formidable, puesto que el hombre tiene siempre en sí mismo recursos con que vencerla. El deseo de venganza triunfa de ella, el amor la desprecia, el honor la desea, la desesperacion la elige por refugio, el miedo la

apresura, la fé la abraza con una especie de gozo, y si hemos de creer lo que dice la historia de Roma, despues que el emperador Oton se hubo dado la muerte, la compasion, que es la más débil de las afecciones humanas, determinó á algunos de los que le eran más afectos á seguir su ejemplo; resolucion, repito, que tomaron por pura compasion hácia su jefe y como la única digna de sus parciales. A estas causas añade Séneca el enojo, la saciedad y el disgusto: «Para despreciar la muerte, dice este filósofo, no hay necesidad de valor ni desesperacion; basta permanecer mucho tiempo haciendo y deshaciendo una misma cosa, y estar hastiado de la vida.»

Un hecho igualmente digno de atenderse, es la poca alteracion que la proximidad de la muerte produjo en el alma firme y generosa de ciertas personas que no desmintieron su vida pasada ni aun en estos últimos momentos, siendo dignos de sí mismos hasta su fin. Por ejemplo, las últimas palabras de César Augusto fueron una especie de cumplido: «Livia, dijo á su esposa, adios, y acordaos de nuestro matrimonio.» Tiberio disimulaba todavía en sus últimos momentos: «Ya, dice Tácito, sus fuerzas le abandonaban, pero la disimulacion quedaba

aún.» Vespasiano murió chanceándose, y sentado en su silla dijo cuando poco á poco se le escapaba la vida: «¡Ah! yo creo que me convierto en un dios.» Las últimas palabras de Galba, fueron una especie de sentencia: «Soldado, exclamó, si tú crees mi muerte útil al pueblo romano, hiere;» y despues el mismo presentó el cuello á su asesino. Septimio Severo murió despachando un asunto: «Aproximaos, dijo, y concluyamos esto; por poco que me reste de vida, aún quedará tiempo para hacerlo.» Y lo mismo podria decirse de otros muchos personajes.

Los estóicos ponian mucho cuidado en excitar los hombres á despreciar la muerte, siendo así que todos sus preparativos contribuyen á hacerla más imponente. Yo prefiero al que ha dicho que «la muerte es el último acto, ó el desenlace del drama de la vida.» Es tan natural morir como nacer, y quizá el hombre sufra más al nacer que al morir. El que muere en mitad de un gran designio con que está profundamente ocupado, siente la muerte de igual modo que el guerrero que es herido mortalmente en el calor de un combate. La ventaja propia de todo gran bien al cual se aspira y que llena el alma por completo, es quitar el sentimiento.

del dolor y de la muerte misma. Pero dichoso, mil veces dichoso, el que estando dedicado á un objeto verdaderamente digno de sus esperanzas y de su atencion, puede al morir cantar como Simeon: *Nunc dimittis*, etc. Otra ventaja de la muerte es abrir al grande hombre el templo de la fama y extinguir al mismo tiempo la envidia. «Ese mismo hombre, dice Horacio, á quien todos envidian, tan pronto como cierre los ojos será de todos querido.»



III.

DE LA UNIDAD DEL SENTIMIENTO EN LA IGLESIA CRISTIANA.

Siendo la religion el principal vínculo de la sociedad humana, debería desear esta misma sociedad que la religion se fortaleciese por los estrechos lazos de la verdadera unidad. Las di-

sensiones y los cismas en materia de religion, son un azote que era desconocido á los paganos. La razon de esta diferencia consiste en que el paganismo estaba compuesto más bien de ritos y ceremonias relativas al culto de los dioses, que de dogmas positivos y de una creencia fija: fácil cosa es adivinar lo que podia ser la fé de los paganos, mirando simplemente que su Iglesia no tenia por doctores nada más que poetas. Pero el Espíritu Santo, hablando de los atributos del verdadero Dios, dice que es un Dios celoso, por lo cual su culto no sufre ni mezcla ni corrupcion. Creemos, pñes, poder permitirnos algunas reflexiones sobre el importante asunto de la unidad de la Iglesia, y trataremos de responder satisfactoriamente á estas tres preguntas: ¿Cuáles serían los frutos de la unidad religiosa? ¿Cuáles son sus verdaderos límites? ¿Por qué medios podria establecerse?

En cuanto á los frutos de esta unidad, además de que sería agradable á Dios, que debe ser el principal fin de la vida y el objeto de los objetos, procuraria dos ventajas principales, de las cuales la una miraria á los que están ahora fuera de la Iglesia, siendo la otra propia de los que se encuentran ya en su seno. Hay además, que el mayor de todos los escándalos posibles,

y sin duda el más manifiesto, consiste en los cismas y en las heregías: escándalo peor que los que nacen de la corrupcion de las costumbres, pues en este concepto sucede lo mismo al cuerpo espiritual de la Iglesia que al cuerpo humano, en el que una herida y una solucion de continuidad son frecuentemente un mal ménos peligroso que la corrupcion de los humores; de suerte que no existe causa más poderosa para alejar de la Iglesia á los que están fuera de su seno y para desterrar de ella á los que se hallan bajo su dominio, que los ataques dirigidos contra la unidad.

Así es, que cuando los sentimientos están excesivamente divididos, se oye gritar á unos: «Vedla allá en las soledades;» y decir á otros: «Nó, nó, miradla aquí en el santuario;» es decir, cuando los unos buscan á Cristo en los conciliábulos de los heréticos, y los otros en la faz exterior de la Iglesia. Entónces es cuando se debe tener constantemente en la memoria aquella frase de las Santas Escrituras: «Guardaos de salir.» El Apóstol de los gentiles, cuyo ministerio y vocacion estaban especialmente consagrados á introducir en la Iglesia á los que se hallaban fuera de su seno, se expresaba así hablando á los infieles: «Si un pagano ó cual-

quiera otro infiel entrase en vuestra Iglesia y os oyese hablar diferentes lenguas, ¿qué pensaría de vosotros? ¿No os tomaría por insensatos?» Ciertamente que los ateos no se escandalizan ménos cuando se les aturde con el ruido de las disputas y controversias sobre la religion, siendo esto lo que los aleja de la Iglesia y los induce á burlarse de las cosas santas. Aunque un asunto tan sério como este parece excluir toda clase de epigramas ó de chanzas, no puedo ménos de referir aquí un rasgo de tal naturaleza que puede dar una justa idea de los malos efectos de las disputas teológicas. Un gracioso de oficio ha inventado en el catálogo de una biblioteca imaginaria, un libro con este título: «Piruetas y monadas de los heréticos.» Y en efecto, no hay ninguna secta que no tenga alguna actitud ridícula y alguna puerilidad que le sea propia y la caracterice: extravagancias que, llamando la atención de los hombres descreídos y de los políticos depravados, excitan su desprecio y les dan pié para mofarse y ridiculizar los sagrados misterios.

Respecto de los que se encuentran ya en el seno de la Iglesia, los resultados que pueden obtener de la unidad de ésta, están comprendidos en el goce de la paz que les proporciona,

lo cual encierra una infinidad de bienes inestimables, estableciendo y afirmando la fé y avivando el fuego divino de la caridad. Además de esto, la paz de la Iglesia parece que destila en las conciencias y que hace reinar en ellas esa serenidad que presenta en el exterior. En fin, dicha paz conduce á los que se contentarían con escribir y leer controversias ó polémicas religiosas, hasta llevarlos á fijar su atención en los tratados que respiran sentimientos humildes y piadosos.

Hablando de los límites de la unidad, importa ante todo determinarlos bien; pues se puede incurrir en los dos extremos opuestos: los unos, animados de un falso celo, parecen rechazar toda palabra que tienda á una pacificación. «¿Está todo en paz? Y respondió Jehú: ¿Qué tienes tú que ver con la paz? Pasa y sígueme.» La paz no es el fin de los hombres de este carácter, y ellos no tratan mas que de hacer predominar la opinion y la secta que sostienen. Otros al contrario, semejantes á los Laodiceos, más tibios sobre el asunto de la religion, é imaginando que se podria con la ayuda de cierto temperamento y de ciertas proposiciones medias, y participando de opiniones contrarias, conciliar con destreza los puntos

que parezcan más contradictorios, dan á entender con esta conducta que pretenden ser mediadores entre Dios y los hombres. Pero es necesario evitar igualmente estos dos extremos, lo cual se conseguirá explicando y determinando de una manera clara y para todos inteligible, en qué consiste precisamente esta alianza, cuyas condiciones ha estipulado el Salvador del mundo por medio de dos sentencias ó cláusulas que á primera vista parecen contradictorias: «El que no está con nosotros, es contra nosotros: el que no está contra nosotros, es con nosotros;» es decir, si se tiene cuidado de separar y distinguir bien los puntos fundamentales y esenciales de la religion, de aquellos que sólo debèn ser mirados como opiniones verosímiles y como simples miras que tienen por objeto el orden y disciplina de la Iglesia. Algunos de nuestros lectores creerán acaso que no hacemos aquí nada más que manosear de nuevo un asunto trivial y cuestionado, y proponer inútilmente cosas ya ejecutadas; pero los que tal piensen incurrirán en un error, puesto que si distinciones tan necesarias se hubiesen hecho con más imparcialidad, habrían sido más generalmente adoptadas. Probaré sólo á dirigir sobre este importante asunto algunas mi-

radas proporcionadas á mi débil inteligencia.

Hay dos especies de controversias que pueden desgarrar el seno de la Iglesia y que es preciso evitar igualmente: la una tiene lugar cuando el punto que constituye la cuestion es frivolo y falto de importancia, y no merece, por consiguiente, que se tome con calor la disputa, en cuyo caso no hay ni se atiende otro principio que al espíritu de contradiccion; porque como ha observado uno de los Padres de la Iglesia, la túnica de Cristo no tenia costuras, pero el vestido de la Iglesia está abigarrado de diferentes colores: con este motivo da el precepto siguiente: «Haya variedad en este vestido, pero no haya *desgarrones*, pues la unidad y la uniformidad son dos cosas muy diferentes.» El otro género de controversias tiene lugar, cuando siendo más importante el punto de la cuestion se le oscurece á fuerza de sutilezas, de suerte que en los argumentos alegados por una y otra parte se encuentra más ingenio y astucia que sustancia y solidez. Frecuentemente sucede que cuando un hombre dotado de buen juicio y penetracion oye á dos ignorantes que disputan acalorados, se apercibe en seguida de que en el fondo son del mismo dictámen, y de que no difieren nada más que en las expresio-

nes, aunque entrambos abandonados á sí mismos no puedan llegar á entenderse por medio de una buena definicion. Pero si á pesar de la pequeñísima diferencia que puede encontrarse entre los juicios humanos, un hombre puede tener bastante ventaja sobre otros hombres para hacerles una observacion que los concilie, es muy natural creer que Dios, que desde lo alto de los cielos penetra en todos los corazones y lee en todos los entendimientos, vea aun más frecuentemente una misma opinion en dos aserciones donde los hombres, cuyo juicio es tan débil, crean ver dos pareceres diferentes, y que él se digne dispensar á entrambos su aceptacion. San Pablo nos da una justa idea de las controversias de este género y de sus efectos, en la advertencia y el precepto que ofrece con este mismo motivo: «Evitad, dice, ese profano neologismo que da lugar á tantos altercados, y las vanas disputas de palabras que usurpan el nombre á la ciencia.»

Los hombres se suscitan á sí mismos dificultades y motivos de disputa donde estos no existen: disputas que no tienen otro origen ni fundamento que la grande aficion á usar nuevos términos, cuyo significado se fija de manera que en vez de ajustar las palabras al pensa-

miento, es al contrario el pensamiento el que se ajusta á las palabras.

Hay tambien dos especies de paz y de unidad que deben mirarse como falsas: la una es la que tiene por fundamento una ignorancia implicita, puesto que todos los colores se igualan, ó mejor dicho, se confunden en las tinieblas. La otra es la que tiene por base el asentimiento directo, formal y positivo de dos opiniones contradictorias sobre puntos esenciales y fundamentales. La verdad y el error sobre asuntos de esta naturaleza, pueden compararse al hierro y al barro de que estaban compuestos los dedos de los piés de la estatua que Nabucodonosor vió en sueños: se puede conseguir que se adhieran, pero es imposible que se aleen.

En cuanto á los medios y disposiciones de que puede hacerse uso para lograr esa unidad, no deben nunca los hombres esforzarse por establecerla y sostenerla, hasta el extremo de tener que olvidarse de las leyes de la caridad, ó de cualquiera otra ley fundamental de la sociedad humana. Hay entre los cristianos dos clases de espadas, la una espiritual y la otra temporal, y teniendo cada una de ellas su destino y oficio especiales, deben ser convenientemente empleadas en mantener la religion; pero en nin-

gun caso deberá echarse mano de aquella tercera espada de Mahoma; ó diciéndolo de otro modo, en ningun caso será preciso propagar la religion por la fuerza de las armas, ni violentar las conciencias por medio de sangrientas persecuciones, á ménos que haya que remediar un escándalo manifiesto, blasfemias horribles, ó conspiraciones contra el Estado, combinadas con heregias. Mucho ménos aún se debe tomar el pretexto de la religion para fomentar sediciones, autorizar conjuraciones ó promover revueltas, poniendo armas en manos del pueblo, ó empleando cualquier otro medio de esta naturaleza, que tienda á la subversion de toda especie de órden y de gobierno. Emplear estos odiosos medios es poner en contradiccion las tablas de la ley, y considerando á los hombres como cristianos, olvidar que los cristianos son hombres. El poeta Lucrecio, no pudiendo aprobar la horrible accion de Agamenon, que sacrificó á su propia hija, exclama indignado: «¡Tan horrenda atrocidad ha podido inspirar la religion!» ¿Y qué hubiera dicho de la matanza de San Bartélemy, si estos horrorosos atentados hubieran sido cometidos en su tiempo? Semejantes horrores habrian aumentado cien veces más los epicúreos y ateos que existian.

En el caso mismo de estar obligados á emplear la espada en servicio de la religion, debe obrarse con la más grande circunspeccion y prudencia, siendo una medida abominable poner este arma en las manos del populacho. Abandonemos tales medios á los anabaptistas y á otras furias del mismo temple. Seguramente pronunció el demonio una gran blasfemia cuando dijo: «Me levantaré, y seré semejante al Todopoderoso;» pero mayor es todavía presentar á Dios en escena, si podemos expresarnos de este modo, y hacerle decir: «Yo descenderé, y me haré semejante al príncipe de las tinieblas.» ¿Será un sacrilegio más excusable degradar la causa de la religion, hasta el extremo de reducirla á aconsejar ó cometer en su nombre atentados tan execrables como los que hemos citado, como asesinatos de príncipes, como matanzas de pueblos enteros, sublevaciones contra gobiernos, etc? ¿No sería esto hacer descender al Espíritu Santo, no bajo la forma de paloma, sino bajo la forma de un buitre, é izar sobre la pacífica nave de la Iglesia el odioso pabellon que enarbolan sobre sus buques los piratas y los asesinos? Es, pues, absolutamente necesario, que armándose la Iglesia de su doctrina y de sus augustos decretos, armándose los príncipes

de su espada y los hombres esclarecidos del cauceo de la teología y de la filosofía moral, todos se concierten y coaliguen para condenar y entregar para siempre al fuego del infierno toda acción de esta naturaleza y toda doctrina que tienda á justificarla, siendo esto cabalmente lo que ya se ha hecho en gran parte. Nadie duda que en toda deliberación sobre la religión, se debe tener muy presente este consejo del Apóstol: «La cólera del hombre no puede cumplir la justicia divina.»

Terminaremos este artículo con una observación memorable de uno de los Santos Padres: «Aquellos, dice, que sostienen que se deben violentar las conciencias, están interesados en hablar así; y este dogma abominable es para ellos un medio de satisfacer sus odiosas pasiones.»



IV.

DE LA VENGANZA..

La venganza es una especie de justicia bárbara y salvaje. Las leyes deben procurar su completa extirpacion; porque si es muy cierto que la primera ofensa ó el primer delito ofende á la ley, tambien lo es que la venganza la destituye y se coloca en su lugar. Si se mira con detencion, la venganza no hace otra cosa que igualarnos á nuestros enemigos, mientras que perdonándolos nos hacemos muy superiores á ellos: perdonar ó hacer gracia es una prerogativa de los reyes: «La verdadera gloria del hombre, ha dicho Salomon, es despreciar las ofensas.» El pasado dejó de existir, es irrevocable, y los sábios tienen bastante con pensar en el

presente y en el porvenir. Así pues, ocuparse mucho del pasado, es perder el tiempo y atormentarse inútilmente.

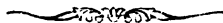
Nadie hace una injuria por la injuria misma, sino por el placer, el provecho ó el honor que espera sacar de ella. Y esto establecido, ¿qué razon hay para irritarse contra otro hombre porque ama más su persona que la nuestra? Y aun suponiendo un sugeto de tan mala índole que nos ofenda sin fin ninguno y por pura malevolencia, ¿á qué nos hemos de enfadar? Semejante hombre sería, por lo ménos en apariencia, de igual naturaleza que los espinos y las zarzas, que pinchan y arañan porque no pueden hacer otra cosa.

El género de venganza más excusable, es aquel que tiene por objeto castigar injurias que se escapan á la accion de las leyes; pero de cualquier modo, deberá tomarse la venganza con cierta prudencia, de manera que no se atraiga uno el castigo de la ley, ni se dé al enemigo el mismo derecho con que creemos obrar, pues entónces estaremos expuestos á recibir dos golpes en vez de uno. Hay personas que desprecian una venganza secreta y que desean que su enemigo sepa de dónde le dirigen el tiro; y esta clase de venganza es

ciertamente la más generosa, porque se puede creer que si la ofensa se venga, es ménos por disfrutar el placer de la venganza y de devolver el golpe, que por obligar al ofensor á que se arrepienta; pero los golpes de un alma cobarde y pérfida, se parecen á las saetas disparadas en la oscuridad de la noche. Cierta frase de Cosme de Médicis, duque de Florencia, á propósito de los amigos pérfidos ó negligentes, tiene un no sé qué de austero y desolador: las faltas de esta especie le parecen imperdonables: «La ley divina, decia, nos manda perdonar á nuestros enemigos, pero no nos manda perdonar á nuestros amigos.» Job hablaba animado de mejor espíritu cuando exclamaba: «¿No debemos á Dios todos los bienes de que gozamos? ¿No debemos aceptar de su mano todos los males que nos afligen?» Este mismo juicio debe formarse de los amigos que nos abandonan ó nos hacen traicion. Todo el que medita una venganza, no hace más que reproducir la llaga que el tiempo sólo hubiera cerrado.

Las venganzas que se intentan por una causa comun, son casi siempre afortunadas, como lo prueba suficientemente el resultado de las conjuraciones formadas para vengar la muerte de Julio César, la de Pertinax y la de Enri-

que III, rey de Francia; pero no ocurre lo mismo con las venganzas particulares. Mas diremos aún: los hombres vengativos tienen un destino semejante al de los hechiceros, que comienzan por hacer muchos desgraciados, y acaban por serlo ellos mismos.



V.

DE LA ADVERSIDAD.

Uno de los más bellos pensamientos de Séneca, en el cual se encierra una grandeza y elevación verdaderamente estoicas, es este: «Los bienes de la prosperidad sólo deben despertar nuestros deseos; pero los bienes propios de la adversidad deben excitar nuestra admiración.» Ciertamente que si se debe considerar como milagro todo lo que es superior á la na-

turalaleza, en la adversidad es donde más milagros se pueden encontrar. Otro pensamiento todavía más elevado que el anterior, y que parece increíble en un pagano, es el siguiente: «El mayor y más bello espectáculo, es ver reunidas en un mismo individuo la debilidad de un hombre y la fortaleza de un Dios.» Este pensamiento habria figurado mejor en la poesía, género al cual pertenecen estas ideas tan elevadas; y la verdad es que los poetas no han descuidado del todo este noble asunto, pues esa misma fortaleza parece significarse en una ficcion bastante extraña de los antiguos, ficcion que encierra algún misterio y que se relaciona visiblemente con una disposicion del alma muy análoga á la del verdadero cristiano. Los poetas han fingido, como iba diciendo, que Hércules en la expedicion emprendida para libertar á Prometeo, el cual representa la naturaleza humana, atravesó el Océano en una vasija de barro: alegoría que pinta muy vivamente ese valor que inspira el cristianismo y que pone al hombre en estado de navegar en la frágil nave de su cuerpo sobre el Océano borrascoso de esta vida, y de arrostrar las tempestades innumerables de las pasiones humanas.

Pero para usar un lenguaje ménos elevado,

digamos simplemente que la virtud propia de la prosperidad es la temperancia, y la virtud propia de la adversidad es la fuerza de alma, la más heroica de las virtudes morales. La prosperidad es la bendición propuesta por el Antiguo Testamento, y la adversidad es la que propone el Nuevo, como una prueba más especial del favor divino. También se ve en el Antiguo Testamento que David toca en su arpa, ya cantos lúgubres, ya alegres, y que el pincel del Espíritu Santo se ejercita más en pintar las aflicciones de Job que las brillantes prosperidades de Salomon. Se puede observar también en las obras de pintura ó de tapicería, que un asunto alegre sobre un fondo triste y oscuro, es más agradable que un asunto triste sobre un fondo claro y alegre. Pero esto que decimos del placer de los ojos, es necesario aplicarlo al placer del corazón. La virtud, así considerada, es semejante á las sustancias aromáticas, que molidas ó quemadas exhálan un perfume más suave; y de igual modo, la prosperidad descubre mejor los vicios y la adversidad las virtudes.



VI.

DE LA DISIMULACION Y EL FINGIMIENTO.

La disimulacion no es más que una falsa imágen de la política ó de la prudencia, porque es necesario tener á un mismo tiempo mucha fuerza de espíritu y de carácter para saber cuándo conviene decir la verdad, y atreverse entónces á revelarla. Así es, que los peores políticos son los más disimulados.

«Livia, dice Tácito, se acomodaba muy bien á la destreza y á la política de su esposo y á la disimulacion de su hijo;» donde se ve que este historiador atribuye el acierto y la verdadera política á Augusto, y solamente la disimulacion á Tiberio. Tambien Mucio dice á Vespasiano, exhortándole á tomar las armas contra

Vitelio: «No tendremos que luchar contra el gran discernimiento de Augusto, ni contra la circunspeccion y la profunda disimulacion de Tiberio.» Las facultades que producen la verdadera política, son muy diferentes de aquellas de que dependen la reserva ó la disimulacion, y las unas no deben confundirse con las otras. Cuando un hombre tiene bastante penetracion y discernimiento para comprender fácilmente lo que debe descubrir, lo que debe ocultar por completo, lo que debe dejar que se entrevea, y á qué personas y en qué ocasiones debe confiarse, todo lo cual constituye el género de talento que es propio del hombre de Estado, y á que Tácito llama con razon arte de vivir, en este caso, repito, rara vez se ve un hombre en la presion de fingir, y la disimulacion no sería para él nada más que un embarazo y una pequeñez que frecuentemente dificultaria sus designios; pero si carece de estas facultades, es necesario saber encubrir y disimular.

Quando un hombre no sabe variar sus medios ni escoger los más á propósito, lo mejor que puede hacer es tomar el camino más seguro, pues los que tienen poca vista deben marchar sin precipitacion. Se ve generalmente que las personas muy hábiles y de verdaderos ta-

lentos, tienen una manera de tratar franca y abierta, á la cual deben su reputacion de rectitud y sinceridad; pero semejantes á los caballos bien amaestrados, saben pararse y volverse cuando conviene, y en el pequeño número de casos en que un pequeño disimulo se les hace necesario, la misma opinion que se tiene de su franqueza y buena fé los hace impenetrables.

El arte de encubrir y disfrazar el natural de la persona, puede ser de tres maneras. El primero es el de un hombre reservado, discreto y silencioso que nunca hace referencia á sí y que no se deja adivinar. El segundo es un género de disimulacion que calificaré de negativo, como el de un hombre que con ayuda de ciertos indicios engañosos, acierta á aparecer enteramente distinto de como es en realidad. El tercero es el de la disimulacion positiva ó afirmativa, propia del que finge expresamente y dice con toda formalidad ser enteramente opuesto de como es, en lo cual consiste el fingimiento ó artificio propiamente dicho.

Al primero de estos tres géneros pertenece la virtud de un confesor. Como la confesion en su verdadero significado, no es sólo una confidencia de donde se desea sacar algun provecho, sino más bien un alivio para la persona que

tiene necesidad de descargar su conciencia, sucede que el hombre reservado y conocido por tal, sabe una infinidad de cosas, que más bien se le dicen por desembarazarse de la carga de los pensamientos, que por dárselos á conocer. La desnudez del alma no es ménos indecorosa que la del cuerpo, y conviene, para évitarla, tener un poco de reserva y de circunspeccion en los discursos, en las maneras y en las acciones, con lo cual se consigue el respeto de los extraños. Los habladores son casi siempre vanos y ridículos, y tan fácilmente como dicen lo que saben, dicen lo que no saben. Así es que debe tenerse por seguro que el hábito del secreto es un recurso político y una virtud moral; pero es necesario que el rostro no revele lo que la lengua quiere mantener oculto, pues es una debilidad muy grande dejarse conocer por los gestos, por el ademan y por la traicion de un semblante indiscreto, siendo así que se observan más cuidadosamente los indicios de esta naturaleza y que se les da más crédito que á las palabras.

Respecto al segundo modo de disimular, creo que la disimulacion que hemos llamado negativa, es frecuentemente una consecuencia natural y necesaria de la discrecion, de tal ma-

nera, que todo hombre que quiere ser reservado tiene que disimular algo. Los hombres son bastante sagaces para no permitir al más reservado que se mantenga del todo indiferente entre dos partidos opuestos, que conserve perfectamente en secreto su opinion y que tenga la balanza tan en fiel, que parezca no inclinarse ni á un lado ni á otro. Cuando quieren penetrar en el corazon de un hombre, lo rodean de cuestiones insidiosas, le tientan por todos lados, vuelven á la carga una y otra vez, y le estrechan y obligan de tal modo, que á ménos de guardar un silencio obstinado y sospechoso, tarde ó temprano se ve en la precision de descubrirse un poco, franqueándoles con sus respuestas el camino que ellos buscan. Si toma el partido de callarse, penetran sus sentimientos más secretos por su mismo silencio, con mayor presteza y seguridad que lo hubieran hecho con sus discursos; y en cuanto á las respuestas ambiguas y semejantes á las de los oráculos, no es posible valerse de ellas durante una larga época, y al fin hay precision de explicarse con mayor claridad. Es, pues, imposible guardar mucho tiempo un secreto sin permitirse un poco disimulo, que en este caso no será, segun lo hemos dicho más arriba, mas

que una consecuencia de la misma discrecion.

Respecto del tercer género que mencionamos, que consiste en el encubrimiento positivo y el artificio, es el más criminal y el ménos político de los tres, hecha excepcion de los asuntos de una grande importancia y en ciertos casos bastante raros. En consecuencia, este artificio convertido en hábito, es un vicio que proviene de una falsedad natural, de un carácter tímido, ó de algun otro defecto; y este defecto y la necesidad de encubrirle hace se use frecuentemente el fingimiento, ya por conveniencia ó por cualquiera otra mira, ya solamente por no perder el hábito de usarlo.

Tienen tres grandes ventajas la disimulacion y el artificio: el primero es confiar á los contrarios y sorprenderlos. Cuando los designios de un hombre llegan á ser generalmente conocidos, este descubrimiento da, por decirlo así, la señal de aviso á sus adversarios, y les hace acudir para entorpecerle ó atrasarle en su camino. La segunda ventaja consiste en asegurarse una retirada en caso de mal resultado; pues el que declara abiertamente sus designios se obliga en cierto modo á no retroceder, bajo pena de menoscabar su reputacion. La tercera está en descubrir más fácilmente los propósitos

de los otros. Cuando un hombre parece que se expresa con confianza, no se le rechaza con un desaire; se le deja avanzar todo lo que quiere, y en cambio de sus discursos, que parecen francos y espontáneos, se le comunica voluntariamente lo que él quiere saber. Con este motivo dice cierto proverbio español, que no deja de ser gracioso: «Dí atrevidamente una mentira, y arrancarás una verdad;» como si no hubiese otro medio mas que el artificio para hacer tales averiguaciones.

Pero estas tres ventajas están neutralizadas por tres inconvenientes: el primero es que la disimulación y el fingimiento son señales de temor, lo cual en toda clase de negocios hace equivocar el fin ó llegar á él más tarde. El segundo consiste en que se inspiran dudas é incertidumbre en el espíritu de aquellas personas que, á no ser por esto, habrían sin obstáculo secundado nuestras miras, quedando así el hombre reducido á sus propias fuerzas y casi privado de todo auxilio ajeno. El tercer inconveniente está en que todo hombre artificioso y disimulado se priva del recurso más poderoso y necesario para la acción y para el trato de gentes; es decir, que pierde el crédito y se enagena la confianza de los demás. El mejor medio y la

mejor combinacion en este género de conducta, sería poder hermanar con una reputacion de franqueza, el hábito del secreto y la facultad de disimular cuando sea necesario, y aun la de fingir cuando no hay otro recurso de que valerse.

VII.

DE LOS PADRES Y DE LOS HIJOS.

Ese gozo tan dulce que los padres y las madres experimentan á la vista de sus hijos ó pensando en ellos, es un sentimiento interior y casi oculto, igualmente que los temores y las penas que les inspiran. No pueden expresar su gozo, y no quieren descubrir sus aficciones. El placer de afanarse para los hijos, suaviza todos los trabajos; pero tambien los hijos hacen las

desgracias más amargas y las amarguras más penetrantes. Ellos multiplican los cuidados y las inquietudes de la vida, y al mismo tiempo endulzan la idea de la muerte y la hacen ménos terrible. Perpetuarse por los hijos, es una ventaja comun al hombre y á los brutos; pero perpetuarse por la reputacion, por servicios esclarecidos y por útiles instituciones que prometen un dilatado porvenir, es una prerogativa propia solamente del hombre. Las obras más memorables y los más grandes y hermosos establecimientos, se deben á hombres que carecian de sucesion y que parecen haberse propuesto únicamente expresar ó imprimir bien en ellos la imágen de su alma ó de su ingenio, que debia sobrevivirles cuando la de su cuerpo se hubiese destruido. Así es, que los hombres que más se ocupan de la posteridad, son aquellos mismos que carecen de ella. Los que empiezan por sí á hacer ilustre su familia, son por lo regular demasiado indulgentes con sus hijos, á los cuales consideran, no sólo como destinados á perpetuar su raza, sino tambien como herederos de sus gloriosas acciones: los miran como hijos al mismo tiempo que como sus creaturas.

Los padres y las madres que tienen vários

hijos, rara vez profesan á todos igual grado de cariño: hay siempre alguna predilección, con frecuencia injusta y mal entendida, sobre todo de parte de las madres. De aquí esta frase de Salomon: «Un hijo sábio es para su padre un motivo de gozo; pero un mal hijo es para su madre un motivo de vergüenza y de aflicción.» También se observa en una numerosa familia, que los padres tienen más consideraciones para los primogénitos, y que el más pequeño suele ser la delicia de la casa, mientras que los de en medio están como olvidados, aunque ordinariamente se porten mejor que los otros.

La avaricia de los padres que atesoran para los hijos, es un vicio que no tiene excusa: los desalienta, los envilece, los estimula á engañar y los induce á frecuentar las malas compañías; y despues cuando son dueños de su patrimonio, se dan á la crápula ó á un lujo excesivo, y se comprometen en gastos exorbitantes que los arruinan en poco tiempo. La conducta más juiciosa que los padres pueden adoptar en este punto con relacion á sus hijos, consiste en guardar con más cuidado su autoridad natural que sus intereses pecuniarios.

Una costumbre muy imprudente en los padres, en los maestros y en los criados, es la de

hacer nacer y alimentar entre los hermanos una cierta emulacion que degenera en discordia cuando llegan á una edad más avanzada, y que turba la paz de las familias.

Los italianos tienen casi la misma ternura para sus hijos, para sus sobrinos y para los demás próximos parientes, y con tal que sean de una misma sangre, no miran que sean de la línea recta ó de la línea colateral. Y la verdad es que la naturaleza no establece en esto mucha diferencia, pues vemos con frecuencia individuos que se parecen más á sus tios ó á cualesquiera otros de sus próximos parientes que á sus mismos padres, lo cual parece depender de una cierta casualidad.

Es necesario dirigir todo el plan de la educacion hácia el género de vida á que los hijos se destinen y aprovechar esta tierna edad en que son más dóciles. No es absolutamente necesario arreglar esta eleccion conforme á las inclinaciones naturales que se descubran en los niños, y suponiendo que adelantarán más en el sentido á que parecen inclinados; pero si se ve en alguno una aptitud y una facilidad extraordinarias para cierto género de estudios, de ejercicios ó de ocupaciones, es preciso alentar entónces sus tendencias, en vez de contra-

riar la naturaleza impidiendo que las siga. Pero generalmente hablando, el más juicioso precepto sobre este asunto, es el siguiente: «Escoged siempre lo mejor, y el hábito se encargará de hacerlo fácil y agradable.»

Entre los hijos, son ordinariamente los segundos los que se hacen mejores sugetos; pero rara vez se logran cuando en su favor se deshereda á los primogénitos.



VIII.

DEL MATRIMONIO Y DEL CELIBATO.

El que tiene mujer é hijos, puede decirse que ha dado rehenes á la fortuna; porque la mujer y los hijos son otros tantos obstáculos y trabas que se oponen á las grandes empresas, ora sea la virtud, ora el vicio lo que preten-

de inclinarnos á su camino. Sea de esto lo que quiera, no es dudoso que las mejores obras y los más útiles establecimientos han sido hechos por hombres sin hijos, que habiendo considerado el bien público como su única familia, le han consagrado todas sus afecciones. A primera vista parecerá muchas veces que los que tienen hijos deberían ocuparse con grande solicitud del tiempo venidero, al cual deben transmitir, por decirlo así, unas prendas tan queridas; y se ven en efecto muchos célibes cuyos pensamientos se dirigen expresamente á su individuo sólo, y que miran como una solemne locura todos los cuidados y desvelos que otros se toman por una época en que no han de existir.

Hay otros que consideran á la mujer y los hijos como una causa de gasto, y los hay tambien que siendo muy ricos tienen bastante extravagancia para vanagloriarse de no tener sucesion, y que se complacen en parecer así dueños de mayor fortuna, porque tal vez hayan oido decir á alguna persona: «Fulano es muy rico;» y contestar á otra: «Sin duda, pero tiene muchos hijos;» como si esta circunstancia disminuyese considerablemente su capital.

Pero el motivo que mantiene más ordinariamente en el celibato, es el amor á la inde-

pendencia. Esto es lo que se observa con especialidad en ciertos individuos enamorados de sí mismos, hipcondriacos, enojadizos, y de tal modo sensibles á la más ligera incomodidad, que estarían tentados á mirar sus ligas como cadenas. Entre los célibes es donde se suelen encontrar los mejores amigos, los mejores amos y los mejores criados; pero no los sujetos más apreciables, pues se disgustan fácilmente, y sin duda es por esto por lo que se encuentran entre ellos muchos propensos á la misantropía.

El celibato conviene á los eclesiásticos; porque cuando en la casa propia hay un vacío que llenar, no se cede nadá voluntariamente á los vecinos, y cuando la caridad tiene mucha ocupacion en los nuestros, se olvida por completo de los extraños. Es del todo indiferente que los jueces ó los magistrados contraigan matrimonio; porque si un hombre de esta clase fuera fácil de corromper ó seducir, no aumentaria su esposa esta debilidad. Respecto de los soldados, veo en la historia que cuando los generales hablan para animarlos al combate, les recuerdan siempre el porvenir de sus mujeres y de sus hijos. Así pues, podrá creerse en vista de esto, que el menosprecio del matrimo-

nio es entre los turcos lo que hace á sus soldados poco resueltos y valientes.

En último resultado, la mujer y los hijos son, por decirlo así, una escuela perpétua de humanidad; y aunque generalmente sean los célibes más caritativos que los casados, porque tienen ménos gastos obligatorios que hacer, son por otro lado más crueles, más austeros, más duros y más propios para ejercer oficios inquisitoriales, lo cual se debe á que no tienen á su alrededor objetos que puedan despertar frecuentemente en su corazón el sentimiento de la ternura. Los individuos de un natural sério y grave, que tienen también un carácter constante, son por lo general buenos maridos. Así vemos que la fábula dice de Ulises que prefirió su mujer, ya vieja, á la inmortalidad.

Con frecuencia ocurre que las mujeres castas, orgullosas del mérito de esta castidad y confiadas en su terrible virtud, son de un carácter áspero é intratable. Una mujer no es ordinariamente fiel, casta y sumisa á su esposo sino que mientras lo cree prudente, cuya opinión jamás tendrá de él si se percibe de que es celoso. Las mujeres son las reinas de los jóvenes, las compañeras de los adultos y las nodrizas de los viejos; de manera que nunca falta

pretexto para tomar una mujer, cuando se piensa de este modo. A pesar de esto, los antiguos han puesto en el número de los sábios al que, preguntado por la edad á que convenia casarse, respondió: «Cuando uno es jóven, no es tiempo todavía, y cuando se llega á la vejez, ya es demasiado tarde.»

Se observa también que los peores maridos son con frecuencia los que tienen mejores mujeres, lo cual debe consistir en su carácter habitualmente difícil á las atenciones y caricias conyugales, que sólo de tiempo en tiempo tienen para ellas, ó acaso en que las mujeres se glorian entónces de su misma paciencia; y esto es justamente lo que ocurre cuando el mal marido fué de su exclusiva eleccion y tomado contra la voluntad de la familia, porque en este caso quieren ellas justificar su locura y no presentarse arrepentidas.



IX.

DE LA ENVIDIA.

De todas las afecciones del alma, las dos únicas á que se atribuye el poder de fascinar y de hechizar, son el amor y la envidia. Estas dos pasiones tienen igualmente por principio violentos deseos, y alimentan una infinidad de ideas descabelladas y extravagantes. La una y la ótra se comunican por los ojos, y concluyen por conocerse en ellos: circunstancias ambas que pueden contribuir á la fascinacion, si es que los efectos de esta especie que se atribuyen á la vista tienen alguna realidad. Vemos que el Espíritu Santo llama á la envidia mal de ojo, y que los astrólogos califican de malos síntomas las malignas influencias de los astros. Es

cosa sabida que la envidia al producir sus perniciosos efectos, es por los ojos por donde obra y como por una especie de irradiacion.. Las investigaciones de este género se han llevado hasta el punto de observar que los golpes más funestos para un envidioso, son los que recibe cuando la persona envidiada triunfa y lleva su gloria á una grande altura, lo cual aumenta de cierta manera la intensidad de la envidia.

Pero aun cuando estas sutiles observaciones merecen que se les dé algun lugar en el tratado á que naturalmente pertenecen, las abandonaremos por de pronto, y nos ocuparemos en responder de una manera satisfactoria las tres preguntas siguientes: 1.ª ¿Cuáles son las personas más propensas á envidiar? 2.ª ¿Cuáles las más expuestas á ser envidiadas? 3.ª ¿Qué diferencia existe entre la envidia pública y la envidia particular?

Un hombre sin mérito, envidia siempre el de los extraños, porque el alma humana se alimenta siempre del bien propio ó del mal ageno, y cuando le falta el primero de estos dos alimentos, se sustenta con el segundo. Todo hombre que desespera de llegar al grado de talento ó de virtud que ve en otro, lo deprime cuanto puede para rebajarlo, aunque sólo sea en apa-

riencia, y ponerlo ó acercarlo á su propio nivel.

Todo hombre muy entrometido y que gusta de mezclarse en los asuntos de otro, es ordinariamente envidioso; porque no siendo, como no es, todo el trabajo que se toma con este entrometimiento un medio necesario para desempeñar mejor sus negocios, es de creer que el placer que encuentra en curiosear los ajenos, es con la idea de observar las faltas, conocer las ridiculeces y proporcionarse con este espectáculo una especie de diversion. La envidia es una pasion inquieta y acosadora que pocas veces se sabe disimular.

Los hombres de nacimiento ilustre tienen envidia casi siempre de los hombres nuevos que se elevan, porque entónces la distancia que ántes los separaba les parece que se disminuye. Esta es una ilusion semejante á la que algunas veces experimentamos con relacion á los objetos visibles: por ejemplo, cuando otros avanzan rápidamente permaneciendo nosotros quietos ó avanzando con más lentitud, nos parece que retrocedemos.

Las personas muy feas ó deformes, los eunucos, los viejos y los bastardos, son generalmente envidiosos; porque todo hombre afligido por una desgracia que cree irremediable y que

no tiene esperanza de mejorar su condicion, se esfuerza en rebajar la de los otros, á ménos que estas desgracias naturales ó accidentales se encuentren acompañadas de un alma generosa y heroica en un hombre que, aprovechándolas en su favor, quiera pasar por una especie de prodigio y hacer decir de sí: «¡Conque es un eunuco ó un cojo, etc.... quien ha hécho tan grandes cosas!» De este carácter fué el eunuco Narsés, igualmente que Agésilao y Tamerlan, que fueron cojos.

Ocurre lo mismo á los que despues de grandes desgracias vuelven á elevarse. Descontentos de todos sus contemporáneos, miran las desventuras ajenas como una especie de indemnizacion de las que ellos han padecido.

Los que sienten grande avidez por los elogios y por toda clase de gloria, y desean sobresalir en muchos conceptos, son naturalmente envidiosos. Encuentran á cada paso motivos de envidia, porque es imposible que no haya alguien que les aventajen en las materias que ellos más se precien de conocer. Tal fué el carácter del emperador Adriano, que tenia una envidia mortal á los pintores, á los escultores, á los arquitectos, etc., artes todas en las cuales creia sobresalir.

Por último, la mayor parte de los hombres tienen envidia de sus parientes, de sus colegas y de aquellos con quienes han sido educados, cuando los ven adelantarse y distinguirse. Miran la elevacion de sus émulos como un motivo de reproches, que pone entre ellos una distancia humillante y que no se aparta de su memoria. La envidia de Cain contra Abel fué tanto más vil y criminal, cuanto que en la ocasion en que las ofrendas de Abel fueron preferidas á las suyas, no hubo nadie que fuese testigo de esta preferencia.

Respecto de los que están más expuestos á ser envidiados, observaremos en primer lugar, que las personas de un mérito extraordinario que llegan á elevarse, tienen ménos que temer de la envidia, porque existe una persuasion general de que merecen la fortuna que han adquirido, y porque lo que despierta generalmente la envidia son las larguezas ó liberalidades, y de ningun modo el simple pago de una deuda. Además, la envidia nace de lá comparacion entre el sugeto envidioso y el envidiado, y por consiguiente, donde no puede existir comparacion no puede existir la envidia. Se ve que los reyes no son envidiados por sus súbditos, sino solamente por otros reyes. Se debe observar que

las personas de poco mérito ó de un mérito adocenado, están más expuestas á la envidia en el principio de su fortuna que en lo sucesivo, y que sucede lo contrario á las personas de un mérito sobresaliente: aunque este mérito sea siempre el mismo, su resplandor parece disminuir, porque los ojos se acostumbra á él poco á poco, sin contar con que tarde ó temprano es oscurecido por el de los nuevos talentos que aparecen sobre la escena.

Cuando los honores están acompañados de cuidados, de trabajos penosos y de peligros, son ménos envidiados los sugetos que gozan de ellos, porque se ve que dichos honores les cuestan muy caros, sucediendo que muchas veces se les compadece, en cuyo caso la lástima reemplaza á la envidia. Se ve que los más prudentes y juiciosos de los personajes que se encuentran elevados á las primeras dignidades, se quejan afectada y continuamente de la vida que hacen: «¡Qué triste vida!» exclaman con frecuencia; no porque así lo piensen realmente, sino por embotar los tiros de la envidia: observacion que, sin embargo, no se aplica nada más que á los que se encuentran abrumados de negocios difíciles sin haberlos buscado voluntariamente: porque nada, por el contrario, atrae

tanto la envidia como una codiciosa ambición que conduce á acaparar toda clase de negocios, siendo el mejor método que un personaje constituido en dignidad puede seguir para extinguirla, el dejar en su puesto á cada subalterno, respetando escrupulosamente todos los derechos y privilegios inherentes á sus respectivos empleos. Mediante esta conducta, todos los inferiores serán otros tantos guardianes que le pondrán á cubierto de la envidia.

Nadie hay tan expuesto á ella como aquellos cuya elevación los hace orgullosos, y que parecen no contentarse nada más que cuando pueden hacer ostentación de su pretendida grandeza, ya sea por una fastuosa magnificencia, ya triunfando insolentemente de toda oposición y de todo competidor: esto es lo contrario de lo que hace un hombre prudente que no halla dificultad en dejar, con propósito deliberado, que se le adelanten en las cosas á que atribuye poca importancia. Es verdad que en gozando de una gran fortuna de una manera franca y abierta, sin fausto ni ostentación, se da menos cebo á la envidia que afectando una excesiva simplicidad y una artificiosa modestia; porque en el segundo caso parece que se niega la fortuna y que se reconoce no merecer

sus favores, lo cual es para los extraños un nuevo motivo de envidia.

En fin, como hemos dicho al principio que esta pasión tiene algo de hechicería, es necesario emplear con los envidiosos el mismo remedio que se emplea ordinariamente para los poseídos; es decir, y usando de términos más técnicos, transferir el sortilegio y volverlo contra otro sugeto. Así pues, los más diestros y juiciosos de los personajes elevados á los grandes empleos, tienen cuidado de hacer aparecer en escena algún individuo, hácia el cual dirigen la atención pública, y sobre el cual hacen recaer el peso de la envidia, que sin este artificio caería sobre ellos: unas veces la dirigen contra sus subalternos ó sus protegidos, otras contra sus colegas mismos y contra sus émulos. Nunca carecen de individuos á quienes puedan hacer desempeñar este papel, pues abundan los hombres de carácter impetuoso, audaces y ávidos de elevarse, que quieren absolutamente ser empleados á cualquiera costa.

Con referencia á la envidia pública, observaremos desde luego que tiene en sí algo de bueno, mientras que en la envidia particular es malo todo cuanto se encuentra: la envidia pública es una especie de ostracismo que

sirve para eclipsar á las personas cuyas cualidades brillantes podrian ser peligrosas. En general, es un freno necesario para contener á los grandes ó poderosos é impedirles abusar de su influencia.

La clase de envidia que los latinos significaban con la voz *invidia*, y que en las lenguas modernas se designa por la palabra descontento, es un asunto que trataremos más extensamente cuando hablemos de las turbulencias y sublevaciones. Constituye en los Estados una enfermedad contagiosa; porque lo mismo que las enfermedades de esta especie van introduciéndose poco á poco y extendiéndose hasta las partes sanas que al fin corrompen, así el descontento general, una vez excitado, infesta las órdenes y decretos más justos y las medidas más sábias de gobierno, haciéndolas aparecer ante la opinion pública como otras tantas nuevas injusticias é imprudencias. Así es; que se gana poco con mezclar actos laudables á las acciones odiosas que lo produjeron. Esta conducta mixta es un signo de debilidad, y anuncia que se tiene miedo á la opinion pública, semejante tambien á los males contagiosos, que atacan más pronto y con mayor violencia á los que los temen.

Esta envidia pública recae sobre los altos

empleados y ministros, más bien que sobre los príncipes y los mismos pueblos: he aquí una regla segura sobre este particular. Si el descontento que se tiene del ministro es muy grande, aunque los motivos sean ligeros, ó si es general y se dirige contra todos los ministros sin distincion, entónces este descontento comprende tambien, aunque sea secretamente, á la totalidad del gobierno y al príncipe mismo.

Terminaremos este artículo con una observacion general sobre la envidia, á saber: Que de todas las pasiones humanas, ésta es la más constante y obstinada, mientras que las otras no se hacen sentir sino que de tiempo en tiempo y en razon de causas accidentales que las excitan y provocan. Con razon se ha dicho que la envidia es incansable, pues jamás sosiega, encontrando alimento en todas partes. Se ha observado tambien que la envidia, lo mismo que el amor, hace caer en una especie de languidez al que la padece, no produciéndose este efecto por las demás pasiones, sin duda porque más frecuentemente nos dejan descansar. Esta es tambien la más vil y baja de todas las pasiones. El Espíritu Santo la ha hecho el atributo propio y especial del demonio, que durante la noche siembra la cizaña entre la buena

simiente; porque la envidia no trabaja nada más que en las tinieblas, y se afana oculta-mente en deteriorar y corroer las mejores cosas, que en la parábola de donde este pasaje se ha sacado, están figuradas por la buena semilla.

X.

DEL AMOR.

El teatro tiene que agradecer al amor más que la vida real del hombre. En efecto, esta pasión es el asunto ordinario de las comedias, y algunas veces entra también en las tragedias como elemento principal; pero es causa de grandes males en la vida común, donde unas veces se presenta como sirena y otras como furia.

Se debe observar que entre los grandes hom-

bres, tanto antiguos como modernos, cuya memoria ha llegado hasta nosotros, no se encuentra ninguno que se haya entregado con exceso á los trasportes de un amor insensato; lo cual parece probar que las grandes almas y los grandes negocios son incompatibles con esta debilidad. Es necesario exceptuar á Marco Antonio y á Apio el decenviro; pues el primero era un hombre entregado á los placeres y de costumbres desarregladas, y el otro, á pesar de ser de un carácter austero, también rindió en esta parte un tributo á la flaqueza humana: esto parece demostrar que el amor no solamente puede penetrar en un corazón donde encuentre fácil acceso, sino que también sabe deslizarse furtivamente en el corazón mejor fortificado, cuando se descuida la vigilancia de la guardia. Uno de los pensamientos más despreciables de Epicuro, es este: «El hombre y la mujer han nacido el uno para el otro exclusivamente.» Como si el hombre, que fué creado para contemplar los cielos y los objetos más sublimes, no tuviera que hacer otra cosa que permanecer perpétuamente de rodillas ante un ídolo mezquino, y ser esclavo, no ya de apetitos corporales como el bruto, sino del placer de los ojos; de los ojos, repito, que fueron destinados para los más nobles usos.

Para juzgar á qué excesos puede conducir al hombre esta pasion insensata, y de qué modo puede incitarlo á despreciar, por decirlo así, la naturaleza y la realidad de las cosas que más aprecie, basta considerar que el uso perpétuo de la hipérbole, que es una figura siempre exagerada, conviene únicamente al amor. Y esta exageracion no se halla sólo en las expresiones de los amantes, sino que está tambien en sus ideas. Aunque se dice con fundamento que el adulator por excelencia, y del cual se valen todos los demás aduladores, es nuestro amor propio, un amante es un adulator cien veces peor; porque por muy alta idea que tenga de sí el hombre más vanidoso, nunca puede aproximarse á la que tiene el amante de la persona amada. Así pues, han tenido razon en decir que es imposible ser sábio y estar al mismo tiempo enamorado.

Pero no solamente parece ridícula esta debilidad á los que observan sus efectos encontrándose á la sazón exentos de ella, sino que lo parece más todavía á la persona amada, cuando el amor no es recíproco, porque es igualmente indudable que esta pasion es siempre correspondida por agradecimiento, y que este agradecimiento es, ó un amor igual, ó un secreto desprecio: razon de sobra para estar siempre en

guardia contra esa pasión que nos hace perder las cosas más deseadas, y que frecuentemente es ella misma la mayor causa de no conseguir nuestro objeto. Respecto de las otras pérdidas que ocasiona, nos han dado los poetas una justa idea, diciendo que el insensato que dió la preferencia á Elena (á Vénus), perdió los dones de Juno y de Palas. Cualquiera que se entrega al amor, renuncia con esto sólo á la fortuna y á la sabiduría. Las épocas en que esta pasión tiene su crecimiento, y por decirlo así su flujo, son las épocas de debilidad, como por ejemplo, las de una grande prosperidad, ó de de una extremada adversidad. Estas son por lo comun las dos situaciones que encienden ó avivan el fuego del amor, lo cual demuestra suficientemente que es hijo de la locura. Así pues, aunque no sea posible defenderse por completo de esta pasión, es necesario por lo ménos procurar reprimirla, separándola con cuidado de los asuntos importantes; pues una vez mezclada en los negocios, todo lo enreda y es casi seguro el mal resultado. No comprendo bien por qué los guerreros son tan fuertemente dados al amor. ¿Será acaso por la misma causa que son aficionados al vino, y porque los peligros quieren la recompensa de los placeres?

El amor es una afección natural al hombre, puesto que el instinto lo conduce á amar á sus semejantes; y cuando este sentimiento expansivo no se concentra en uno ó dos individuos, sino que se extiende, por el contrario, á gran número de ellos, degenera en caridad, filantropía, virtud, etc., que es lo que se observa con frecuencia en los religiosos. El amor conyugal produce el género humano, y la amistad lo perfecciona; pero el amor mundano é ilegítimo le degrada y envilece.



XI.

DE LOS DESTINOS ELEVADOS Y DE LAS DIGNIDADES.

Los hombres que ocupan los destinos elevados, son siempre esclavos del príncipe ó de la nación, esclavos de la opinión pública, y esclavos

vos, en fin, de los negocios; de suerte que no son dueños de su persona, ni de sus acciones, ni de su tiempo. ¿No es en efecto una rara manía la de querer mandar perdiendo la propia libertad, y adquirir un gran poder sobre los extraños renunciando á tenerlo sobre nosotros mismos? Los altos puestos se logran con grandes sacrificios, es decir, que no se consiguen sino que con rudos y penosos trabajos, que son todavía mayores si se alcanzan las dignidades por medio de grandes indignidades. En los puestos muy elevados está el suelo resvaladizo, y por consiguiente es muy difícil sostenerse en ellos; y lo peor es que sólo se puede descender por una caída ó por un eclipse de la estrella de nuestra fortuna, lo que es muy aflictivo en todas ocasiones. «Cuando se deja de ser lo que se ha sido, ¿para qué se quiere continuar viviendo?» Ocurre que no siempre hay probabilidad de retirarse cuando se desea, y es aún más frecuente no desearlo cuando convendría. La mayor parte de los hombres no gustan de la vida privada, á pesar de la edad y las enfermedades que reclaman el recogimiento y el reposo, y prefieren asemejarse á esos viejos lugareños, que no teniendo bastante fuerza para pasear por el lugar, permanecen sentados á la puerta de su

casa, exponiendo su vejez á las burlas del que pasa.

Los personajes que ocupan ó desempeñan grandes empleos, tienen necesidad de mirarse en la opinion de los demás para creerse dichosos; porque si no se juzgan nada más que por su propio sentimiento, no podrán tener semejante creencia. Pero cuando imaginan lo que de ellos piensan los demás y consideran cuántos querrían ocupar sus puestos, animados entónces por la opinion de los extraños, concluyen creyendo que realmente son felices; y en efecto lo son en cierto modo, pero en los cortos instantes en que piensan en sí mismos comprenden su verdadera posicion, siendo los últimos en conocer sus culpas y los primeros en sentir sus penas. Los hombres revestidos de un gran poder, están casi siempre olvidados de sí propios: perdidos en el torbellino de los negocios, que les producen continuas ocupaciones, no tienen tiempo de pensar en sus cosas íntimas, y rara vez se ocupan de su cuerpo y de su alma.

«La muerte más vergonzosa, dijo Séneca el trágico, es la del hombre que siendo conocido de todos, muere sin que él mismo se conozca.»

Los grandes empleos dan indistintamente el poder de hacer el bien y de hacer el mal;

pero esto último es una verdadera desgracia, y si hay alguna cosa tan buena como no tener la voluntad de hacer el mal, el no poder hacerlo es lo que más se le aproxima. Toda nuestra ambicion cuando hemos llegado á poseer una grande autoridad, debe ser solamente la de conseguir el poder de hacer el bien; porque las buenas intenciones, aunque muy agradables á Dios, no parecen á los hombres otra cosa que bellos ensueños cuando no se realizan, y bien claro está que no pueden realizarse sin la ayuda de un poder considerable y de un puesto elevado, desde el cual puedan salvarse los obstáculos que hasta para practicar el bien se encuentran.

Los merecimientos y las buenas obras deben ser el principal fin de todas las acciones humanas, y el recuerdo del bien que se ha hecho sirve al hombre de descanso y de grata y completa satisfaccion; pues se comprende que si el hombre participa del trabajo de la Divinidad, debe tambien participar de su reposo. Se ha dicho que considerando Dios las obras de sus manos, vió que era bueno cuanto habia hecho, y que entónces descansó.

En el desempeño de vuestro destino, tened siempre presentes los mejores ejemplos, pues

una juiciosa imitacion vale tanto como gran número de preceptos. Despues de ejercido vuestro empleo durante un cierto tiempo, reflexionad sobre vuestra propia conducta, á fin de continuar tan bien como comenzásteis. No desprecieis el ejemplo de los que anteriormente hayan desempeñado sin acierto vuestro mismo cargo, no para hacer mejor vuestra marcha con la revelacion de sus faltas, sino para aprender á evitarlas. Cuando tengais alguna reforma que introducir, realizadla sin fausto ni ostentacion, y perfeccionad lo presente sin hacer la censura de lo pasado. No os contenteis con seguir las huellas de los mejores ejemplos, y tratad de superarlos y de haceros dignos de que se os imite. Afanaros especialmente en relacionar y acomodar todas las cosas al espíritu y al objeto de su primera institucion, despues de haber investigado y descubierto en qué y cómo han venido á degenerar: esto deberá hacerse consultando dos épocas distintas, á saber: la antigüedad para conocer lo que hay de mejor en el asunto, y los tiempos ménos lejanos para enterarse de lo que mejor conviene á los presentes.

Adoptad marcha y principios fijos, para que se pueda saber de antemano lo que debe aguardarse de vosotros, pero sin ceñirse muy estre-

chamente á ellos, á fin de plegarse un poco cuando algunas veces sea necesario, y cuidado cuando hagais estas pequeñas alteraciones, de presentar claramente los motivos que á obrar así os hayan obligado.

Defended con valentía los derechos propios de vuestro empleo, evitando con sumo cuidado traspasar la jurisdiccion de vuestras facultades: ejerced vuestros derechos en silencio y *ipso facto*, en lugar de recurrir á reclamaciones importunas y de aturdir al público con vuestras ruidosas pretensiones. Defended igualmente y respetad los derechos que correspondan á vuestros subalternos, y estar persuadidos de que es más honroso dirigir el cuerpo ó conjunto de los negocios, que perderse en la multitud inmensa de los pequeños detalles.

Acoged á todos política y cariñosamente, tratad de atraeros á cuantos puedan daros útiles avisos ó aliviarnos en el ejercicio de vuestro cargo: guardaos de alejar á los que os ofrecen luces ó socorros de esta especie, haciéndoles sufrir desaires y dándoles á entender que se entrometen demasiado.

La lentitud, la descortesía, la corrupcion y la debilidad de carácter, son los principales vicios ó defectos en los hombres que desempeñan

altos empleos. En cuanto á la lentitud, evitadla siendo puntuales, activos y accesibles; terminad un asunto ántes de empezar otro, y no los amontoneis sin necesidad. Con referencia á la corrupcion diremos que, para evitarla, no hay que contentarse con atar vuestras propias manos y las de vuestros criados y subalternos, sino que tambien es preciso sujetar las de los pretendientes ó solicitadores, para impedir que hagan ofertas. La integridad podrá producir el primero de estos dos efectos, pero para obtener el segundo es preciso hacer alarde de esta misma virtud y dar á conocer el horror que os inspira toda venalidad, porque no es bastante ser incorruptible, sino que es necesario ser conocido por tal y ponerse á cubierto cuidadosamente de la más ligera sospecha. Así pues, cuando os veais obligados á cambiar de ideas ó de marcha, hacedlo abiertamente exponiendo con franqueza las razones que á ello os han obligado y sin usar ningun artificio para ocultarlo al conocimiento de los extraños. Asimismo, si mostrais por uno de vuestros criados ó de vuestros subalternos una predileccion especial y conocida que no aparezca fundada en sólidas razones, se le considerará como la puerta secreta para introducir en vuestro pecho la corrupcion.

En cuanto á la rudeza y á la descortesía, no puede servir á nadie sino que para disgustar á cuantos le rodean. La severidad infunde temor, pero la incivilidad inspira repugnancia. Las reprecensiones que dirija un hombre de alto puesto deben ser graves, sin nada de ofensivas ni picantes. En cuanto á la debilidad de carácter, es un defecto peor que la corrupcion y la venalidad mismas. Un hombre que se deja vencer fácilmente por la importunidad y ganar por pequeñas consideraciones, encuentra á cada paso dificultades que le detienen ó le separan del camino derecho. Salomon lo ha dicho: «Tener demasiada consideracion á las personas, es una debilidad criminal: un hombre de este carácter hará transgresiones en la ley, y venderá la justicia por un bocado de pan.»

Los antiguos han tenido razon en decir que el empleo muestra al hombre: un gran destino revela la capacidad de unos y la nulidad de otros. «Galba, dice Tácito, habria sido juzgado por todos digno del imperio, si no hubiese llegado jamás á ser emperador.» Vespasiano, añade en otra parte, «es el único que despues de subir al poder supremo, fué todavía superior á las esperanzas que habia inspirado;» con la diferencia de que en el primer caso sólo se trata de la

aptitud para el gobierno, y en el segundo se hace referencia tambien á las costumbres y al carácter. En efecto, la grandeza de alma de una persona á quien los honores y dignidades han aquilatado en vez de pervertirla, no puede ser dudosa, y muy por el contrario, semejante cambio es el síntoma más seguro de la elevacion de sus sentimientos; porque lo mismo que en física los cuerpos que se encuentran fuera de su lugar natural no se vuelven á él sino que por medio de la fuerza, quedando en reposo así que ocupan su sitio, lo mismo la virtud, mientras aspira á los honores que le son debidos, se halla en un estado violento, y cuando ha llegado á ocupar el puesto elevado á que aspiraba, recobra la calma y tranquilidad.

Se sube á las altas dignidades por una escalera de movimiento, y si se encuentran facciones en el tránsito, es preciso inclinarse un poco hácia un lado, y luego que se llega arriba ponerse en el centro y guardar bien el equilibrio.

Respecto á la memoria de vuestro predecesor, hablad siempre de ella con respeto y cariño; porque si lo deprimís, el que os siga os pagará en la misma moneda.

Si teneis colegas, guardadles las mayores consideraciones, y recelaos de darles parte en

los asuntos de que esteis encargados; porque vale más llamarlos cuando no lo aguarden, que excluirlos cuando se crean con derecho á ser llamados.

En las respuestas que deis, particularmente á los pretendientes, y en las conversaciones ordinarias, olvidad un poco las prerogativas de vuestro destino, y no afectad mucho su dignidad; haced más bien de modo que se diga de vosotros: «Este hombre es muy diferente cuando no está en el ejercicio de su cargo.»



XII.

DE LA AUDACIA.

Vamos á hacer una cita que parece á primera vista más conveniente al retórico que al filósofo, pero que sin embargo, mirada de cier-

to modo, merece la atencion aun de los mismos sábios. «¿Cuál es la parte más esencial al orador? se preguntó á Demóstenes.—La accion, respondió.—¿Cuál es la que le sigue?—La accion, volvió á responder.—¿Y la que ocupa el tercer lugar?—La accion, repitió de nuevo.» En esto no decia nada que él no hubiese aprendido por su propia experiencia, y aunque nadie poseyó este género de talento en tan alto grado de perfeccion, no fué, sin embargo, porque la naturaleza le hubiese favorecido con sus dones, sino porque venció su natural rudeza con un trabajo obstinado.

No deja de causar asombro el ver á este grande hombre atribuir tanta importancia á esta parte de la oratoria, que puede pasar por la más superficial y que parece ser un talento propio de comediantes, y colocarla sobre la invencion, sobre la elocucion y por encima de todas las otras partes que parecen mucho más esenciales; y lo que es más extraño todavía, ser la única que designa como si en un orador fuese el todo. Pero esta preferencia es muy fundada; en la composicion de la naturaleza del espíritu humano, entrá mucha más locura que sabiduría; por consiguiente, los talentos que se dirigen á la parte floja del espíritu y que la sub-

yugan, tienen sobre la multitud un poder diferente al de los talentos que se dirigen á la parte sensata. La audacia es en la ejecucion, lo que la accion oratoria en el simple discurso: tiene en las relaciones civiles y políticas una influencia y unos efectos que parecen prodigiosos. ¿Cuál es el más poderoso instrumento para los negocios? se puede preguntar tambien. La audacia. ¿Cuál es el que le sigue? La audacia. ¿Y el tercero? La audacia. Sin embargo, la audacia, hija de la ignorancia y de la necedad, está realmente muy por debajo de los verdaderos talentos; pero á pesar de esto encadena, subyuga, hechiza, por decirlo así, á los hombres abandonados y de entendimiento perezoso, que son los más: algunas veces domina hasta á los mismos sábios, en los momentos de debilidad é irresolucion, y hace milagros en los gobiernos populares. Tiene ménos ascendiente sobre un príncipe ó sobre un senado, y sucede tambien que los hombres muy audaces obtienen mejor éxito en los principios que despues, porque siempre prometen más de lo que pueden cumplir.

El cuerpo político, lo mismo que el cuerpo humano, tiene sus charlatanes que se entrometen á curarlo. Los hombres de esta especie emprenden fácilmente grandes curas, y aciertan

alguna que otra vez por casualidad; pero como su supuesta ciencia tiene poco fondo, desengañan bien pronto y no tardan en perder su crédito. A pesar de esto, se salvan algunas veces imitando el milagro de Mahoma. Este impostor habia prometido y hecho creer al pueblo que por la virtud de ciertas palabras haria venir hácia sí una montaña, sobre la cual pediria por los que observasen fielmente su ley. Estando reunido el pueblo, llama á la montaña, le reitera su llamamiento muchas veces, y aunque la montaña tardase en venir, no se da por vencido y sale del paso diciendo: «Pues ya que la montaña no quiere venir hácia Mahoma, Mahoma mismo irá hácia la montaña.» Del mismo modo, cuando estos hombres audaces, despues de haber hecho magníficas promesas se ven forzados á faltar vergonzosamente á sus palabras, en vez de avergonzarse de su necedad, salen del paso como Mahoma con la ayuda de algun subterfugio, y hacen siempre su negocio.

No es dudoso que los hombres de este carácter son muy ridiculos á la vista de los que tienen sensatez, y algunas veces á la del vulgo: y no puede, en efecto, ser de otra manera, porque la verdadera causa de la risa y del ridículo es el absurdo y la falta de conveniencia; ¿pero

quién ofende más frecuentemente todas las leyes de la conveniencia que un hombre audaz é importuno? Nada hay tan risible como una afrenta de esta especie, cuando el que la sufre pierde toda su continencia; su rostro se le altera entónces y se le pone muy desfigurado, lo que no debe extrañarse, puesto que en la vergüenza ordinaria los sentimientos sólo sufren una ligera agitación, y en la que produce la afrenta se queda el ánimo inmóvil y desconcertado; como el de un jugador de ajedrez á quien se da jaque mate en medio de sus piezas: esta última observacion no dudamos que convendria más á una sátira que á un tratado tan sério como este.

Pero lo que nunca se debe olvidar es que la audacia es ciega; no conoce ni riesgos ni inconvenientes, y por consecuencia es muy peligrosa para deliberar; conviniendo sólo para la ejecucion. Así pues, los audaces no sirven para los primeros puestos donde las cosas se restuelven, y sólo son buenos para ejecutar, cuyo oficio pertenece á puestos más secundarios: esto se funda en que cuando se delibera es conveniente ver los peligros, mientras que en llegando á la ejecucion es preciso perderlos de vista, á ménos que sean muy inminentes.



XIII.

DE LA BONDAD NATURAL Ó ADQUIRIDA.

Entiendo por la palabra bondad, un afecto ó un sentimiento que nos lleva á desear que nuestros semejantes sean dichosos, y que tiene por objeto el bien general de la humanidad. Esto es lo que los griegos llaman filantropía, no teniendo el término humanidad con que se ha sustituido en las lenguas modernas, una significación bastante lata ni bastante enérgica para expresar mi idea.

Llamo simplemente bondad al hábito de hacer el bien, y bondad natural á la inclinación ó pensamiento constante de hacerlo. Esta es la más noble facultad del alma humana y la más grande de las virtudes: asemeja el hombre á la

Divinidad, de la cual es el primer atributo. La bondad moral responde á la caridad cristiana, y no es susceptible de exceso, sino solamente de error ó equivocacion con respecto al fin que se propone. Una ambicion excesiva produjo la caida de los ángeles, y un deseo desmedido de saber ocasionó la del hombre; pero en la caridad, repetimos que no cabe exceso, y jamás ángel ni hombre alguno puede correr riesgo de excederse, aunque se entregue enteramente á ella.

La inclinacion de hacer el bien ó la bondad dispositiva, está tan profundamente arraigada en la naturaleza humana, que cuando no se ejerce hácia los hombres se ejerce hácia los animales, como se ve en muchos ejemplos de los turcos; pueblo que, aunque cruel, lleva la sensibilidad por las bestias mismas hasta el punto de dar limosna á los perros y á las aves; y segun refiere el baron de Busbeck, un platero veneciano estuvo á riesgo de ser apedreado por el pueblo de Constantinopla, por haber puesto una especie de mordaza á un pájaro que tenia un pico extremadamente largo. Sin embargo, la virtud de que hablamos, es decir, la bondad ó la caridad, tiene sus errores y equivocaciones, y los italianos han establecido á este propósito

una máxima ó proverbio odioso: «Lo demasiado bueno, no es bueno para nadie.» Nicolás Maquiavelo, uno de los sábios de la indicada nacion, ha tenido la imprudencia de avanzar hasta decir en términos claros y formales, que el cristianismo habia sido perjudicial á los hombres muy buenos, igualmente que á los injustos y tiranos. Lo que le hacia hablar así era que, en efecto, nunca hubo religion, ley ó secta que elevara la bondad ó la caridad tanto como la ha elevado la religion cristiana. Por consiguiente, para evitar á un mismo tiempo el escándalo y el peligro, es bueno conocer los errores que un sentimiento tan laudable en sí mismo puede impulsar á cometer. No desprecieis ningun medio ni ocasion para hacer bien á los hombres, pero sin dejaros engañar por sus apariencias; porque esto sería una pereza ó debilidad de carácter, ó mejor dicho, una flaqueza impropia de las almas honradas. No deis una perla al gallo de Esopo, que preferiria un grano de cebada. El mejor precepto en este particular, es el ejemplo de Dios mismo, que hace lucir el sol y caer la lluvia sobre el justo y el injusto indistintamente, pero que no dispensa á todos igual cantidad de riquezas, de honores y de talentos.

Los bienes que son naturalmente comunes,

deben ser concedidos á todos sin distincion; pero los que son por naturaleza ménos generales, es preciso distribuirlos con acierto. Ten cuidado de romper el original despues de hecha la copia, pues la teología nos enseña que el amor de nosotros mismos es el original y la copia el amor del prógimo. «Vende todo lo que tienes, da el producto á los pobres y sígueme;» sí, pero no vendas todo lo que tienes hasta despues de estar bien decidido á seguirme; es decir, no tomes este partido extremo sino que abrazando un género de vida donde puedas hacer con pequeños medios tanto bien como harian otros con grandes riquezas; porque de lo contrario, agotarías el manantial queriendo aumentar el arroyo. No solamente se observa en muchos individuos un hábito de bondad dirigido por la razon, sino que los hay con una inclinacion natural á hacer el bien, así como otros tienen un deseo tambien natural de perjudicar y parecen complacerse en hacer daño. El primer grado de esta mala índole inherente á ciertos individuos, es un carácter taciturno, áspero, difícil, contradictorio, agresivo y malicioso, constituyendo la envidia el más alto grado que degenera en maldad, propiamente hablando.

Los hombres de estas inclinaciones se regoci-

jan con las desgracias y faltas ajenas, las miran como una especie de agradable espectáculo, y no desperdician ocasion de agravarlas. Buscan y se arriman á los desgraciados cuyos corazones están heridos, no como aquellos perros que lamian las llagas de Lázaro, sino más bien como los insectos que se agarran á las partes afectadas por el mal y envenenan las heridas. Son verdaderos misántropos, que sin tener en su jardín ningun árbol tan cómodo como el que ofrecia á los atenienses cierta filosofía atrabiliaria, quisieran, sin embargo, ver colgados á todos los hombres. De esta madera se hacen los buenos políticos, pues las personas de este temple pueden compararse á esos troncos torcidos, que son útiles para construir los barcos destinados á ser violentamente agitados, pero que no sirven para la construccion de las casas, las cuales deben permanecer inmóviles.

La bondad se conoce por diferentes especies de manifestaciones y efectos que le son propios y que la caracterizan. Por ejemplo, un hombre cortés, afectuoso y propicio con los extranjeros, anuncia con esta conducta que se cree ciudadano del mundo todo, y que su corazon no es una isla solitaria y separada de la costa, sino un continente en comunicacion con todos los

XIV.

DE LA NOBLEZA.

Al tratar de la nobleza, la consideraremos primero como una parte del Estado, despues como una distincion honrosa entre los particulares; y últimamente como la condicion de cierta clase de ciudadanos.

Una monarquía donde no hay nobleza ninguna, es un puro despotismo y una pura tiranía, como se observa en el ejemplo de los turcos. La nobleza atempera y quita el cansancio, por decirlo así, al poder soberano, compartiendo tambien con la familia real las miradas del pueblo. En las democracias no es necesaria, y están más tranquilas y ménos expuestas á sediciones cuando no tienen familias nobles; por-

que entónces se atiende sólo á los negocios que se proponen, y no al sugeto que los presenta ó que se ofrece para desempeñarlo; y si se atiende algo á la persona, es en vista del asunto mismo, y no considerando mas que sus calidades individuales, sin mirar para nada sus títulos y su genealogía. Vemos, por ejemplo, que la república de Suiza se conserva muy bien á pesar de la diversidad de creencias religiosas y de la division del país en cantones, porque el verdadero lazo que une á estos pequeños Estados y á sus ciudadanos es la utilidad particular que recíprocamente pueden prestarse, y no la dignidad de las personas. Por la misma razon, el gobierno de las provincias unidas de los Países-Bajos es excelente; la igualdad entre las personas produce allí la igualdad en las asambleas, hace las leyes más imparciales, y hace tambien que se paguen más voluntariamente los impuestos.

Una nobleza respetada y poderosa aumenta el esplendor y la majestad del príncipe, pero disminuye su poder: da al pueblo más vida, pero empobreciéndole y haciendo su condicion más dura. Es bueno que la nobleza no sea más poderosa de lo que exigen el interés del príncipe y el del Estado, pero conviene que conserve

fuerza suficiente para reprimir á las clases inferiores, y para que la insolencia popular, viniendo á romperse contra esta especie de salvaguardia, no pueda ofender la majestad del monarca. Una nobleza muy poderosa empobrece á un Estado, y tiene otros muchos inconvenientes, entre los cuales está el de que los gastos excesivos que ocasiona sumen en la pobreza á muchas de sus familias, lo que introduce una gran desproporcion entre los honores y los bienes.

Con respecto á la nobleza mirada como una distincion entre los particulares, observaremos que un antiguo castillo ó cualquier otro edificio secular que se conserva perfectamente, inspira cierto género de respeto, lo cual sucede tambien con un árbol de oquedal que se conserva fresco y entero á pesar de su mucha edad. Pero si los cuerpos insensibles pueden atraerse algun respeto ó veneracion, ¿qué será una antigua é ilustre familia que ha resistido á las vicisitudes y borrascas del tiempo? Una nobleza nueva no es sin disputa otra cosa que una derivacion del poder soberano, mientras que la antigua parece ser la obra exclusiva del tiempo. Los primeros individuos á los cuales una familia debe su nobleza y sus timbres de gloria, tienen por lo cor-

mun cualidades más brillantes, aunque ménos rectitud y probidad que sus descendientes, siendo muy raro que no se eleven por una mezcla de buenos y de malos medios: interesa al Estado que la memoria de sus virtudes pase á la posteridad para que sirva de ejemplo, y que los vicios sean, por decirlo así, sepultados con ellos. Las prerogativas que los nobles deben á su nacimiento, los hacen ménos industriosos y activos que los plebeyos: además, toda persona que carece de talento es naturalmente inclinada á envidiar los de los otros, á lo que debe añadirse que los nobles, estando colocados muy altos desde un principio no pueden elevarse mucho más, y que todo hombre que permanece á la misma altura mientras los demás suben, se imagina que descende y no le es posible ahogar un sentimiento de envidia.

Pero si la nobleza es más envidiosa, es sin disputa ménos envidiada; porque estando naturalmente destinada á gozar de grandes honores, esto mismo la garantiza de la envidia que se tiene á los hombres nuevos. Los reyes que pueden escoger en la nobleza de sus Estados individuos de gran capacidad para el desempeño de los negocios, ganan mucho preferiéndolos á sujetos de las otras clases; pues de

este modo todo marcha en los asuntos públicos con más desembarazo y ligereza, en razon de que los nobles encuentran siempre más submission y obediencia en el pueblo, siendo así que parecen haber nacido para mandarle y dirigirlo.



XV.

DE LOS MOTINES Y SUBLEVACIONES.

Interesa á los pastores del pueblo conocer bien los pronósticos y señales de las tempestades que pueden levantarse en un Estado, y que son ordinariamente más terribles cuando los elementos opuestos que las promueven se igualan más, del mismo modo que las que se forman hácia los equinoccios son también más violentas que en todo el resto del año. Pero ántes de que

los motines y sediciones estallen en un Estado, ciertos rumores sordos y confusos, signos del descontento general, los presagian, de igual manera que en la naturaleza se anuncia la tempestad por el vago ruido de un viento subterráneo y por el mugido sordo de las olas que empiezan á levantarse.

«Unas veces, dice el poeta, descubriéndole el secreto descontento, le anuncia que la revolucion se aproxima; otras, revelándole las maquinaciones que se traman sordamente contra él, le predice la guerra abierta de que está amenazado.»

Los libelos y los discursos licenciosos contra el gobierno, se multiplican y propagan rápidamente; las falsas noticias destinadas á vituperarle se extienden por todos lados y son creidas sin dificultad: tales son los presagios de los motines y sublevaciones. Virgilio, al formar la genealogía de la Fama, dice que era hija de los Gigantes.

«Es hermana de Cæos y de Encélado, y se dice que la Tierra, irritada y fecundada por la cólera de los inmortales, la dió á luz en su último parto.» ¡Cómo si los rumores de que hablamos no se sirtieran nada más que despues de haber pasado la sedicion! La verdad es que

son ordinariamente su prelude. El poeta observa con mucho acierto que no hay otra diferencia entre las sediciones y los rumores sediciosos que la que se encuentra entre el hermano y la hermana, entre el varon y la hembra, sobre todo cuando el descontento general llega al extremo de que las más sábias y justas acciones del gobierno y las que más deberian agradar al pueblo, son mal recibidas y torcidamente interpretadas, lo cual demuestra que el descontento ha llegado á su colmo, como lo observa Tácito cuando dice: «El descontento público es tan grande, que lo mismo rechaza el bien que el mal que se hace.» Pero aunque los rumores de que hablamos son un presagio de los motines, no se sigue de esto que se evitarian las sublevaciones adoptando medidas muy severas; porque frecuentemente acontece, que cuando se tiene el valor de reprimirlas estallan más pronto; y todo el trabajo que se pone en evitarlas, sirve sólo para hacerlas más duraderas.

Además, cierto género de obediencia de que habla Tácito, debe ser sospechoso: «Permanecen aún en el deber, pero de modo que se hallan más dispuestos á murmurar de las órdenes del gobierno que á cumplirlas.» En efecto, discutir las órdenes, dispensarse por excusas de

ejecutarlas ó eludirlas y ridiculizarlas, son otras tantas maneras de sacudir el yugo, ú otros tantos ensayos de desobediencia, sobre todo cuando los que defienden al gobierno hablan con timidez, en tanto que sus contrarios hablan con insolencia.

Y como muy juiciosamente ha observado Maquiavelo, cuando un príncipe, que debería ser el padre común de todos sus súbditos, se inclina á uno de los bandos en que su pueblo se halla dividido, sucede á su gobierno lo que á un buque que lleva mucha carga á uno de los lados, que concluye por zozobrar. Esta es una verdad que enseñó á costa suya Enrique III, rey de Francia; porque sólo se unió á la liga para vencer y abatir más fácilmente á los protestantes, y en seguida esta misma liga se volvió contra él. Cuando en la defensa de una causa no es la autoridad real el objeto más importante, los súbditos creen tener un deber más sagrado que el de la obediencia que deben al soberano, y desde entónces empieza éste á verse desposeido de su potestad.

Cuando los rebeldes ó facciosos hablan ú obran audaz y abiertamente, su insolencia anuncia que ya han perdido todo respeto al gobierno, pues los movimientos de los grandes

en un reino han de estar subordinados á los del príncipe, que debe ser su primer móvil: las altas clases han de ser semejantes á los planetas, que en la hipótesis admitida (la de Tolomeo) son arrastrados por un movimiento muy rápido de oriente á occidente, en virtud del de toda la esfera que están obligados á seguir, aunque moviéndose más lentamente de occidente á oriente en virtud de un movimiento propio. Así es que euando no obedeciendo los grandes mas que á su propio impulso emprenden una marcha muy violenta, ofrecen una señal de que todas las órbitas se hallan confundidas, y de que todo el sistema tiende á su destruccion; porque el respeto de los súbditos es el presente que Dios ha hecho á los reyes y la base de su poder, y algunas veces les amenaza con despojarlos de él: «Yo desceñiré la cintura de los reyes.»

Cuando las cuatro columnas que sostienen toda especie de gobierno, la religion, la justicia, la prudencia y el tesoro público se quebrantan ó debilitan, entónces es cuando se hace preciso recurrir á las oraciones y plegarias para obtener el buen tiempo. Pero terminando aquí lo que teníamos que decir de los síntomas de las sublevaciones y motines (asunto sobre el cual darán tambien alguna luz las ideas que va-

mos á exponer), empezaremos á tratar: 1.º De la causa material de las sublevaciones. 2.º De sus motivos ó de sus causas eficientes. 3.º De los remedios y preservativos contra este género de calamidad.

La causa material de las sublevaciones es evidentemente el primer objeto en que debe fijarse nuestra atencion. En efecto, ¿puede negarse que el más seguro medio para prevenir una sublevacion, siempre que las circunstancias lo permitan, es quitar desde luego su causa material? Cuando la materia combustible está amasada y preparada, sería muy difícil decir de qué punto partirá la chispa que ha de prenderle fuego. Las sublevaciones tienen dos principales causas materiales, á saber: un gran disgusto y un gran sufrimiento; es decir, un gran número de descontentos y necesitados; pues no es dudoso que tantos hombres arruinados ó cargados de deudas como haya en una nacion, tantos son los que desean la guerra civil. Esto es lo que dice Lucano, cuando ántes de hacer el cuadro de las guerras intestinas de Roma, presenta las verdaderas causas que las habian producido en la situacion en que dicha ciudad se encontraba entónces:

«Por un lado, la usura voraz y los intereses

que acumulándose daban alas al tiempo, y por otra la fé frecuentemente violada, hicieron que la guerra fuese el único recurso del mayor número.»

Esta misma situacion del mayor número, que mira la guerra. como su único recurso, y que por consiguiente la desea, es una señal infalible de que un Estado se halla dispuesto para los motines y sublevaciones. Si la multitud de los hombre arruinados, cargados de deudas y faltos de recursos, se compone de las altas clases lo mismo que de la gente baja, el peligro es mayor y más inminente, porque las peores convulsiones son las que arrancan del corazon. Respecto de los descontentos, diremos que son en el cuerpo político lo que los humores corrompidos en él cuerpo humano, que dan por resultado ordinario producir un calor excesivo que ocasiona inflamaciones. Pero en estos casos, el príncipe ó el gobierno no debe medir el peligro por los actos de justicia ó injusticia que de tal modo hayan excitado los espíritus, porque esto sería atribuir al pueblo mucha más razon de la que comunmente tiene, siendo así que con harta frecuencia se le ve rechazar lo que puede serle útil.

Mucho ménos todavía debe juzgarse del pe-

ligro por la importancia de los verdaderos motivos que tenga la multitud para sublevarse; porque cuando el temor es más grande que el sufrimiento, el descontento público se hace menos peligroso, por lo mismo que el dolor tiene un limite, mientras que el temor no le tiene, y porque en caso de que la opresion haya subido á su colmo, esta misma opresion que ha agotado la paciencia del pueblo le quita el valor de poder resistirse. Pero no sucede lo mismo cuando el pueblo no se ha envilecido tan extremadamente. El príncipe y el gobierno no se deben figurar de ningun modo, por esta sola consideracion, que los descontentos que entónces se agitan y se manifiestan, pueden manifestarse repetidas veces y por largo tiempo sin ningun peligro ó notable inconveniente; porque si bien es cierto que no toda nube ocasiona una tempestad, de seguro sucederá, como se junten muchas, que sobrevendrá una de recios vientos y granizo; y si todas las nubes pasajeras que se han mirado con desprecio llegan á reunirse, la tormenta será mucho más horrorosa por lo mismo que ha sido más tardía: esto es lo que dice un proverbio español: «Cuanto más tirante está la cuerda, más cerca está de romperse.»

Los motivos ó las causas más ordinarias de las sediciones, son las grandes y repetidas reformas ó mudanzas en la religion, en las leyes, en las costumbres públicas, etc. ; las infracciones de privilegios y de inmunidades, la opresion general, la elevacion de los hombres sin mérito, las intrigas de las otras potencias, la llegada de una multitud de extranjeros, ó una predileccion demasiado señalada hácia algunos de entre ellos, las grandes carestías, los ejércitos licenciados de improviso y sin precauciones, los disturbios excitados á propio intento, y en una palabra, todo lo que puede irritar al pueblo y coaligar un gran número de descontentos dándoles un interés comun.

En cuanto á las órdenes y á los preservativos contra las sediciones, indicaremos algunos generales, sin obedecer para ello á las leyes del método. Pero como para conseguir una cura completa y radical es preciso oponer á cada especie de mal un género de remedio que le sea propio, habrá por consiguiente que fijar más la atencion sobre la prudencia natural del que gobierna que sobre preceptos y reglas fijas.

El primero de todos los remedios ó preservativos, es quitar ó disminuir cuanto sea posible la causa material de las sediciones de que ya

hemos hablado, es decir, la pobreza, el hambre y la miseria que se dejen sentir en el Estado. Los medios que pueden conducir á este fin, consisten en desembarazar todas las vías de comercio, abrir otras nuevas y arreglar la balanza; reanimar las industrias nacionales, desterrar la ociosidad, poner un freno al lujo y á los gastos ruinosos por medio de leyes suntuarias, dar más vigor por medio de recompensas y leyes imparciales á todo lo que tienda á perfeccionar la agricultura, arreglar el precio de los géneros y de todas las cosas de comercio, y moderar las tasas y los impuestos, etc. Generalmente hablando, hay que atender mucho á la poblacion, sobre todo cuando las guerras no la disminuyen, para que no excedan sus necesidades á las que puede sufragar el producto de la agricultura, de la industria y del comercio. Pero para poder determinar con acierto y con justicia la masa de la poblacion, no basta atender solamente al número absoluto de almas ó de habitantes; porque un pequeño número de ellos que gasten mucho y que trabajen poco, arruinaría más prontamente á un Estado que un gran número de hombres muy laboriosos y económicos. Cuando el número de los nobles y otras personas de distincion está en despropor-

cion con las demás clases inferiores del pueblo, empobrecen y agotan el Estado. Sucede lo mismo cuando hay un clero muy numeroso, que á pesar de todo no produce nada para la masa comun. Y tambien puede esto decirse de las gentes que se dedican á los estudios, cuyo número no debe exceder mucho al que necesitan las profesiones activas que requieren conocimientos adecuados.

He aquí otra observacion que no debe perderse de vista: una nacion no puede aumentar sus riquezas en más cantidad que la que haga perder á las otras. Tres son las cosas que una nacion puede vender á los demás, á saber: La materia primera ó el producto bruto; el producto manufacturado y el transporte ó flete. Cuando estas tres ruedas principales se mueven ó giran con facilidad, las riquezas afluyen al país. Algunas veces, segun la expresion del poeta, la forma, y en general el trabajo, tienen más valor que la materia; es decir, que el precio de la mano de obra y el del transporte, excede con frecuencia al de la materia prima y enriquece más pronto á las naciones. De esto tenemos un ejemplo notable en los Paises-Bajos, que viven en la abundancia sin otros recursos principales que la industria, que ex-

plotan con más ventaja que los demás pueblos.

El gobierno debe tomar medidas para impedir que toda la masa de numerario de un país se acumule en manos de un pequeño número de individuos, pues de otro modo una nación podría perecer de hambre en el seno de la abundancia, siendo el dinero como los abonos, que sólo producen cuando se distribuyen convenientemente. A este saludable objeto se llegará ahogando ó reprimiendo al ménos tres mónstruos devoradores, que son: la usura, el monopolio, y la manía de convertir en prados para pastos las tierras de sembradío.

En cuanto á los medios de calmar los espíritus y aplacar el descontento general, ó al ménos de prevenir sus más peligrosas consecuencias, observaremos desde luego que cada Estado se halla compuesto de dos principales clases, á saber: la nobleza y los plebeyos ó estado llano que forman el mayor número. Cuando uno solo de estos dos órdenes está descontento, no es muy grande el peligro que amenaza, siendo siempre los movimientos de un pueblo lentos y poco duraderos cuando no está acaudillado por los grandes, y no pudiendo éstos casi nada por sí solos si la multitud no se halla espontáneamente dispuesta á levantarse. Pero cuando los

nobles aguardan para mostrar su descontento á que sea general el del pueblo, entónces es cuando el peligro amenaza con grandes proporciones. La fábula dice, que habiendo sabido Júpiter que los dioses coaligados tenían el propósito de aherrojarlo, se determinó, despues de aconsejarse con Minerva, á llamar en su socorro á Briareo el de los cien brazos; alegoría cuyo espíritu verdadero es demostrar á los reyes cuánto les importa atender y contentar al pueblo y no desperdiciar ningun cuidado para conciliar-se su afición.

Dejar á un pueblo en libertad de quejarse y desahogar su mal humor (mientras que las quejas no lleguen hasta la insolencia ó la amenaza), es tambien una medida saludable; porque si se conservan los humores viciados y se obliga la sangre de la herida á que circule por dentro, se ocasionarán úlceras malignas y mortales.

Todavía hay otro medio para aplacar los espíritus cuando están irritados y para adormecer el descontento: consiste en hacer desempeñar á Prometeo el papel de Epimeteo, lo cual es de seguro el remedio más eficaz. Despues que Epimeteo, dice la fábula, hubo visto que todos los males habian salido de la caja de Pandora, dejó

caer la cubierta, y la esperanza quedó encerrada en el fondo. En efecto, distraer á los hombres alimentándolos de promesas y entretenerlos con destreza llevándolos de una esperanza á otra, es el más seguro antídoto contra el veneno del descontento; y el carácter distintivo de un gobierno sábio y prudente está en el acierto de inspirar confianza á los súbditos por medio de juiciosas promesas, luego que no le es posible procurarles una satisfaccion más real, y en saber gobernar los espíritus de modo que en el caso de una desgracia inevitable, les quede siempre alguna esperanza consoladora: esto no es tan difícil como parece, porque los individuos, lo mismo que las facciones, están naturalmente dispuestos á afectar, para hacer alarde de su valor, esperanzas que no tienen.

Otro método para prevenir los funestos efectos del descontento general, método muy conocido, pero que no por eso es ménos seguro, consiste en no perdonar ningun medio para impedir que el pueblo se agrupe hácia algun personaje distinguido que pueda servirle de jefe y para formar un cuerpo regular y dirigir todos sus movimientos. Entiendo por jefe un hombre de ilustre nacimiento que goce de una gran reputacion, que esté seguro de la confianza del par-

tido sedicioso, que tenga él mismo particulares motivos de resentimiento, y hácia el cual, por esta circunstancia, vuelva el pueblo los ojos naturalmente. Cuando hay en un Estado un personaje tan peligroso, es preciso atraérsele á toda costa y obligarle á que se aproxime al gobierno para ligarlo á él con sólidas ventajas que nunca pueda esperar del partido contrario; y si esto no es posible porque rechaza toda avenencia, conviene oponerle otro sugeto de las mismas condiciones, que comparta el favor popular y le sirva de contrapeso balanceando su influencia. Generalmente hablando, el método de dividir y triturar, por decirlo así, las facciones y las ligas que se forman en un Estado enemistando entre sí á los jefes, ó al ménos haciendo nacer entre ellos celos y rivalidades, es un medio despreciable y que sólo produce resultados satisfactorios cuando no comprendiendo los partidos sus verdaderos intereses, luchan engañados, pero una vez concertados y unidos estrechamente, forman un poder irresistible.

He observado recorriendo la historia, que esas frases ingeniosas y picantes que han dejado escapar los principes contra otros personajes eminentes, han encendido las rebeliones. César se ocasionó un daño irreparable con estas

palabras: «Sila fué un ignorante que no supo mandar;» con lo cual quitó para siempre á los romanos la esperanza que tenían de que tarde ó temprano abdicaria la dictadura. Galba se perdió por esta frase: «Mi empleo consiste en escoger soldados, no en comprarlos;» quitándoles así la esperanza del donativo ó gratificación que los emperadores romanos daban al ejército cuando se coronaban: igualmente Probo tuvo la imprudencia de decir: «Si vivo todavía algunos años, el imperio romano no tendrá necesidad de soldados;» palabras desesperantes para un ejército. Lo mismo podría añadirse de otros muchos. Los príncipes deben, pues, en circunstancias difíciles y en asuntos delicados, tener mucha circunspección en sus palabras, y evitar sobre todo esos dichos claros y precisos, que son como señales profundas que parecen denunciar sus secretos pensamientos. En cuanto á los discursos más extensos, se observan mucho menos, producen menos efecto, y son por consiguiente menos peligrosos.

Por último, los príncipes deben tener siempre cerca de su persona uno ó muchos sujetos distinguidos por su valor ó sus talentos militares y de una fidelidad experimentada, para ahogar las sublevaciones desde su principio.

Sin este refuerzo, una córte se espanta muy fácilmente cuando las revoluciones llegan á estallar, y se encuentra en aquella especie de peligro, de que Tácito da una justa idea diciendo: «La disposicion de los espíritus es tal, que pocos se atreven á cometer el último atentado, un número mayor lo desea, y todos se hallan dispuestos á permitirlo.» Pero es necesario que los generales de que hablamos sean de una fidelidad más segura que los del partido popular, pues de otro modo sería el remedio peor que el mal á que se aplica.



XVI.

DEL ATEISMO.

Mejor querría creer todas las fábulas de la leyenda, del Talmud ó del Alcoran, que pensar

que esta grande máquina del universo, donde veo un órden tan constante, marcha por sí sola sin que una inteligencia presida sus movimientos. Por eso Dios no se ha dignado nunca obrar milagros para convencer á los ateos, siendo sus obras una continúa y sensible demostracion de su existencia. Una filosofia superficial hace inclinarse un poco hácia el ateismo; pero una filosofia más profunda lleva al conocimiento de un Dios.

El hombre en sus contemplaciones no divisa nada más que causas subalternas ó secundarias que le parecen esparcidas sin coherencia, y se puede detener en ellas sin atreverse á levantarse más arriba; pero cuando considera la no interrumpida cadena que liga y reúne todas estas causas, su mútua dependencia y, si es permitido que me exprese así, su estrecha confederacion, entónces se eleva al conocimiento del gran Sér, que siendo el verdadero lazo de todas las partes del universo, ha formado este vasto sistema y lo mantiene por su providencia. El absurdo mismo de la secta que más se acerca al ateismo, es la mejor demostracion de la existencia de un Dios: hablo de la escuela de Leucipo, de Demócrito y de Epicuro. Me parece ménos absurdo pensar que cuatro elementos

variables con una quinta esencia inmutable, convenientemente colocada desde toda una eternidad, puedan existir sin un Dios, que imaginar que un número infinito de átomos ó de elementos infinitamente pequeños, sin ningun centro determinado hácia el cual tiendan, hayan podido por un concurso fortuito y sin la direccion de una suprema inteligencia, producir este órden admirable que vemos en el universo. Encontramos en la Sagrada Escritura estas palabras tan conocidas: «El insensato ha dicho á su corazon: Dios no existe.» Observemos que no dice que el insensato ha pensado así, sino que se lo ha dicho á sí mismo, más bien como cosa que desea y de la cual trata de convencerse, que como si de ello estuviese íntimamente persuadido.

Los hombres que se atreven á negar la existencia de Dios, solamente son los que en ello tienen interés; y lo que prueba de sobra que el ateísmo está en los labios de los que dicen profesarlo, más bien que en su corazon, es que los ateos se complacen en hablar de su creencia, como si buscasen el asentimiento de los demás para apoyarse y fortificarse en él. Se ve tambien que desean hacer prosélitos y que presentan sus opiniones con tanto entusiasmo y

fanatismo como los sectarios; en una palabra, el ateísmo tiene sus misioneros lo mismo que la religion, y, lo que es más todavía, tiene sus mártires que prefieren sufrir los más horrosos tormentos á retractarse.

Pero si están verdaderamente persuadidos de que Dios no existe, y una vez negada su existencia, en cuyo caso todo deben creerlo finito sin que tengan ninguna otra cosa que añadir, ¿á qué atormentarse de ese modo por una opinion negativa? Se ha pretendido que Epicuro disimulaba su verdadero pensamiento sobre este punto, y que por asegurar su reputacion y su persona, afirmaba públicamente que existian seres perfectamente dichosos, que gozando de sí mismos no se dignaban mezclarse en el gobierno de este mundo inferior; pero que en su fondo no creia del todo la existencia de la divinidad, y que hablaba así por acomodarse á su tiempo. Esta acusacion nos parece tanto más despojada de fundamento, cuanto que en sus conversaciones familiares sobre este asunto, su lenguaje era algunas veces sublime y hasta divino.

«Lo que es verdaderamente impío, decia entónces, no es negar los dioses del vulgo, sino aplicar á los dioses las opiniones de ese profano

vulgo.» ¿Hubiera hablado mejor el mismo Platon? Y aunque Epicuro haya tenido la audacia de negar la providencia de los dioses, jamás se atrevió á negarles su naturaleza.

Los salvajes de la América tienen sus nombres particulares para designar específicamente á todas sus divinidades, pero no tienen ninguno que corresponda á nuestra palabra *Dios*. Esto es casi lo mismo que si los paganos hubiesen tenido sólo los nombres de Júpiter, Apolo, Marte, etc., careciendo de la palabra *Deux*, en latín, y *Dios*, en griego; lo que prueba que las naciones más bárbaras, si no han tenido de la divinidad una nocion tan grande y perfecta como nosotros, han tenido, sí, una idea, aunque más incompleta y defectuosa. Así pues, los ateos tienen en su contra á los salvajes reunidos con los más profundos filósofos. Se encuentran muy rara vez ateos realmente desinteresados y puramente teóricos, tales como Diágoras, Bion, Luciano, etc. Aun estos mismos puede ser que lo parecieran más de lo que realmente lo fuesen, porque se sabe que los que combaten una religion ó una supersticion admitida, son siempre acusados de ateismo. Pero los verdaderos ateos son los hipócritas que manosean sin cesar las cosas santas, y que no tienen ningun

sentimiento religioso y las desprecian en el fondo de su corazón.

El ateísmo puede tener diferentes causas.

1.^a Los sentimientos inclinados á él y las disputas sobre la religión, con especialidad cuando se multiplican extremadamente; porque cuando no hay más que dos opiniones y dos partidos que las defienden, esta misma oposición reanima el celo de entrambos; pero si reina una gran diversidad de pareceres, esta multiplicidad hace nacer dudas sobre todo é introduce el ateísmo. 2.^a La conducta escandalosa de los eclesiásticos, cuando ha llegado al punto que hacía exclamar á San 'Bernardo: «Ya no puede decirse que á tal pueblo tal sacerdote, porque hoy, el sacerdote es cien veces peor que el pueblo.» 3.^a Las frecuentes burlas sobre las cosas santas, que extirpan de los corazones el respeto debido á la religión. 4.^a Por último, las ciencias y las letras, sobre todo en el seno de la paz y la prosperidad; porque las revoluciones y las desgracias hacen volver los ojos á la religión.

Los que niegan la existencia de Dios, se esfuerzan en suprimir la más noble prerogativa del hombre; porque el hombre no es por su cuerpo nada más que un semejante á los brutos; y si no tiene por su alma alguna semejanza con

la Divinidad, será sólo un animal vil y despreciable. Destruyen así el verdadero fundamento de la magnanimidad y todo lo que puede elevar á la naturaleza humana. En efecto, ved el valor que tiene un perro mientras se siente animado por su dueño, que es para él como un sér de naturaleza superior: valor que no tendria sin la confianza que le inspira la presencia y el apoyo de esta naturaleza más perfecta que la suya. En esto consiste que el hombre que se siente asegurado de la proteccion de la Divinidad y que descansa, por decirlo así, en el seno de la Providencia, saca de esta idea y del sentimiento que de ella se deriva, un vigor y confianza de los cuales la naturaleza humana, abandonada á sí misma, no sería capaz. Por consiguiente, el ateismo, odioso por mil conceptos, lo es sobre todo porque priva al hombre del más poderoso medio que tiene para levantarse sobre su natural debilidad.

Pero sobre esto acontece lo mismo á las naciones que á los individuos; nunca pueblo alguno ha igualado al romano en la elevacion de sentimientos. Escuchemos cómo Ciceron muestra el verdadero origen de esta grandeza de alma: «Aunque seamos algunas veces un poco amantes de nuestras instituciones y de nosotros

mismos, ¡oh padres conscriptos! el pueblo romano puede tener cierta alta idea de su natural superioridad, así como debe reconocerse inferior á los españoles en el número; á los galos en la elevacion de la estatura y en la fuerza del cuerpo; á los cartagineses en la astucia; á los griegos en las ciencias, las letras y las artes, y en fin, á los latinos é italianos en ese amor innato á la libertad que parece ser su carácter distintivo, ó el instinto y el alma de todos los habitantes de esa comarca: si el pueblo romano ha vencido y sobrepujado en tantas cosas á todas las naciones conocidas, no ha debido sus victorias y su ascendiente á esas cualidades particulares, sino solamente á la piedad, á la religion, á una especie de ciencia y de sabiduría, que consiste en pensar que el universo entero se mueve y gobierna por la inteligencia y la voluntad suprema de los dioses inmortales.»



XVII.

DE LA SUPERSTICION.

Vale más no tener ninguna idea de Dios, que tener una indigna de él; pues lo primero no es más que ignorancia ó incredulidad, y lo segundo es una ofensa impía, pudiendo decirse que la supersticion es injuriosa á la Divinidad. «Ciertamente, dijo el juicioso Plutarco, querría mejor que se dijese que Plutarco no existe, que oír decir que hay un hombre así llamado que devora á todos sus hijos tan pronto como nacen, segun dicen los poetas que hacía Saturno con los suyos.»

De igual modo que la supersticion es más ofensiva á Dios que la irreligion, así es tambien más peligrosa para el hombre: el ateismo le

deja, á pesar de todo, muchos apoyos y guías, tales como la filosofía, los sentimientos de ternura que inspira la misma naturaleza, las leyes, el amor á la gloria, el deseo de la buena reputacion, que todas son cosas que bastarian para conducirle hasta cierto grado de virtud moral, al ménos exterior, y en la suposicion rigorosa de que absolutamente no tuviese religion alguna; pero la supersticion derriba todos estos apoyos y establece en el alma humana una verdadera tiranía. Además, el ateismo no ha turbado nunca la paz de los imperios, porque hace á los individuos más prudentes con relacion á lo que mira á ellos mismos, y hace tambien que sólo se ocupen de su propia seguridad, sin acordarse para nada del resto de las cosas. Vemos tambien que los tiempos más inclinados al ateismo son los de paz pública, tales como los de Augusto, mientras que la supersticion ha derribado á muchos gobiernos, convirtiéndose en un nuevo y poderoso móvil que, comunicando su impulso violento á todas las esferas gubernamentales, desmonta por completo el sistema político.

El pueblo es muy propenso á la supersticion, porque en todo lo que hace referencia á opiniones de esta naturaleza, los sábios se ven obli-

gados á ceder á los locos; y destruyéndose por esta causa el orden natural, se ajustan ó acomodan los pensamientos y creencias á los usos establecidos. Se puede mirar como una observacion muy juiciosa, la que hicieron á este propósito ciertos prelados del concilio de Trento, que fué una asamblea donde la disciplina eclesiástica desempeñó el primer papel. Los astrónomos han imaginado escéntricos, epíclidos, órbitas y otras máquinas hipotéticas para explicar los fenómenos celestes, aunque no ignoraban que nada de esto existia realmente. Los escolásticos, siguiendo su ejemplo, han inventado principios muy sutiles y teoremas muy complicados, para justificar ó explicar la práctica de los usos de la Iglesia.

Las causas más ordinarias de la supersticion son los ritos y ceremonias destinados á complacer la vista y los demás sentidos; la afectacion de santidad, solamente exterior é hipócrita; una veneracion excesiva por las tradiciones, lo cual sobrecarga y complica extraordinariamente la doctrina de la Iglesia; los manejos de los prelados por aumentar sus prerogativas y riquezas; la demasiada facilidad en acceder á actos religiosos que dan entrada á las innovaciones en la disciplina; la manía de atribuir á

la Divinidad las necesidades, las facultades y las pasiones humanas, asemejando Dios al hombre, lo cual mezcla á la verdadera doctrina una multitud de opiniones vanas y quiméricas; y en fin, los tiempos de barbárie, sobre todo si los pueblos se sienten afligidos de desastres y calamidades.

La supersticion, cuando se presenta sin disfraz, es una cosa disforme y ridícula; porque así como la semejanza del mono con el hombre aumenta la fealdad natural del primero, así el falso parecido de la supersticion con la religion hace á aquella más odiosa; y de igual modo que los más saludables alimentos se convierten en gusanos cuando se corrompen, de igual modo la supersticion convierte la verdadera disciplina y las costumbres más respetables en prácticas pueriles y ridículas. Algunas veces, á fuerza de querer evitar la supersticion ordinaria, se incurre sin apercibirse de ello en otro género de supersticion, que es cabalmente lo que sucede cuando uno se alaba de no poder extraviarse, alejándose todo lo que es posible de la supersticion arraigada desde largo tiempo. Así pues, cuando se quiere depurar la religion, es necesario evitar con sumo cuidado el inconveniente en que se tropieza por el celo desme-

dido, es decir, que debe procurarse mucho no mezclar lo bueno con lo malo, lo cual sucede frecuentemente cuando es el pueblo el reformador.



XVIII.

DE LOS VIAJES.

Los viajes por países extranjeros constituyen en la primera juventud una parte de la educacion, y en la edad madura una parte de la experiencia; pero de un hombre que emprenda su viaje ántes de saber algo la lengua del país que quiere visitar, se puede decir que va á la escuela y no que va á viajar. Yo quisiera que un jóven no viajase, sino que bajo la direccion de un encargado instruido y de intachables costumbres, que además de haber recorrido an-

teriormente el país á donde se propone ir, supiese la lengua y se hallase en estado de indicarle cuáles son en ese mismo país los objetos que merecen llamar la atención de un viajero estudioso, qué relaciones debe contraer y en qué grado de intimidad, y qué ciencias y artes han llegado á cierto punto de perfeccion; porque fácilmente ocurriria de otro modo, que un jóven viajaria con los ojos cerrados, y aunque fuera de su casa y léjos de su patria, no veria nada nuevo.

¿No es sorprendente que en los viajes por mar, donde no se ve otra cosa que el cielo y el agua, se tenga la costumbre de llevar diarios, y que en los viajes por tierra, donde á cada paso se ofrecen tantos objetos dignos de atención, se tenga rara vez este cuidado? Como si las cosas ó los acontecimientos que se presentan fortuitamente mereciesen más ser consignados en los libros de memorias ó de apuntes, que las observaciones que se lleva el propósito de hacer.

Conviene acostumbrarse á escribir la relación detallada de los viajes; pero las cosas que más principalmente merecen llamar la atención de un viajero, son: las córtes de los príncipes, sobre todo en los momentos en que dan audiencia á los embajadores; los tribunales de justicia,

cuando se resuelven en ellos causas notables; las asambleas del clero, ó los consistorios eclesiásticos; los templos y los monasterios, y demás monumentos dignos de admiracion; los muros y fortificaciones de las ciudades, tanto grandes como pequeñas; los puertos, radas, estanques, ensenadas, etc.; las antigüedades y las ruinas notables; las bibliotecas, los colegios; los ateneos y los demás lugares donde se discuten y enseñan las ciencias, las letras y las artes; los navíos y los depósitos de maderas; los palacios más magníficos; los jardines más hermosos; los paseos públicos; las casas ó círculos de recreo, como casinos, etc.; los castillos; los arsenales de mar y tierra; los graneros y almacenes públicos; las bolsas; las más ricas tiendas de los mercaderes; las academias donde la juventud hace sus ejercicios; la manera de levantar las tropas y de disciplinarlas, la misma disciplina militar y la táctica, etc.; los espectáculos, donde representen los mejores actores; los tesoros y los depósitos donde se guarden las cosas preciosas; los guarda muebles; los museos; y por último, todo cuanto haya de más notable en los lugares por donde se pase: conviene tambien que el encargado ó director del jóven viajero tome de antemano, sobre todas las particulari-

dades dignas de atencion, noticias verdaderas y detalladas. En cuanto á los torneos, las fiestas públicas, las cabalgatas, bailes de máscaras, tertulias, festines, bodas, funerales, ejecuciones y otros espectáculos de esta especie, no será muy necesario hacer pensar á los jóvenes en ellos, pues son cosas que por sí mismos correrán á buscarlas voluntariamente. Sin embargo, no conviene que del todo se desdeñen estas diversiones.

Si se desea que un joven recoja en poco tiempo mucho fruto de sus viajes, y que se ponga en estado de hacer la relacion de ellos con exactitud y precision y de reasumirlo todo en breves palabras, he aquí la marcha que es preciso hacerle seguir:

1.º Es necesario, como ya hemos dicho, que ántes de emprender el viaje sepa regularmente la lengua de la nacion á donde se encamine, y que el encargado ó ayo que haya de acompañarlo tenga, segun tambien dejamos apuntado, algun conocimiento del país. Es preciso además que se provea de un libro de geografia; que aprenda la topografia ó lleve, al ménos, un buen mapa del país por donde vaya á viajar, el cual le servirá como de clave para todas las excursiones que haga; que tenga el cuidado

de llevar un diario, y que no permanezca largo tiempo en un mismo lugar, sino que su detencion sea proporcionada á las observaciones que en cada punto deba hacer.

Si en alguna capital ó en alguna poblacion de segundo órden permaneciese algun tiempo, debe cambiar con frecuencia de hospedaje, sin que se entienda que en esto deba ser extremado. Este es el más seguro medio de multiplicar sus relaciones y de instruirse completamente en las leyes del país, en las costumbres, usos, etc.: convendrá tambien que evite el trato con sus compatriotas, y que coma en los círculos á donde asisten las personas de cierto rango é ilustracion. Cuando parta de un lugar para trasladarse á otro, tendrá cuidado de procurarse cartas de recomendacion para algun sugeto distinguido residente en el punto á donde se dirija, y que pueda facilitarle medios para ver y aprender todo lo que merezca despertar su curiosidad. Este es el modo de abreviar el viaje y de recoger copiosos frutos con prontitud.

En cuanto á las relaciones más ó ménos íntimas que se puedan contraer en el país por donde se viaja, diremos que las personas que deben buscarse con más preferencia son los embajadores, diputados, secretarios de las embaja-

das y otros miembros del cuerpo diplomático. De esta manera, aunque se viaje solamente en un país, se adquieren muchas luces y un caudal de experiencia, superior al que podría obtenerse por otros medios.

Debe tener cuidado de visitar en todos los lugares donde se detenga, á las personas más distinguidas en cada ramo, sobre todo á las muy conocidas en otros países, con objeto de poder observar por uno mismo si su aspecto, sus maneras y sus costumbres corresponden á la gran reputacion de que gozan.

Debe evitar tambien toda ocasion de disputas y altercados, que nacen naturalmente de las diversiones escandalosas y reprobadas y de las partidas de juego, siendo tambien producidas por motivo de mujeres, por un asiento mal retenido ó por palabras ofensivas. Así pues, que evite toda estrecha relacion con los hombres coléricos y pendencieros y que fácilmente contraigan enemistades, porque de seguro le complicarán en sus cuestiones y le comprometerán con frecuencia.

Cuando nuestro viajero vuelva de regreso á su patria, no debe perder de vista completamente los países que haya recorrido, sino que ha de cultivar la amistad de los hombres de

mérito y de las personas distinguidas por su posicion, á quienes particularmente haya tratado, entreteniendo con ellos una correspondencia más ó ménos frecuente: debe procurar asimismo que se conozca más por sus discursos que ha viajado, que por sus modales y vestidos; conviene tambien que sea prudente en sus conversaciones, y que aguarde para hablar de sus viajes á que se le invite á ello, ó aquellas ocasiones que espontáneamente le ofrezcan coyuntura á propósito; que viva y se conduzca de modo que claramente se vea que no ha abandonado los usos, los modales y los hábitos de su patria para hacer alarde de los extranjeros, sino que de todo lo que ha podido aprender en sus viajes, ha escogido la flor para introducirla en las costumbres y maneras de su país.



XIX.

DE LA SOBERANÍA Y DEL ARTE DE MANDAR.

¡Ninguna posición tan mala como la del hombre que no tiene casi nada que desear y que casi todo tiene que temerlo! Tal es la suerte de la mayor parte de los monarcas. Están tan elevados sobre los demás hombres, que apenas hay sobre ellos algo á que puedan aspirar, lo cual hace que su alma se halle perpétuamente entregada á la indolencia, al enojo y al disgusto. Se encuentran asediados de peligros, de temores, de recelos y de sospechas que hacen su corazón muy difícil de conocer, como lo dice claramente la Sagrada Escritura: «El corazón de los reyes es impenetrable.» En efecto, cuando un hombre que está mortificado por la inquietud y

lleno de sospechas y zozobras, no tiene ningun deseo predominante que pueda subordinar los demás que le agiten y hacer concurrir su voluntad á un punto determinado, su corazon es muy difícil de comprender.

Obsérvese que los príncipes procuran frecuentemente crearse deseos, apasionarse por frívolos objetos ó por ocupaciones indignas de ellos, tales como la caza, la construccion de edificios, la elevacion de un favorito ó el establecimiento de una órden militar ó religiosa. Algunas veces esta aficion se inclina hácia las artes liberales ó hácia un arte mecánica, que constituye, por regla general, su única ocupacion. Neron, por ejemplo, era músico; Domiciano, tirador de flechas; Commodo, gladiador, y Caracalla cochero. Semejantes gustos y aficiones en personajes de tan elevado rango, parecen muy extraños á los que no conocen el principio siguiente: «El alma humana se complace más adelantando en las cosas pequeñas que permaneciendo estacionaria en las grandes.» Vemos tambien que los reyes que han hecho rápidas conquistas durante su juventud, y que despues se han visto obligados á detenerse porque les era imposible seguir adelante sin sufrir algun contratiempo ó sin encontrar al-

gun obstáculo, han concluido por hacerse melancólicos y supersticiosos, como sucedió á Alejandro el Grande, á Diocleciano, y en nuestro tiempo á Carlos I de España y V de Alemania; porque cuando el hombre, acostumbrado á avanzar rápidamente, encuentra alguna dificultad que le detiene, se siente descontento de sí mismo y se verifica una mudanza en su carácter.

Es muy difícil conocer la constitucion, y si me es permitido hablar así, el temperamento de un imperio, y comprender con exactitud el régimen que más le conviene para conciliar sus elementos contradictorios; pero saber hacer una juiciosa y acertada combinacion de esas mismas fuerzas opuestas, ó emplearlas alternativamente mezclándolas y confundiendo las unas con las otras, es cosa muy distinta. Así pues, la respuesta de Apolonio á Vespasiano sobre este asunto, está llena de buen sentido y ofrece á los príncipes una gran leccion. Este emperador le preguntó cuáles habian sido las verdaderas causas de la perdicion de Neron: «Neron, respondió, sabía perfectamente templan su arpa y divertirse; pero en el gobierno, unas veces apretaba mucho las cuerdas, y otras las dejaba demasiado flojas.» No hay nada que

arruine ó debilite tanto al poder como las variaciones de un gobierno que, frecuentemente y sin oportunidad, pasa de un extremo á otro apretando y aflojando alternativamente los resortes de la autoridad.

Es cierto que hoy toda la destreza de los ministros y de los hombres de Estado, parece reducirse á saber encontrar pronto remedios para los peligros más próximos y vencer las dificultades á medida que se van presentando, en lugar de preveer con tiempo la tempestad y resguardarse de ella por medios y recursos sólidos, cuyos efectos sirvan y se extiendan al porvenir: aguardar los peligros como lo hacen, ¿no es, en cierto modo, lo mismo que desafiar á la fortuna y complacerse en luchar contra ella? El verdadero hombre de Estado no se duerme de este modo: no ve imposible brotar junto á sí los gérmenes de las revoluciones, y se apresura á sofocarlos; pues cuando la materia combustible está preparada, ¿quién puede impedir que una chispa le prenda fuego, ni quién puede preveer de dónde partirá esa chispa?

Los príncipes están asediados de dificultades que se reproducen sin cesar y que algunas veces son insuperables; pero la mayor de todas consiste en su propio carácter: el defecto más

comun en los príncipes, como también lo observan Tácito y Salustio, es tener al mismo tiempo voluntades contradictorias: un príncipe no puede sufrir la ejecución de la orden que él mismo acaba de dar, porque quiere el fin y rechaza el medio de conseguirlo.

Los reyes tienen relaciones necesarias con sus vecinos, con sus mujeres y sus hijos, con el clero, con la alta nobleza y con la de segundo orden, ó sean los simples gentiles-hombres, con los comerciantes, con el pueblo de las clases inferiores, con las tropas, etc. Sin una poca vigilancia y circunspeccion, todos estos son otros tantos enemigos.

Respecto de sus vecinos, las circunstancias y las situaciones son tan diversas y numerosas, que es imposible dar sobre todo este punto reglas generales, por lo cual nos ceñiremos á establecer una que conviene á todos los casos y que nunca se debe echar en olvido, y que es como sigue: no perdais de vista á vuestros vecinos, ni desperdiciéis ningun medio para impedir que se engrandezcan en poder y territorio, á fin de que no se coloquen en estado de perjudicaros, ya sea extendiendo sus dominios principalmente hácia vuestras fronteras, ya atrayéndose el comercio y la industria, etc. General-

mente hablando, á los Consejos de Estado, que son cuerpos permanentes, corresponde el prevenir esta clase de males. Durante el triunvirato de Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, estos príncipes observaron muy bien la antedicha regla: se intervenían y celaban recíprocamente y con tanta vigilancia, que ninguno de los tres podía ganar un pie de terreno sin que los otros dos se ligasen contra él para restablecer el equilibrio, siendo su marcha constante no hacer la paz hasta haber conseguido su objeto. Lo mismo puede decirse de la liga formada entre Fernando, rey de Nápoles, Lorenzo de Médicis, duque de Toscana, y Luis Esforce, duque de Milan, la cual, según Guiciardini, fué la salvaguardia y la salud de Italia.

Algunos escolásticos pretenden que no es permitido hacer la guerra sino que después de una injuria recibida y de una provocación manifiesta; pero á pesar de este dictamen, creemos que el temor fundado en un peligro inminente es una causa legítima de guerra. Es permitido prevenir el golpe que amenaza y evitarlo, siendo los primeros en acometer.

Hablando ahora de las reinas, diremos que la historia ofrece muchos ejemplos de perfidia y

de crueldad, que pueden servir de terribles lecciones para los reyes. Livia envenenó á su esposo y se cubrió de una eterna infamia. Habiendo causado Roselana la pérdida del príncipe Mustafá, que tan célebre se habia hecho, ocasionó grandes turbulencias en la casa y en la sucesion de su esposo. La mujer de Eduardo II contribuyó mucho al destronamiento y á la muerte del suyo. Estas catástrofes ú otras semejantes son de temer, sobre todo, cuando las reinas tienen hijos de otro matrimonio que quieren elevar al trono, ó cuando tienen amantes favorecidos.

Tambien la historia ofrece sangrientos ejemplos de lo que los reyes tienen que temer de parte de sus hijos, habiendo sido éstos algunas veces las víctimas de las sospechas de sus padres. La muerte violenta de Mustafá fué tan funesta á la raza de Soliman, que la sucesion de los turcos desde la muerte de este príncipe es muy sospechosa, porque se ha creido que Soliman II fué supuesto. La muerte de Crispo, á quien su padre Constantino el Grande hizo morir, fué igualmente fatal á su dinastía. Otros dos de sus hijos perecieron de un modo violento, y Constantino III no fué por eso más afortunado, pues aunque murió de enfermedad, su

fallecimiento acaeció poco tiempo despues que Juliano tomó las armas para combatirle. La muerte de Demetrio, hijo de Filipo II, rey de Macedonia, cayó sobre el padre, que murió de pena y remordimientos.

La historia presenta gran número de estos odiosos ejemplos, y sin embargo, en casi ninguno de ellos se ve que los padres hayan logrado alguna ventaja real atentando á la vida de sus propios hijos: deben exceptuarse algunos casos en que éstos hayan tomado las armas, como hizo Selim I contra Bayaceto, y los tres hijos de Enrique II, rey de Inglaterra, que se levantaron tambien contra su padre.

Los prelados poderosos y llenos de orgullo, pueden tambien hacerse temibles á los reyes, de lo cual son buenos ejemplos Tomás Becket y Anselmo, los dos arzobispos de Cantorbery, que tuvieron la audacia de medir su báculo con la espada del soberano. A pesar de todo, dieron que hacer á príncipes que no carecian de valor y de firmeza, tales como Guillermo el Rojo, Enrique I y Enrique II. Pero los eclesiásticos no deben infundir gran temor á los gobiernos sino que en los dos casos siguientes: cuando dependen de una autoridad extranjera, y cuando la colacion de los beneficios está á

cargo del pueblo ó de sus señores respectivos é inmediatos.

En cuanto á la alta nobleza, conviene que el príncipe tenga á los grandes á cierta distancia de su persona, á fin de inspirarles respeto. Sin embargo, si el rey los humilla y envilece excesivamente, podrá hacerse más absoluto, pero tendrá ménos seguridad sobre el trono y estará en peor estado para realizar sus designios. Esta es una observacion que he hecho en mi historia de Enrique VII, rey de Inglaterra, que oprimia á su nobleza imprudentemente, lo cual fué la verdadera causa de los trastornos y revoluciones que sufrió; pues aunque los nobles quedasen sometidos, un secreto descontento les retraia de secundar los designios del monarca, viéndose obligado á hacerlo todo por sí mismo.

La nobleza de segundo órden, que es un cuerpo ménos unido, es por esto mismo poco peligrosa. Algunas veces alarmará algo, pero haciendo siempre más ruido que daño. Además de esto, es un contrapeso necesario para contrarestar la influencia de la alta nobleza é impedir que se haga muy poderosa. En fin, la autoridad que los nobles de órden inferior ejercen sobre el pueblo, es más inmediata y

más propia para aplacar los motines populares.

Los comerciantes son la vena principal del cuerpo político: cuando el comercio no florece, este cuerpo puede tener miembros robustos, pero la mayoría de sus partes estará mal alimentada y tendrá poca fortaleza. Los gravámenes impuestos sobre esta clase de ciudadanos, son rara vez ventajosos á los intereses del monarca, porque lo que por este medio puede ganar sobre un centenar de individuos, lo pierde en una provincia entera que empobrece: la masa de los impuestos no puede crecer sino en proporcion de la masa total de fondos ó capitales empleados en el comercio. Las clases inferiores del pueblo no son temibles nada más que en dos casos, á saber: cuando tienen un jefe de grande fama y poderío, y cuando se toca demasiado á la religion, á las antiguas costumbres y á los medios de donde sacan la subsistencia.

Por último, los militares son peligrosos en un Estado, cuando forman ejércitos permanentes en un solo cuerpo y obedecen además á un jefe único, y cuando están muy acostumbrados á las gratificaciones y recompensas. Peligros de que vemos muchos ejemplos en las frecuentes sublevaciones de los genizaros de Constan-

tinopla y en las de la guardia pretoriana de los emperadores romanos. Pero cuando se tiene la precaucion de reclutar y organizar los soldados en diferentes lugares poniendo á su cabeza muchos jefes, y no acostumbrándolos demasiado á las gratificaciones, se proporciona al Estado una defensa permanente y exenta de riesgos.

Los príncipes pueden compararse á los cuerpos celestes, que producen el buen tiempo y el malo y que reciben muchas muestras de respeto, pero que tienen más brillantez y majestad que descanso. Todos los preceptos que se pueden dar á los reyes, están comprendidos en estas dos advertencias de la Sagrada Escritura: «Acuérdate de que eres hombre, y no olvides que al mismo tiempo eres un dios sobre la tierra;» observaciones de las cuales la una debe ser el freno de su poder y la otra el de su voluntad.



XX.

DEL CONSEJO Y DE LOS CONSEJOS DE ESTADO.

La mayor prueba de confianza que se puede dar á un hombre, es elegirlo para consejero; porque cuando se confían á un extraño los bienes, los hijos, la propia dicha ó algunos de los asuntos particulares, aún no se le confía nada más que una parte de lo que uno tiene y de lo que uno es; mientras que se pone á disposición del que se escoge para consejero, la persona misma y todo cuanto se posee. En vista de esto, júzguese qué grande confianza y sinceridad deben merecernos los hombres por cuyos consejos nos guíemos.

Cuando un príncipe es bastante discreto para rodearse de un consejo de individuos acer-

tadamente elegidos, no debe temer que padezca su autoridad ni que el público le supongan falto de aptitud, pues Dios mismo tiene su consejo, y el nombre mas augusto que ha dado á su amado Hijo, es el de consejero. En un prudente y juicioso consejo es donde reside toda seguridad. Por sábia y oportuna que sea una medida que pueda tomarse, nunca las cosas humanas se verán exentas de contrariedades; pero si los asuntos no se discuten y examinan más de una vez en un consejo, el gobierno mismo estará sujeto á todas las agitaciones y vicisitudes de la fortuna; fluctuará en una incertidumbre é irresolucion perpétua; se le verá sin cesar hacer y deshacer las cosas sin regla y sin objeto fijos; y en una palabra, su marcha incierta y vacilante será como la de un hombre embriagado. El hijo de Salomon conoció, por su propia experiencia, la fuerza y poder de un buen consejo, lo mismo que su padre habia experimentado su necesidad. Por un consejo mal escogido se vió el pueblo de Dios desmembrado primero y después arruinado por completo, pudiendo hacerse sobre este particular dos observaciones muy instructivas, que podrán servir para conocer los buenos cuerpos consultivos y distinguirlos de los malos: la una, que concierne á las personas, es

que el consejo de los israelitas, á que nos hemos referido, estaba todo compuesto de jóvenes; y la otra, que se refirió al resultado de las deliberaciones, consiste en que estos consejeros tan jóvenes no inspiraban al príncipe nada más que resoluciones violentas.

La alta sabiduría de la antigüedad brilla eminentemente en una fábula que parece haber sido inventada para mostrar á los reyes lo mucho que les interesa estar estrechamente unidos, y, en cierto modo, incorporados á su consejo, al mismo tiempo que la gran prudencia y buena política con que deben servirse de él. Primero fingieron los poetas que Júpiter se casó con Metis, que es el emblema del consejo, para darnos á entender que éste y el soberano deben estar unidos. Después suponen que Metis concibió, fecundada por el padre de los dioses, y que no queriendo éste aguardar la época del alumbramiento, la devoró: sintió entonces una especie de embarazo, que no cesó hasta que hubo dado á luz á Palas ó Minerva, que salió armada de su cabeza.

Esta fábula, por monstruosa que parezca, no deja de encerrar uno de los mayores secretos del arte de gobernar, y nos enseña de una manera clara el modo con que el príncipe

debe sacar partido de su consejo. Primeramente nos da á entender que deben consultársele todos los negocios importantes, lo cual corresponde á aquella primera concepcion y al primer embarazo. En segundo lugar nos indica, que cuando los asuntos hayan sido discutidos y bien madurados en el seno del consejo, y se hallen en estado de publicarse, no debe permitirle pasar más adelante ni sufrir que se atribuya la resolucion, haciéndola pública en su propio nombre y por su sola autoridad. Es preciso, por el contrario, que el príncipe haga suyo el resultado del asunto, á fin de que la nacion se persuada de que todas las órdenes y decretos (que aquí ya se pueden comparar á Pallas armada, porque son promulgados con toda la madurez, prudencia y autoridad necesarias), todas las órdenes y decretos, repito, emanan únicamente del jefe supremo; y no sólo que proceden de su autoridad, lo cual sería suficiente para acreditar su poder, pero insuficiente para aumentar ó sostener su reputacion, sino tambien de su voluntad, de su prudencia y de su propio entendimiento.

Investiguemos ahora cuáles son los inconvenientes á que un príncipe se expone, estableciendo y consultando á un Consejo de Estado,

y qué medios son necesarios para precaverse de ellos ó remediarlos. Los principales ó los más conocidos se reducen á tres: el primero está en que cuando los asuntos se comunican á un gran número de personas, no se puede casi nunca contar con el secreto. El segundo consiste en que la autoridad del soberano parece debilitarse, dando á entender al mismo tiempo que desconfía de su propia capacidad y que no tiene la fuerza necesaria para gobernarse por sí mismo. El tercero se funda en el peligro de los dictámenes pérfidos, interesados, y más útiles á quien los da que á quien los recibe.

Para prevenir estos inconvenientes, los italianos han inventado y los franceses han adoptado durante el gobierno de alguno de sus reyes, los consejos secretos, conocidos con el nombre de consejos de gabinete, que es un remedio peor que el mal.

En punto al secreto, nadie obliga al príncipe á comunicar á su consejo todos los negocios, y es dueño de hacerlo con cuidado y buen discernimiento, ora sea con relacion á las materias, ora con relacion á las personas. Tampoco es conveniente que cuando el príncipe ponga un asunto á la deliberacion, declare su propio parecer; sino que debe por el contrario ser muy

reservado en este punto y cuidar muy especialmente de no ser comprendido. En cuanto al consejo de gabinete, se podrian poner sobre la puerta estas palabras: «Estoy lleno de entradas y salidas.» Una sola persona bastante vanidosa para gloriarse de saber un secreto y bastante indiscreta para revelarlo, perjudicará cien veces más que un gran número de ellas que, con muchas malas cualidades, estuviesen persuadidas de que su primer deber es guardar religiosamente el sigilo.

Hay sin duda negocios que requieren la más profunda reserva, lo cual es muy difícil de conseguir si se comunican á más de una ó dos personas, sin contar al príncipe. En este caso no perjudica el reducido número de individuos al acierto de las revoluciones, porque entre pocos está el secreto más guardado, lo que por sí solo es una ventaja, habiendo además mayor concierto, mayor consecuencia y más constancia y facilidad en la ejecucion, todo lo cual resulta de que pocas personas encuentran menos dificultades para entenderse. Pero para esto es preciso que el príncipe tenga gran fondo de prudencia, y que su mano sea bastante fuerte y poderosa para llevar por sí mismo el timon. Es necesario además que estos íntimos conse-

jeros á quienes se comunica abiertamente, sean sinceros, de una probidad reconocida y fielmente interesados en las miras de su señor. De esto se ve un ejemplo en la persona de Enrique VII, rey de Inglaterra, que jamás confiaba sus mayores y más importantes asuntos sino que á Fox y á Morton.

En cuanto al desprestigio de la autoridad del príncipe, creo poder asegurar que es un temor quimérico. Más diré aún: cuando el príncipe asiste en persona á las deliberaciones, su presencia en tan augusta asamblea realza, más bien que rebaja, el brillo y la majestad reales. Ningun príncipe se ha conocido que perdiese algo de su autoridad por haber escuchado y guiádose mucho por su consejo, sino que en estos dos casos: cuando ciertos individuos han adquirido grande influencia, especialmente si ha sido uno solo el depositario de este excesivo ascendiente, ó cuando muchos miembros se han coaligado con miras particulares: inconvenientes entrambos que son fáciles de descubrir y remediar.

Refiriéndonos al último de los que apuntamos ántes, ó sea al que consiste en los dictámenes pérfidos é interesados, diremos que es cierto que estas palabras de la Sagrada Escritura: «No

se encontrará la buena fé sobre la tierra,» deben aplicarse á este siglo tomado en conjunto, y no á individuos determinados. Dichosamente, hay aún hombres fieles, sinceros, veraces, llenos de rectitud y franqueza, enemigos de la mentira, del artificio y la disimulacion. Estos hombres son los que los príncipes deben procurar atraerse por los más fuertes lazos. Acontece que rara vez los consejeros de Estado se ponen en perfecta inteligencia y concordancia. Ordinariamente, la envidia y la desconfianza reciprocas les llevan á observarse ó inspeccionarse de cerca los unos á los otros, de suerte que si alguno de entre ellos se aventurara á dar consejos capciosos y favorables á sus particulares designios, el príncipe seria advertido muy pronto.

Pero el remedio radical de este inconveniente, es que los soberanos traten de conocer á sus consejeros tan bien como estos se conocen entre sí; pues el primer talento de un monarca consiste en conocer á fondo los hombres á quienes emplea. No conviene absolutamente que el príncipe honre á sus consejeros con su confianza, hasta tal punto que puedan espiar todos sus discursos y acciones para penetrar en lo más profundo de su pecho; y los mejores

consejeros son los que emplean sus talentos y sagacidad en facilitar los asuntos de su señor, más bien que en comprender sus pensamientos y en conocer su carácter: cuando se hallen animados de este espíritu, se ocuparán principalmente en darles sábios consejos, y no en lisonjearle y complacerle. Un método que puede ser muy útil á los príncipes, consiste en indagar el parecer de sus consejeros, unas veces en la asamblea y otras separadamente; porque un dictámen dado en particular es más libre y sincero, mientras que en público hay mil consideraciones que obligan á reservar una parte y algunas veces el todo de las opiniones. En una conversacion particular se abandona uno más ardentemente á su propio impulso, y en una asamblea se cede más bien al de los extraños. Es, pues, necesario emplear alternándolos estos dos medios: consultar particularmente á aquellos consejeros que tienen ménos influencia, á fin de oírlos cuando nada embaraza sus ideas, y en plena sesion á los que ejercen mayor ascendiente, para contenerlos con más facilidad en los límites del respeto.

De nada servirá á un príncipe preguntar á su consejo sobre los asuntos, si no consulta también sobre las personas que emplea ó quiere em-

plear en ellos; porque los negocios son como las imágenes inanimadas, dependiendo los resultados de las personas elegidas.

Pero los informes que se tomen sobre los individuos, no han de dar sólo una idea general, vaga y semejante á las que sirven de base á los teoremas de matemáticas, sino una idea precisa y específica: es necesario que las indagaciones de esta naturaleza tengan por objeto el carácter individual y el talento propio de las personas que vayan á emplearse: la elección juiciosa y acertada de los hombres es la prueba más visible que un príncipe puede dar de su discreción, y los errores más peligrosos son los que sobre este punto se cometen. Los mejores consejeros, como alguien ha dicho, son los muertos. Estos no adulan ni engañan, mientras que un consejero vivo se ve frecuentemente inclinado y algunas veces obligado á suavizar ó debilitar la verdad. Así pues, es útil conferenciar de vez en cuando con los libros, sobre todo con los que han sido escritos por hombres que por sí mismos han desempeñado papeles importantes en el teatro del mundo.

Hoy día, los consejos no son, en muchas partes, mas que una especie de reuniones ó círculos familiares, donde se discurre sobre los

asuntos más bien que se discute sobre ellos, aunque muchas veces precisa llegar pronto á una conclusion y convertir en decretos estos resultados superficiales. Fuera mucho mejor, cuando se trata de un asunto muy importante, proponerlo un dia y aplazar para el siguiente la resolucion, puesto que la noche madura las ideas. Esto se hizo cuando se propuso el tratado de union entre Inglaterra y Escocia, reinando tambien en aquella asamblea mucho orden y regularidad. Yo creo que deberia designarse un dia fijo para las *recuestas* ó peticiones de los particulares. Por este medio, los demandantes ó peticionarios, enterados del dia en que habia de atenderseles, no tendrian necesidad nada más que de prepararse para entónces, no desperdiciando así tanto tiempo.

Mediante esta misma disposicion, en las sesiones en que sólo se debiesen tratar asuntos importantes, no se distraeria la atencion en los de escaso interés.

Al elegir los secretarios que han de enterar de los asuntos al consejo, debe procurarse que sean personas del todo indiferentes y que todavía no tengan opinion fija, lo que es mejor que intentar establecer una especie de equilibrio, combinando con esta mira personas de opuestas

opiniones, cada una de las cuales esté en situación de defender las que profese. Yo desearia aún que se estableciesen comisiones perpétuas dedicadas á diferentes objetos, tales como el comercio, los impuestos, la guerra, los delitos, etc., y lo mismo para determinados asuntos y provincias. En los Estados donde hay muchos consejos subordinados á un consejo superior, como sucede en España, los inferiores no son, propiamente hablando, nada más que comisiones permanentes análogas á las que indicamos aquí, pero revestidas de mayor autoridad.

Si sucede que el consejo tiene que tomar datos relativos á lo que concierne á diversas profesiones, como á las de jurisconsulto, navegante, comerciante, artesano, etc., consultará con preferencia á los hombres que ejercieron estas mismas profesiones, debiendo extenderse los informes por los secretarios, y si el caso lo pidiese, por el consejo reunido. Tampoco debe permitirse á los consejeros que se presenten en tumulto ni que hablen gritando ó en estilo tribunicio, pues esto serviria para aturdir y fascinar á la asamblea, más bien que para ilustrarla.

Una mesa muy larga ó cuadrada, redonda ú ovalada, etc., ó sillones colocados alrededor de la sala y pegando á la pared, no son cosas

del todo indiferentes; y aunque estas disposiciones parecen no afectar mas que á la forma y ser puramente exteriores, no dejan de entrañar efectos muy reales y positivos. Por ejemplo; cuando la mesa es demasiado ancha, el pequeño número de personas sentadas en la extremidad principal, tienen sobre las otras una ventaja natural que frecuentemente les hace dueños del asunto, mientras que en una mesa cuadrada, la misma ventaja tendrán los consejeros que ocupen el lado opuesto.

Cuando el príncipe asiste en persona al consejo, debe poner un cuidado especialísimo en ocultar sus pensamientos y opiniones, y en procurar tambien que los consejeros no logren penetrar su ánimo; pues si consiguen esto, en vez de emitir cada uno su propio parecer, seguirian el del príncipe, deseosos de lisonjearle y olvidando el deber que tienen de aconsejarle libre y espontáneamente: cantarían estas palabras: *Placebo tibi, Domine*. Señor, yo trataré de complacerte (1).

(1) Salmo de David.



XXI.

DE LA DILACION Y DE LA LENTITUD EN LOS NEGOCIOS.

La fortuna es semejante á un mercado donde aguardando un poco se suele comprar más barato. Pero algunas veces se parece á la Sivila, que á medida que quema sus libros sube el precio de los que quedan, y concluye exigiendo por el último el valor que primeramente hubiera pedido por todos. La ocasion, dice el poeta, tiene por delante una poblada cabellera y es calva por detrás; y cuando ofrece su vaso, presenta primero el asa y despues el lado opuesto, por donde es más difícil agarrarlo.

El más alto grado de la prudencia humana consiste en saber cuál es el momento oportuno para empezar y la mejor razon para hacer la

siembra: cuando el peligro parece pequeño es muchas veces muy grande, y más bien que por su magnitud, perjudica á los hombres porque los sorprende. Cuando ya se le ha visto, conviene más salirle al encuentro que aguardarle; pues el centinela que vela mucho está expuesto á dormirse, aunque tenga cercano al enemigo, así como incurre en el extremo opuesto el que rodeándose de precauciones parece que con estas mismas llama la atención del peligro y se lo atrae. A estos puede sucederles lo que á los soldados que se dejan engañar por un efecto que produce la luna, la cual, así que está demasiado baja, da de espaldas á los enemigos y proyecta su sombra hácia adelante, haciéndoles creer que se hallan más próximos y estimulándoles á hacerles disparos que no les alcanzan.

Antes de obrar es preciso asegurarse de si el negocio ha llegado al punto de madurez que requiere; y generalmente hablando, para realizar un designio de importancia conviene encargar el principio á Argos, el de los cien ojos, y el fin á Briareo, el de los cien brazos; es decir, que es necesario ser desde luego muy precabido y estar muy vigilante, para poder llegar prontamente al fin que se desea.

El casco de Pluton, que segun la fábula

encubre la marcha del hombre hábil y lo hace invisible, no representa otra cosa que el secreto en el consejo y la celeridad en la ejecucion; y cuando llega el momento de obrar, nada significa la reserva comparada con la ligereza y la diligencia, siendo algunas veces este secreto efecto de la celeridad misma, como sucede con la bala de un fusil, que á la velocidad de su marcha debe el pasar invisible á nuestra vista.



XXII.

DE LA ASTUCIA Y DE LA SUTILEZA.

Por astucia y sutileza comprendemos una falsa y criminal prudencia, que se dirige siempre por sendas oblicuas y tortuosas. Hay ciertamente una grandísima diferencia entre un hombre prudente, no sólo con relacion á la vir-

tud, sino tambien con relacion á la sagacidad, sucediendo en esto como entre los jugadores, que no es el mejor el que mueve y maneja las cartas con más viveza y prontitud.

Conocer á los hombres y comprender los negocios, son dos cosas muy distintas. Con frecuencia se ven hombres calculistas y maquinadores, que podrian representar un papel principal entre los más astutos facciosos, y no por esto dejan de ser gentes faltas de luces y talentos. Muchas veces hay sugetos que penetran la parte flaca de los demás y aun los momentos de debilidad de los caracteres más enérgicos y severos, y sin embargo ignoran la parte esencial de los asuntos. Este es el carácter distintivo de los que han estudiado en los hombres más que en los libros. Los individuos de esta clase son más propios para la práctica que para la especulativa, y más para la ejecucion que para deliberar. Pueden ser útiles mientras se camina por senderos que les sean muy conocidos; pero en el momento en que se les extravía un poco de su ruta, toda su astucia y todos sus recursos vienen á parar en nada. «¿Quereis distinguir, decia un filósofo de la antigüedad, al verdadero sábio del insensato? Pues mandarlos á paises extranjeros y lo conseguireis.» Aplicando

esta regla á los hombres de que tratamos, veríamos en seguida su poco fondo. Como estos hombres tan sutiles y astutos se asemejan á los pequeños merceros, no será inútil descubrir el interior de su tienda.

Un método muy usado por las personas astutas, es observar con gran atencion el rostro de sus interlocutores, como lo hacen los jesuitas que han establecido este precepto y que lo recomiendan y practican por sí mismos, fundándose en que hay algunos hombres que siguen una conducta prudente, con la cual mantienen reservados los movimientos de su corazon, pero que sin embargo dejan traslucir en el semblante el estado del ánimo: se sobreentiende que lo mismo que los jesuitas, el que mira fijamente á su interlocutor, ha de tener el cuidado de bajar dé cuando en cuando los ojos.

Otro medio que ofrece la sagacidad para conseguir fácil y prontamente lo que de otra persona se pretende, consiste en empezar entreteniéndola con un asunto que le sea de grande interés, para que, preocupada con él, no vea bien los inconvenientes de acceder á nuestra exigencia, y para que las dificultades y objeciones que deberia oponer pasen desapercibidas

á su reflexion. Un sugeto conocido mio, que era secretario y consejero de Estado bajo el gobierno de la reina Isabel, empleaba con frecuencia este recurso para conseguir de ella lo que deseaba. Cuando le ponía á la firma alguna orden, empezaba distrayendo su atencion hácia algun asunto de grande importancia, con cuyo ardid conseguia que firmase el documento sin ninguna dificultad.

Tambien se puede obtener por sorpresa el consentimiento de una persona, haciéndole la proposicion en momentos en que se halle ocupada por negocios de mucha premura, que, interesándole vivamente, no le dejen tiempo para fijarse en el que se le presenta.

Un medio ó recurso eficacísimo para descomponer un asunto que, propuesto y manejado por otra persona con prudencia y sagacidad habia de dar buen resultado, es encargarse uno por sí mismo de presentarlo, y fingiendo que se desea de todo corazon un éxito feliz, conducirse de manera que no tengan más que rechazarlo.

Interrumpirse uno mismo en mitad del discurso, como si involuntariamente se hubiese padecido una equivocacion, es un buen medio de despertar la curiosidad del que oye, que en-

trará en deseos de conocer todo lo restante de lo que se haya indicado con esta estratagemas.

Como lo que se dice es siempre más interesante y produce mejor efecto si obligamos á que se nos exija la conversacion, que cuando hablamos por nuestra propia voluntad y sin que nadie lo haya deseado, se intentará conseguir lo primero fingiendo un cambio notable en el tono y en la expresion del semblante, á fin de incitar al interlocutor á que pregunte la causa ó motivo de la mudanza y nos procure así la coyuntura que deseamos para explicarnos. De este medio se valió Nehemías para llamar la atencion de su soberano, y á la pregunta que el príncipe le hizo con este motivo, respondió: «Esta es la primera vez que mi semblante aparece triste delante del rey.»

Cuando se está obligado á comunicar al príncipe ó á cualquiera otra persona importante una noticia aflictiva ó, en general, cosas desagradables, se debe emplear el artificio de que la primera nueva sea dada por una persona subalterna cuyas palabras no tengan grande autoridad, y reservar la parte principal para una de más consideracion, á fin de que sea interrogada y la respuesta parezca muy natural é indispensable á la pregunta que se le hace, y aun

como ocasionada sin ninguna preparacion precedente. Medio de que Narciso tuvo la prudencia de valerse para dar al emperador Claudio la extraña noticia del nuevo matrimonio de Mesalina, su mujer, con Silio.

Cuando se quiere propagar alguna noticia sin que uno parezca el autor de ella y sin que la pública atencion se fije en la persona que la da, conviene valerse de cualquiera de estas frases: «Se dice que.... Ha llegado á nuestra noticia.... etc.»

Cierto sugeto á quien conozco, cuando escribe una carta sobre un asunto que le interesa vivamente, habla en toda ella de cosas de escasa importancia, guardando lo que más interés le inspira para la postdata, donde hace mencion de ello como si se le hubiese olvidado y le fuera casi indiferente.

Otro conocido mio usaba un ardid casi semejante, cuando iba á buscar á una persona para hablarle de un asunto que á él le interesaba: entablaba conversacion, no hablando directa ni exclusivamente de su objeto, hasta que aprovechando los momentos más oportunos, volvía por sus mismos pasos y se ocupaba del negocio como de una cosa que casi se le habia olvidado.

Hay otros que, graduando la hora á que ha de venir á verlos alguna persona para tratar de un asunto que les interesa, se ponen á propio intento á leer una carta relativa al asunto mismo, ó á desempeñar cualquiera otra tarea que con él se relacione; de cuyo modo la persona que llega cree que les sorprende ocupándose del negocio en cuestion, y se proporcionan así coyuntura á propósito para hablar sobre él como por casualidad.

Otro medio comparable á los precedentes, pero de índole más odiosa, consiste en pronunciar algunas palabras atrevidas delante de persona que sea propensa á atribuirse los pensamientos agenos, á fin de que las repita en diferente lugar y se culpe ó desprestigie por sí mismo. Dos sujetos que me eran conocidos, pretendian bajo el reinado de la reina Isabel el destino de secretarios. Aunque los dos procurasen excluir al contrario, vivian bastante amigablemente, y su misma pretension les daba á veces motivo para dirigirse algunas bromas. Un dia uno de ellos dijo al otro: «Solicitar el empleo de secretario cuando el soberano está en la época del descenso de su vida, es exponerse mucho; por mi parte, confieso que no ambiciono del todo un destino semejante.»

El que escuchaba cogió estas palabras pronunciadas intencionadamente, y en una conversacion familiar con vários amigos suyos, tuvo la imprudencia de decir que no tenia grande interés en alcanzar el cargo de secretario, porque era muy peligroso cuando el monarca se hallaba en la edad de su decadencia. Sabido esto por el otro aspirante á la secretaría, maniobró de manera que llegase á conocimiento de la reina, atribuyéndolo á su adversario. La princesa, que se creia aún en el vigor de la juventud, no pudo saber esto sin gran disgusto, y desde entónces no le permitió que volviese á hablar del empleo que solicitaba.

Otro recurso del mismo género, que los ingleses expresan muy ridículamente por la expresion proverbial de «cambiar el gato en la sartén,» consiste en atribuir á otra persona lo mismo que nosotros le hemos dicho en su cara. Es muy fácil y nada expuesto enterar á los demás de este modo, pues cuando las palabras han sido dichas en una conversacion sin otros testigos que los dos individuos que la tuvieron, ¿quién podrá, en último caso, descubrir la verdad y culpar al uno más ni ménos que al otro? Frecuentemente, ninguno de ambos interlocutores podrá saber cuál de ellos es más culpado.

No ménos p rfido es el medio de acusar indirectamente   los demás disculpándose uno   sí mismo, valiéndose de proposiciones negativas, como por ejemplo: no entrar  en otras averiguaciones, pero puedo asegurar que jams  he tenido tal   cual proyecto, etc.; medio de que Tigelino se valió para hacer que Neron sospechase de Burrhus: «En cuanto   mí, decia, no se me verá forjar proyectos para otro reinado: mi única ambicion consiste en ver gozar al emperador de una salud completa y en que reine largo tiempo.»

Hay también personas que tienen una grandísima abundancia de cuentos   an dotas que hacen servir   su propósito, envolviendo en ellos todo cuanto quieren decir, con cuyo medio consiguen no ser importunos con sus palabras y hacer agradable lo mismo que tienen que comunicar.

Cuando se quiere hacer una pregunta   otra persona, es bueno expresarse de modo que no se la obligue   contestar inmediatamente, sino que se comprenda la respuesta, aunque la d  enunciada en los mismos términos que se hayan empleado para interrogarle, lo cual ahorra mucho embarazo y ayuda   la decision.

Hay personas que aguardan en las conver-

saciones durante un tiempo infinito, la ocasion de poder aventurar lo que tienen que decir. ¡Cuántas vueltas y revueltas dan ántes de fijarse en el punto á donde su designio y sus miradas se dirigen! ¡Cuántos diferentes asuntos tratan y recuerdan ántes de llegar al suyo! Este es un arte que exige mucha paciencia, pero no deja por eso de tener su utilidad.

Una pregunta atrevida é imprevista, basta algunas veces para desconcertar al hombre más sereno y para sorprenderle hasta el punto de obligarle á descubrirse. Esto fué lo que ocurrió hace algunos años á un sugeto que habia sido desterrado de Lóndres, y que habiendo vuelto ántes de tener cumplido su castigo, adoptó otro nombre á fin de no ser fácilmente descubierto. Se paseaba un día por la iglesia de San Pablo, y una persona á quien de antemano se habia prevenido, se le acercó y llamó al oido por su propio nombre, y volvió la cabeza apresuradamente y sorprendiéndose, con lo cual él mismo se descubrió.

Al fin, estos medios tan ruines abundan mucho, y sería conveniente reunirlos en una coleccion, porque nada es tan perjudicial en un Estado como el error que frecuentemente confunde la astucia y la sutileza con la prudencia.

Sin embargo de todo, hay entre esta clase de gentes muchísimos individuos que no sirven para otra cosa sino que para empezar y para concluir los negocios, siendo absolutamente inútiles en el curso de ellos. Se parecen á una de esas casas de hermosa apariencia, que tienen puerta magnífica y una escalera no ménos suntuosa, y que luego no ofrecen á sus moradores una sola habitacion donde pueda estarse con alguna comodidad. Cuando un asunto ha llegado casi á su fin, podrán encontrar alguna buena salida y preveer algun feliz resultado, pero no dan ningun provecho mientras se está deliberando sobre él, y ménos aún al tiempo de debatirse. Si se ha de creer lo que dicen, ellos no son hombres nacidos para disputar, sino para practicar y dirigir á los otros. Hay personas que quieren mejor levantar su fortuna sobre los lazos que tienden á los demás, que sobre bases sólidas y duraderas. A éstos debe recordárseles aquella máxima de Salomon, que dice: «El sábio se contenta con cuidar de sí y de sus propias acciones: el insensato se separa del buen camino, y se introduce en los tortuosos senderos de la astucia y las maquinaciones.



XXIII.

DE LA FALSA PRUDENCIA DEL EGOISTA.

La hormiga es un animalillo que comprende muy bien sus intereses; pero no por eso deja de ser una plaga para los jardines y los campos. Igualmente, el hombre que se ama demasiado es una verdadera calamidad pública. Aprended á conciliar vuestros intereses con los intereses comunes; sabed ser justos con vosotros mismos sin ser injustos con los demás, y principalmente con vuestra patria y vuestro rey. Es la cosa más vil y despreciable el hombre que olvidándose de todo, se hace él mismo el centro de todas sus aspiraciones y designios. Esto es convertirse en un sér material y completamente mundano, olvidando que si vivimos sobre la

tierra y permanecemos en ella durante un período más ó ménos largo, tenemos otros intereses que se relacionan con el Cielo, por los cuales debemos mirar, haciendo á éste el objeto principal de nuestras obras y deseos.

El egoismo de un príncipe no es tan culpable como el de otro cualquier individuo, pues aunque un príncipe haga su persona el centro de todo su interés, éste no es el de un solo hombre, sino el de un gran número de sus semejantes, afectando mucho á la fortuna pública el bien y el mal que le suceda. Cuando este vicio llega á ser el único móvil de un súbdito en una monarquía y de un ciudadano en una república, se convierte en una verdadera calamidad. Todos los negocios que pasen por sus manos se resentirán de sus miras interesadas; separándolos de su direccion natural, los llevará por el oblicuo camino de sus particulares intereses, que son casi siempre contrarios á los del príncipe ó á los del Estado. Por esto los monarcas deben poner su confianza sólo en hombres que no tengan este vicio ni mucho ménos se hallen dominados por él, si quieren que los encargos que les confien produzcan la utilidad que aguardan.

Lo que hace más dañoso el egoismo de esta

clase de hombres, es que no guarda ninguna proporcion el beneficio que para sí reservan con el inmenso perjuicio que hacen sufrir á los demás. Sería muy criminal que sacrificasen los intereses del príncipe á igual cantidad de los suyos propios; pero aun es mayor delito procurarse una pequeña ventaja á costa de grandes perjuicios ocasionados al soberano ó al Estado. Esta conducta es la que siguen los ministros, tesoreros, embajadores, generales, oficiales, etc., cuando se hallan dominados por el vicio de que hablamos, igualmente que otros servidores infieles y corrompidos. Una vez colocados en la balanza sus intereses, siempre, y á trueque de todo, la inclinan hácia sí arruinando muchas veces los más importantes negocios del amo que se los confió. Frecuentemente sucede que la ventaja que logran es sólo proporcionada á su fortuna, mientras que el perjuicio que ocasionan es relativo á la del monarca; pues los egoistas lo son todo menos escrupulosos, y no hallarán dificultad en incendiar la casa de su vecino para tener lumbre donde freir un huevo. Sin embargo, estos mismos hombres se afanan algunas veces por los intereses de sus amos, siendo despues de los suyos los únicos por que miran, y á unos ó á otros sacrifican frecuente-

mente los más importantes negocios del soberano ó del Estado.

La prudencia del egoísta se divide en muchas especies, todas á cual más perniciosas. Unas veces tiene la prudencia de las ratas, que cuidan muy bien de abandonar una casa cuando está próxima á desplomarse; otras la de la zorra, que sorprende al conejo en la madriguera que para sí ha hecho y se aprovecha de ella; algunas veces la del cocodrilo, que deja correr sus lágrimas cuando quiere devorar. Pero lo que no debe echarse en olvido es que esta clase de hombres, que sin tener rivales son tan amantes de sí mismos, género de carácter que Ciceron atribuye á Pompeyo, acaban generalmente por naufragar en sus designios, y despues de no haber hecho otra cosa durante su vida que sacrificios en su propio honor, concluyen por ser víctimas inmoladas á la inconstancia de la fortuna, cuya rueda se habrán vanagloriado alguna vez de fijar con su prudencia interesada.



XXIV.

DE LAS INNOVACIONES.

Todo animal nace informe, y en esta primera época de su existencia puede considerarse como un simple bosquejo. Esto mismo puede decirse de las innovaciones, que son las hijas del tiempo, aunque en verdad esta regla tiene sus excepciones, puesto que vemos con frecuencia que los individuos que más ilustran una familia son más dignos de esta elevación que sus descendientes. Pero lo que decimos de los hombres es necesario decirlo también de las cosas; y en la mayor parte de las instituciones humanas, el primer plan, que es como el primer modelo ó el original, no conserva casi ningún parecido con las diferentes copias ó transformaciones que

se hacen en los tiempos ulteriores: esto consiste en que el mal, que la humana naturaleza sigue voluntariamente despues que dió el primer paso en el camino de su perdicion, marcha siempre en crecimiento; mientras que el bien, hácia el cual no se inclina sino que haciéndose una gran violencia, va continua y naturalmente decreciendo.

Todo remedio es una innovacion, y por esto se huyen con frecuencia y consideran como nuevos males. El mayor de todos los innovadores es el tiempo; pero el tiempo que cambia naturalmente las cosas llevándolas de mal en peor, como acabamos de indicar, ¿qué esperanzas podrá ofrecer al hombre de terminar sus males, si el hombre mismo no pone en juego su prudencia y actividad para cambiar en bien sus infortunios? Es cierto que las instituciones de largo tiempo establecidas convienen mejor á las costumbres y hábitos de los que se rigen por ellas, adquiriendo con esta larga union una conformidad y conexion que las mantiene adaptadas entre sí, y las hace como más propias y naturales las unas para las otras, mientras que las nuevas hallan resistencia en las antiguas, en las cuales introducen cierta turbacion; y por buenas y convenientes que puedan ser por la virtud

de su propia naturaleza, ocasionan siempre algun perjuicio, fundado en la antedicha falta de armonía y conformidad. Son miradas como los extranjeros, los cuales inspiran más sorpresa y curiosidad que cariño.

Todo lo que acabamos de decir será muy cierto cuando el tiempo no introduzca ó reclame naturalmente algun cambio; pero no en caso contrario, pues el tiempo corre perennemente como las aguas de un rio caudaloso, y su inestabilidad es tanta, que la excesiva duracion de las instituciones y un apego obstinado á las antiguas costumbres, causan iguales ó mayores males y turbulencias que las mismas innovaciones, siendo mirados los que tienen gran veneracion por las antigüedades como objeto de risa ó de mofa para sus contemporáneos. En vista de esto, los hombres deberian imitar en las innovaciones la conducta del tiempo, que conduce sin duda á grandes y radicales mudanzas, pero que lo hace por grados insensibles y casi desapercibidos. De otro modo sucede que toda novedad se mira con desconfianza, y aunque mejoren algunas cosas se conseguirá que otras empeoren, porque el que gana con la reforma lo atribuye solo al tiempo, y el que se siente perjudicado la mira como una injusti-

cia y hace objeto de sus quejas á los innovadores.

Debe reflexionarse muy maduramente ántes de adoptar ó hacer experimentos en los cuerpos políticos, para remediar sus males, fuera de aquellos casos de una urgente necesidad, ó de una ventaja ó conveniencia palpables. Y ántes de determinarse á introducir las innovaciones, hay que asegurarse de que es el deseo de reformas saludables el que reclama el cambio, y no el deseo de cambiar el que produce las reformas. En una palabra, toda innovacion se debe, si no rechazar, por lo ménos mirar como sospechosa, que es lo que nos dice la Sagrada Escritura en estas frases: «Empecemos nuestro camino por los senderos antiguos, y miremos desde ellos para encontrár ruta mejor: despues que la hayamos encontrado, tengamos el suficiente valor para penetrar por ella.»



XXV.

DE LA EXPEDICION EN LOS NEGOCIOS.

Una diligencia afectada es en los negocios un verdadero obstáculo: se la podría comparar á lo que los médicos llaman predigestion ó digestion precipitada, que acelera demasiado el curso de las operaciones del estómago, y ocasiona gran daño llenando el cuerpo de humores viciados, que son el origen de casi todas las enfermedades. No hay, pues, que medir la diligencia por el tiempo empleado, sino por el progreso que se haya hecho hácia el objeto de nuestras aspiraciones; pues así como en la carrera no se adelanta más con alzar mucho los piés y dar grandes y descompuestos saltos, sino con dirigir bien los pasos y aprovechar las

fuerzas, así en los negocios no consiste la actividad en abarcarlo todo á la vez, sino en seguir el asunto con constancia y discrecion.

Hay muchos hombres que se precian de ser muy trabajadores y laboriosos; y siendo más amigos de aparecer diestros y ligeros que de serlo en realidad, lo precipitan todo sin conseguir ningun provecho. Abreviar un negocio simplificando las materias ó las partes que entren en él, y simplificarlo truncando esas mismas partes, son dos cosas muy distintas. Cuando un negocio se maneja con precipitacion, se adelanta y atrasa alternativamente sin tener seguridad en lo que se hace, y hay que empezarlo más de una vez. Un sugeto á quien yo conocia, recomendaba siempre la calma en todas las cosas, y cuando alguno andaba muy apresurado por acabar algun asunto, le decia: «No corra V. tanto y llegará más pronto.»

La verdadera diligencia es una cualidad preciosa; porque el tiempo es la verdadera medida del valor de los negocios, así como el dinero lo es de las mercancías, y de aquéllos que invierten mucho tiempo puede decirse que cuestan muy caros. La lentitud de los espartanos entre los antiguos, y la de los españoles entre los modernos, se han hecho proverbiales, ha-

biendo dado lugar á este adagio: «*¡Venga mi muerte de España!*» es decir, puede mi muerte venir de España, que entónces es posible que muera de viejo.

A los que dan las primeras explicaciones sobre un asunto, conviene prestarles atencion y guardarse muy bien de interrumpirles el hilo de su relato, pues trayendo de antemano preparadas sus ideas, si se les obliga á variar el órden de ellas, andarán repitiendo muchas veces una misma cosa hasta que de nuevo arreglen su discurso, para lo cual necesitan indispensablemente algun tiempo; pero aún así, nunca se habrán expresado tan bien como si se hubieran oido sin replicar. En el teatro sucede que el apuntador se hace muchas veces más molesto y enojoso que el actor que no sabe bien su papel.

No cabe duda en que las repeticiones hacen perder tiempo; pero sin embargo, ninguna cosa abrevia tanto como ellas los negocios, cuando se emplean para aclarar bien el estado de éstos, de cuyo modo se ahorra una gran parte de los discursos inútiles. Los discursos prolijos y rebuscados, no son más cómodos para la explicacion de los negocios que un vestido talar con larga cola lo sería para correr.

Los discursos preliminares, las digresiones,

las excusas, los cumplimientos y otros accesorios que no sirven ni interesan nada más que á quien los emplea, hacen perder mucho tiempo, y aunque parezcan pruebas de modestia, es sin embargo la vanidad la causa que los sugiere. Pero si se observa que las personas con quienes se tenga entablado ó vaya á entablarse algun negocio tienen el ánimo prevenido contrariamente, no conviene apresurarse á entrar en materia, pues toda prevencion exige un exordio ó preámbulo que la destruya, así como para introducir un unguento se necesita una larga fröcion.

La verdadera actividad en los negocios es el órden, el método, una juiciosa distribucion y divisiones exactas. Sin embargo, no se necesita que éstas se multipliquen mucho ni se funden en distinciones muy sutiles; porque si es cierto que el que no divide nada absolutamente el todo jamás podrá comprender bien el asunto, también lo es que el que lo divide demasiado oscurecerá la materia en vez de aclararla y nunca podrá salir con honor del negocio en que se empeñe. El verdadero medio de ahorrar el tiempo, es ocupar bien aquel de que dispongamos, pues todo lo que se hace fuera de sazón no es otra cosa que vano ruido. En todo negocio

hay tres partes esenciales: la preparacion, el exámen ó discusion, y la ejecucion ó conclusion. Si se quiere activar, el exámen es lo que pide más tiempo y más personas: las otras dos partes necesitan muchas ménos.

Proceder por escrito al principiarse un negocio, es un medio que facilita la discusion y contribuye á la expedicion; porque aunque se suponga que este primer escrito sea rechazado, la misma negativa dará más luces que una consideracion vaga y verbal sobre el negocio.

XXVI.

DE LA AFECTACION DE PRUDENCIA Y DEL MANEJO
QUE USAN LOS AFICIONADOS Á FORMALIDADES.

Si hemos de dar crédito á la opinion comun, los franceses saben más de lo que aparentan, y los españoles aparentan más de lo que saben.

Pero sea de esto lo que quiera respecto de las naciones, es indudable que pueden hacerse dichas distinciones respecto de los individuos: el Apóstol ha dicho de los falsos devotos, que tienen todas las apariencias de la piedad, sin tener ninguno de los efectos reales de ésta virtud. Tales son también los hombres de que tratamos en este artículo, los cuales tienen la costumbre de no hacer nada sin un grande aparato de gravedad.

Es un espectáculo verdaderamente risible el que presentan á la vista de un hombre de juicio, viéndolos con qué manejo y artificio tratan de presentar como cuerpo sólido una simple superficie. Algunos son tan advertidos y reservados, que nunca se presentan claramente sobre ningún negocio, aparentando siempre reservar algo, y cuando no pueden ocultar de otro modo su ignorancia verdadera, fingen no decir muchas cosas porque la prudencia lo prohíbe. Otros hablan sólo por gestos y ademanes, y por decirlo de este modo, parecen sábios de pantomima, á propósito de los cuales ha dicho Ciceron dirigiéndose á Pison: «Tú nos dices alzando una ceja hasta lo alto de la frente y bajando la otra hasta la barba, que te causa horror la crueldad.»

Hay otros, que creyendo imponer y autorizar con una palabra ó expresion dicha con aire decisivo y sentencioso, parten de ella dando por demostrado y tomando por base lo que son incapaces de probar. Otros aparentan desprecio hácia todo lo que supera á su capacidad, y ocupándose de los asuntos de esta clase como por encima y con cierta indiferencia desdeñosa, tratan de que su ignorancia pase por una prueba de juicio y sabiduría. Hay además algunos que tienen siempre á la mano una excepcion con que entretener ó burlar el asunto, esquivando de este modo el punto esencial de que se trata. Aulo-Gelio los pinta perfectamente diciendo que son: «Unos hombres decidores de futilidades, capaces con sus repetidas distinciones de pulverizar el objeto más sólido.» Platon nos presenta tambien un ejemplo de estos en su Protágoras, atribuyendo á Prodicó un discurso compuesto todo de excepciones y sutilezas desde el principio hasta el fin. En toda deliberacion, los hombres de este carácter adoptan la negativa, porque una vez desechada la proposicion puesta sobre el tapete, no queda nada que hacer, mientras que si se admite á discusion, es una nueva obra que tiene que ejecutarse.

Para terminar este artículo, diremos que no

hay comerciante próximo á quebrar, ni pobre vergonzante que emplee tanto artificio para esconder su miseria y mantener su crédito, como emplea un hombre de esta naturaleza para adquirir ó conservar reputacion de prudencia y sabiduria. Algunas veces aciertan por casualidad, y suelen llegar á representar cierto papel; pero debemos guardarnos de encargarles negocios de importancia, pues es más fácil sacar partido de otros hombres ménos discretos, pero que sean más francos, que de estos tan amigos de formalidades.

XXVII.

DE LA AMISTAD.

«Un hombre que busca la soledad, es una bestia salvaje ó un dios.» El que habló así no

pudo reunir en ménos palabras más verdades y errores; porque si no es dudoso que el hombre que huye el trato de los demás racionales y que tiene una aversion natural y profunda hácia la sociedad de los otros hombres, participa algo de la bestia salvaje, es, sí, absolutamente falso que tenga algo de divino el que se aleja por completo del trato de sus semejantes, á ménos que este recogimiento tenga por objeto gozar mayor tranquilidad para entregarse á las meditaciones de las cosas reveladas, cuyos goces espirituales creyeron equivocadamente disfrutar algunos paganos, tales como Epimenides de Creta, Empedocles de Sicilia y algun otro, siendo sin embargo realmente cierto, que esos mismos goces fueron disfrutados por muchos de entre nuestros antiguos anacoretas y de los padres de la Iglesia cristiana.

Pero hay pocos hombres que comprendan perfectamente en qué consiste la verdadera soledad y que tengan de ella una idea cabal y perfecta; pues un gentío, por numeroso que sea, no forma por esto sólo una sociedad, ni una multitud de rostros es otra cosa que una galería de retratos, é igualmente una conversacion entre personas que las unas para las otras son indiferentes, no es más agradable que el soni-

do de un címbalo. Este adagio latino: «Gran ciudad, gran soledad,» atestigua lo que decimos.

En una poblacion de gran extension no pueden los amigos reunirse con tanta facilidad y por consiguiente con tanta frecuencia, hallándose separados por mayores distancias. De cualquier modo que sea, puede asegurarse que la soledad más horrorosa es la que sufre un hombre sin amigos, y tambien se puede decir que el mundo sin la amistad es el mayor de los desiertos. Bajo este punto de vista, el hombre incapaz de tener amigos tiene mucho parecido con una bestia salvaje.

El principal fruto de la amistad consiste en que proporciona el medio de compartir el peso de los pensamientos, muchas veces aflictivos, que las pasiones que nos agitan reproducen sin cesar, de cuyo modo se alivia considerablemente el corazon.

Se puede tomar zarzaparrilla para las afeciones del hígado, flor de azufre para las inflamaciones pulmonares, agua mezclada con tintura de acero para las opilaciones del bazo, y castóreo para fortificar el cerebro; pero no hay medicina tan eficaz para librar el corazon de la opresion que producen nuestras penas, como un

amigo al cual comuniquemos nuestros placeres, nuestros disgustos, nuestros temores, nuestras sospechas, etc., cuyo género de comunicacion tiene alguna analogía con la confesion auricular.

A primera vista nos asombramos de que los principes den tanto valor á esta clase de amistad de que hablamos, y de que muchas veces expongan por sostenerla su persona, y hasta la seguridad y sosiego de sus reinos; pero esto ocurre porque un monarca no puede recoger los dulces frutos de esta preciosa amistad sino que elevando hasta sí á uno de sus súbditos y haciéndole en cierto modo su compañero y su igual, lo cual tiene grandes inconvenientes y expone á graves peligros. Las lenguas modernas, que dan á esta clase de amigos de los reyes el nombre de privados, favoritos, etc., parecen significar de parte del príncipe que esta privanza ó predileccion es una gracia especial; pero en las lenguas antiguas sucedia de otro modo, empleándose entre los romanos la denominacion de *participes curarum*, que significa partícipe de los cuidados y las inquietudes. Lo que prueba que es realmente adecuada esta denominacion, es que nada estrecha y fortifica tanto los lazos de la

amistad entre el príncipe y esta clase de amigos, como la participacion que les concede en los negocios; verdad que no sólo se observa en los monarcas débiles y esclavos de sus pasiones, sino tambien en los de más firme voluntad y de talentos y calidades más recomendables, lo mismo políticas que morales. Algunos han favorecido á determinados sugetos de entre sus súbditos, hasta el extremo de darles y recibir de ellos el titulo de amigos, y de hacer que los demás los designen tambien con esta palabra, que ordinariamente se emplea de particular á particular.

Cuando Sila se elevó al poder supremo, favoreció extraordinariamente á Pompeyo, que despues fué honrado con el sobrenombre de grande, y llegó el caso de que éste se lisonjeara de que tenia más poder que su protector: Pompeyo logró en una ocasion obtener el consulado para uno de sus amigos, á pesar de los manejos y aspiraciones de Sila, y estando éste expresándole su descontento con alguna altivez, el jóven le impuso silencio con esta respuesta: «El sol saliente tiene más adoradores que el sol que se pone.» César vivia en tan grande intimidad con Decimo Bruto, que le habia instituido por su heredero despues de su

sobrino Octavio; este supuesto amigo tuvo bastante predominio sobre la voluntad de César para atraerlo al senado donde los conjurados le aguardaban para darle muerte. Intimidado por algunos malos presagios y por un sueño que habia tenido su mujer Calpurnia, habia resuelto no asistir aquel dia á la sesion ni salir de su casa, y entónces Bruto, cogiéndole de la mano, le dijo: «Vamos, yo aguardo que para venir al senado no esperarás que tu mujer tenga mejores ensueños,» con lo cual le determinó á salir.

Poseia hasta tal punto el favor y la confianza de Julio César, que Antonio, en una carta que Ciceron recitó palabra por palabra en una de sus filípicas, le calificaba de encantador, significando que habia como hechizado á César. Octavio habia honrado y distinguido con una amistad tan estrecha á Agripa, hombre de baja condicion, que habiendo preguntado un dia á Mecenas con quién casaria á su hija Julia, recibió de él esta respuesta: «Es preciso casarla con Agripa, ó hacerla morir; pues lo has elevado tanto, que entre estos dos extremos no hay medio posible.» La amistad de Tiberio con Seyano era tan estrecha y de tal modo lo habia aproximado á sí, que entrambos eran mirados como una sola persona, y en una carta que el prínci-

pe le escribió se expresaba de este modo: «Creo que en consideracion á nuestra amistad, no debo ocultaros nada.» Así fué, que queriendo honrar el senado esta amistad extraordinaria del príncipe, le hizo erigir un altar como á una diosa. Se observa otra amistad tan estrecha por lo ménos como la de los anteriores ejemplos, entre Septimo Severo y Plantiano, por la cual se creyó este último autorizado para tratar á los hijos de su amigo con una dureza excesiva, á pesar de los cuales y de todas las demás afeciones de este emperador, mantenía en lugar preferente sus relaciones. Así lo atestigua en una carta dirigida al senado sobre este sugeto, en la que decía: «Es tal mi afecto por esta persona, que deseo que me sobreviva.»

Si estos príncipes hubiesen sido de una índole semejante á la de Trajano ó á la de Marco Aurelio, podría atribuirse una ternura tan extremada á la bondad natural de su carácter; pero observando cuán firmes, severos y apegados á sus propios intereses eran estos emperadores de que tratamos, nos veremos obligados á concluir que, á pesar de que poseían el mayor poder y grandeza á que un mortal puede aspirar, hubieran creído imperfecta su propia felicidad, si la adquisicion de un amigo de esta especie no

la hubiese perfeccionado. Pero lo que principalmente debe llamar nuestra atencion, es que estos príncipes tenían esposa, hijos, sobrinos, etc. Seguramente ninguno de éstos podia ocupar el lugar de un amigo.

Sin embargo de lo dicho, Felipe de Comines dice á propósito de Carlos el Temerario, duque de Borgoña, que jamás consultaba sus negocios con nadie, y que á nadie comunicaba sus inquietudes y sus penas más angustiosas y penetrantes. Hacia el fin de su vida, añade, esta reserva extraordinaria llegó á turbar un poco su razon. El mismo Comines hubiera podido hacer igual observacion, si lo hubiese creido necesario, de Luis XI, rey de Francia, que fué su segundo señor, cuyo carácter sombrío y reservado se convirtió en su verdugo durante los últimos años de su vejez y de su vida. Este precepto simbólico de Pitágoras: «No devores tu corazon,» aunque un poco oscuro y enigmático, no deja de estar lleno de sentido; y si no temiese usar de una calificacion demasiado dura, diria que los hombres que no tienen amigos verdaderos á quienes comunicar lo que abriga su pecho, son una especie de antropófagos ó caníbales que devoran su propio corazon.

Tambien debe observarse sobre este primer

fruto de la amistad, que la libre comunicacion de un hombre con su amigo produce dos efectos igualmente saludables aunque opuestos; es decir, que aumenta los goces y disminuye los pesares; pues no existe seguramente ningun hombre que tenga costumbre de participar sus asuntos de todas especies á otra persona, que no sienta placer comunicando sus alegrías, y que no alivie su alma de las penas que la martirizan y afligen, descargándola, por decirlo así, en el pecho de un amigo verdadero. Así es, que puede decirse con razon que la amistad produce en el alma los diferentes efectos que la piedra filosofal en el cuerpo humano, pues si hemos de creer á los alquimistas, éstos le atribuyen resultados contrarios, pero igualmente ventajosos. Mas no hay que recurrir á las operaciones misteriosas de la alquimia en busca de imágenes sensibles que se nos presenten mejor en el curso ordinario de la naturaleza, para demostrar las ventajas de la amistad: vemos en las composiciones físicas que la union facilita y fortalece las acciones naturales, mientras que debilita y amortigua toda impresion violenta: la union de las almas produce tambien en ellas este doble efecto.

El segundo fruto de la amistad no es mé-

nos útil para esclarecer el espíritu, que el primero para aumentar los placeres y disminuir los pesares y aficciones del corazón; porque si estas libres y afectuosas comunicaciones serenán las tempestades y borrascas de nuestras pasiones, estableciendo la calma y tranquilidad en el alma humana, también disipa la oscuridad y confusión del entendimiento, derramando en él una luz tan viva como suave y agradable. Y no se crea que esto depende sólo de los consejos amistosos que se pueden recibir de las saludables y desinteresadas intenciones de un amigo; estos consejos constituyen una nueva ventaja de que hablaremos después, un poco diferente de la que ahora nos ocupa. Todo hombre que tenga su espíritu agitado y como oscurecido por una multitud de pensamientos que no pueda desenredar fácilmente, sentirá que sus ideas se aclaran y su razón se afirma, con solo comunicarlos á un amigo y discurrir con él sobre ellos; porque entonces discute sus opiniones con más facilidad, arregla sus ideas con más orden, y juzga mejor de la verdad y utilidad de sus pensamientos, luego que los ha expresado con palabras. Por este medio se hace más prudente que si estuviese abandonado á sí mismo, no siendo dudoso que este efecto se lo-

gra mejor en una conversacion de una hora que en una meditacion de un dia entero.

Temístocles empleaba una comparacion muy exacta, al decir al rey de Persia que los discursos de los hombres son como los tapices pintados cuando despues de extendidos muestran claramente á la vista los objetos que el dibujo representa; y que los pensamientos, ántes de comunicarlos, son como esos mismos tapices mientras permanecen enrollados.

Este segundo fruto de la amistad, que consiste en desahogar el espíritu y esclarecer las ideas, no se crea que sólo puede obtenerse de amigos de un talento superior y capaces de dar un consejo acertado. Un interlocutor tan perfecto, desde luego que valdria más; pero sin embargo de esto, uno mismo se instruye comunicando sus pensamientos, aunque sea á un amigo que nada haya de facilitarnos la tarea, y afilando, por decirlo así, el ingenio contra una piedra que si no corta haga cortar. En una palabra, sería mejor expresarnos ante una estátua ó ante un cuadro pintado, que permanecer silencioso y en una meditacion continuada, que sin duda ahoga los mejores pensamientos.

Para hacer más completo este segundo fruto

de la amistad, puede añadirse otra ventaja que es más sensible y más generalmente conocida: me refiero á los consejos saludables y desinteresados que se pueden recibir de un amigo. Heráclito ha dicho con razon, en uno de sus enigmas, que la luz reflejada es siempre la mejor; y no es dudoso que la que se recibe por el consejo de un amigo, es más pura que la que uno puede sacar de su propio entendimiento, que está siempre, en cierto modo, descompuesta y alterada por muchas pasiones y gustos habituales; de suerte que entre el consejo de un amigo y el nuestro propio, hay la misma diferencia que entre el de un amigo leal y el de un adúlador; pues el mayor adúlador que existe es nuestro amor propio, y el más seguro remedio contra sus lisonjas es la franqueza y la libertad de una persona sincera,

Hay dos clases de consejos, de los cuales unos se refieren á las costumbres y otros á los negocios. En cuanto á los de la primera especie, los avisos leales de un amigo son los más suaves y seguros preservativos para conservar un sano corazón. Pedirse á sí mismo una cuenta exacta y severa, es un remedio demasiado penetrante y corrosivo. La simple lectura de los libros de moral, es un remedio extremada-

mente débil. Observar cada uno sus propias faltas y considerarlas en otro individuo como en un espejo, es un remedio tanto ménos seguro cuanto que este espejo es frecuentemente infiel y no presenta ó refleja con exactitud las imágenes. Así pues, la más eficaz y suave medicina es, sin disputa, el consejo de un amigo franco y leal. Las personas que no tienen á su disposicion un amigo que pueda hablarles libremente de ellas mismas y darles un aviso oportuno, incurren en una infinidad de faltas y contradicciones ó inconsecuencias groseras, que acaban por arruinar su reputacion y su fortuna. Se les puede aplicar estas palabras de San Jaime: «El que se mira en un espejo, olvida muy pronto su fisonomía.»

Con referencia á los negocios, un proverbio antiguo dice que dos ojos ven más que uno, siendo verdad tambien que el que mira el juego ve mejor las faltas que el que está jugando. Un hombre irritado es más imprudente que aquel que despues de un primer movimiento de cólera ha pronunciado las letras del alfabeto; y en fin, se hace mejor puntería afirmando el fusil en una tronera que teniéndolo sólo con el brazo. Del mismo modo un amigo sincero y leal es un apoyo y un recurso contínuo para el hombre

que no tiene la presuncion de creer que lo sabe todo y que no hay sabiduria que no se halle encerrada en su cabeza. Para decirlo de una vez, el buen consejo es el que dirige todos los asuntos haciéndoles marchar hácia su fin.

El que en lugar de consultar siempre á una misma persona de una sinceridad y lealtad reconocidas, consulta á personas diferentes sobre los diversos asuntos que se le originan, hace sin duda mejor, aunque se expone á dos grandes inconvenientes: consiste el uno en no recibir sino consejos egoistas, porque los sinceros y desinteresados son extremadamente raros, y el consejo va casi siempre dirigido hácia el interés del que lo da: el otro es, que frecuentemente se recibirán consejos muy perjudiciales ó al ménos mezclados de ventajas y de inconvenientes, aunque se den con la mejor buena fé. Si llamais á un médico experto en la enfermedad que padeceis, pero que no conozca vuestro temperamento, os expondreis á que os quite la fiebre ocasionándoos el cólico y á que no acabe con la enfermedad sino que matando al enfermo. Pero no correreis este riesgo con un verdadero amigo que conozca á fondo vuestra naturaleza, vuestros hábitos y vuestra situacion, porque no os dará mas que remedios con-

venientes á vuestra complexion actual, y no paliativos que despues de haberos sido algo provechosos os sean muy perjudiciales. No deis, pues, mucho crédito á los consejos dados por tantas personas diferentes, pues más bien servirán para llenaros de incertidumbre que para franquearos el camino y dirigiros bien.

A estos dos frutos de la amistad, que consisten en calmar y arreglar las afecciones del alma y en facilitar y dirigir las operaciones del entendimiento, se junta el tercero y último, que compararé á una granada llena de menudos granos, fundándome en que la amistad proporciona una multitud de recursos y consuelos en las diversas situaciones de la vida.

Para comprender bien las diferentes ventajas que nacen de la amistad, basta conocer la infinidad de cosas que ella solamente puede proporcionar, y entónces veremos que los antiguos no dijeron bastante asegurando que un amigo es una repeticion de nuestro sér; pues muchas veces es para nosotros un amigo más que nuestra misma persona.

Todos los hombres son mortales, y frecuentemente no dura la vida lo necesario para tener el completo placer de dejar terminados ciertos designios, que suelen ser muy preferentes á

nuestro corazon, tales como el de establecer á los hijos, concluir una obra, etc.; pero el que posee un verdadero amigo puede estar seguro de que sus deseos se verán cumplidos aunque él falte, y por este medio tendrá, por decirlo así, dos vidas á su disposicion.

Cada individuo tiene un solo cuerpo que está circunscrito al sitio que ocupa, sin poder hallarse en dos lugares á un mismo tiempo. Dos amigos parece que se duplican recíprocamente, pues lo que uno no puede hacer lo practica por medio del otro. Además de esto, ¡cuántas cosas no puede hacer y decir uno mismo, si no quiere faltar á las conveniencias sociales! No se puede, por ejemplo, sin faltar á la modestia, hablar de los servicios que se han prestado y mucho ménos exagerarlos; uno no sabria ni podria muchas veces bajarse á pedir por sí mismo una gracia, á suplicar, etc.; pero todas estas cosas, que serian poco decentes en boca del que está personalmente interesado en ellas, sientan bien en la de un amigo. Además, no hay persona que no tenga relaciones de donde nacen ciertas conveniencias que no se deben olvidar y que frecuentemente molestan ó enojan. Por ejemplo, se ve obligado á tomar el tono de padre para tratar con sus hijos, el de

marido para con la mujer, y con sus mismos enemigos tiene que usar un tono contenido, etc.; mientras que un amigo puede tomar el ademán y estilo que exijan las circunstancias, sin estar ligado por ninguna especie de conveniencia. Si yo quisiera hacer una completa enumeración de todas las ventajas de la amistad, este artículo sería inmenso. Todo está comprendido en esta regla: Cuando un hombre no puede por sí solo desempeñar completamente su papel y no tiene amigos que le ayuden, es indispensable que abandone la escena.



XXVIII.

DE LOS GASTOS.

Solamente mientras se gastan con un fin honrado y benéfico, son verdaderos bienes las

riquezas; pero hay gastos extraordinarios que deben ser proporcionados á las circunstancias y ocasiones que los exigen, pues se presentan casos en que es preciso saber despojarse de los bienes, no sólo por cumplir con la piedad, sino tambien en servicio y provecho de la patria.

En cuanto á los gastos diarios, cada uno debe regularlos con relacion á su fortuna y á las utilidades con que cuente, distribuyéndolos de manera que no sean desperdiciados por los descuidos ó por la poca fidelidad de los criados. El cálculo de nuestros gastos y utilidades debemos hacerlo bajo un pié de economías que permita, si fuese despues necesario, sufragar con desahogo cualquier estipendio imprevisto que pueda originarse. Todo hombre que no quiera que su fortuna decrezca y que aspire á mantenerla siempre en un mismo nivel, debe imponerse como una ley rigurosa, el cuidado de no consignar en su presupuesto más gastos que la mitad de la suma á que asciendan sus utilidades; y el que desee aumentar sus bienes, no deberá gastar nada más que la tercera parte de los productos de sus rentas.

Los grandes señores suelen mirar como una baja el descender hasta el detalle de sus asuntos; y en la mayor parte de ellos consiste

esta repugnancia, mucho ménos en natural negligéncia que en el temor de exponerse á la pena que sentirian si encontrasen sus rentas muy escasas y desarregladas. Olvidan que para sanar las heridas es preciso empezar por sondearlas. Los que no quieren tomarse el trabajo de manejar sus asuntos y prefieren desentenderse de esta tarea embarazosa, sólo tienen el recurso de escoger con sumo acierto y cuidado las personas á quienes hayan de encargar sus intereses, con la precaucion de variarlas de tiempo en tiempo, á fin de aprovecharse de la timidez y falta de astucia que los nuevos empleados tendrán.

El que no quiere ó no puede dedicar á sus negocios un cierto tiempo, debe asegurar sus bienes y destinar á sus gastos una cantidad determinada é invariable. El que gasta mucho en un concepto, debe ser económico en otro; si por ejemplo es aficionado á tener una mesa bien provista y lujosa, deberá economizar en su vestido; si es aficionado á la esplendidez en los muebles, ha de procurar economía en su caballeriza, y así en todo lo demás; porque si quiere gastar en todos los ramos sin un arreglo y prudente economía, seguramente acabará por arruinarse.

Cuando se abriga el designio de pagar las deudas, se puede perjudicar la fortuna que se posea queriendo hacerlo muy de prisa, igualmente que procediendo muy despacio; pues no se pierde ménos apresurándose mucho á vender, que tomando dinero prestado á un interés crecido. Sucede con frecuencia que el hombre gastoso que toma de una vez el cuidado de extinguir su déficit, se atrasa de nuevo; porque en seguida que se ve desahogado vuelve á su conducta primitiva, mientras que el que procura hacerlo paulatinamente, contrae el hábito de la economía y pone así la reforma en sus costumbres tanto como en sus bienes y gastos. El que tiene un verdadero deseo de restablecer el buen estado de sus negocios, no debe despreciar los más pequeños objetos; pues es ménos vergonzoso privarse de gastos insignificantes, que humillarse para lograr ganancias considerables.

Con respecto á los gastos diarios, diremos que es preciso arreglarlos de manera que siempre se puedan continuar en el mismo pié en que se empezaron, y que en las grandes ocasiones, que son bastante raras, se debe permitir una poca más esplendidez y magnificencia que de ordinario.



XXIX.

DE LA VERDADERA GRANDEZA DE LAS NACIONES.

Entraña mucha presuncion y vanidad la respuesta que hablando de sí mismo dió Temístocles en cierta ocasion; pero si sus palabras se hubiesen referido á otra persona, habrian sido muy estimables. De cualquier modo que sea, pueden servir de materia á juiciosas reflexiones. En un festin se le invitó á que tocase un laud, y respondió que no habia aprendido á manejar aquel instrumento, pero que de una aldea sabia hacer una gran ciudad.

Las anteriores palabras pueden expresar en sentido metafórico dos talentos muy diferentes en los que manejan los negocios del Estado; porque si se examinan con atencion los consejeros

y los ministros de los reyes, acaso se encontrarán algunos que serán capaces de extender los límites de un reino pequeño sin que sepan tocar el laud; y por el contrario, se hallarán muchos de esos que manejan con primor este y otros instrumentos de música, es decir, que son diestros en las artes de la corte, pero que tienen tan escasa la capacidad que se requiere para fomentar los intereses de las naciones, que parecen más bien formados expresamente por la naturaleza para arruinar y destruir los Estados más florecientes.

Ciertamente que estas artes viles y bajas, por las cuales los consejeros y ministros ganan muchas veces el favor del soberano y una especie de reputacion entre el pueblo, sólo les hacen merecer el título de músicos y bailarines; porque semejantes habilidades sirven únicamente para divertirse, y no pasan de ser una especie de adorno en el que las posee, más bien que un medio útil para el engrandecimiento de las naciones. Es verdad sin embargo que algunas veces se encuentran ministros que son capaces de comprender los negocios públicos y de conducirlos acertadamente y evitar los peligros que se ven claros y manifiestos, hallándose á pesar de esto muy léjos de tener las disposiciones

necesarias para engrandecer un Estado reducido. Pero sea cualquiera la naturaleza de los artifices, consideremos la obra y veamos cuál es la verdadera grandeza de un reino y cuáles son los medios de hacerlo floreciente. Asunto es este sobre el cual los príncipes deben reflexionar sin descanso, para no comprometerse en vanas y temerarias empresas, á que pueden ser conducidos por una presuncion exagerada de sus fuerzas, y tambien para no prestar oídos á los consejos tímidos que puedan tener por origen una idea demasiado desventajosa de su poder.

Este no puede medirse por la extension de un Estado: es cierto que sus contribuciones y sus rentas se valúan, que la poblacion se calcula, y que se ven los planos de sus ciudades; pero nada hay más difícil ni más sujeto á error, que el querer juzgar por estos datos de la verdadera fuerza y del poder y valor intrínseco de las naciones.

El reino del cielo no se ha comparado á una nuez, y sí á un grano de mostaza, que es una de las simientes más pequeñas, aunque tiene la propiedad de desarrollarse en poco tiempo. De igual modo hay dos clases de estados de una grandeza considerable, que sin embargo no son propios para ensanchar sus lími-

tes, y otros que aunque pequeños pueden servir de fundamento á los más grandes imperios. Las ciudades fuertes, los arsenales bien abastecidos, las buenas ganaderías de caballos, los carros, los elefantes, los cañones y otras máquinas de guerra, no son nada más que corderos cubiertos con la piel del leon, cuando la nacion no es naturalmente valerosa y aguerrida: el número mismo no significa nada cuando los soldados están desprovistos de valor, porque como dice Virgilio, *Lupus numerum pecorum non curat*; el lobo no se acobarda por grande que sea el rebaño.

Cuando el ejército de los persas se presentó á los macedonios en las llanuras de Arbelles semejante á una grande inundacion, los corazones más esforzados sintieron miedo y noticiaron á Alejandro el peligro que corrian sus legiones, aconsejándole que atacase á los persas durante la noche; pero él respondió que no queria lograr la victoria á tan bajo precio, y que era más fácil obtenerla que ellos se pensaban. Tigrane el Armenio, estaba acampado sobre una altura á la cabeza de cuatrocientos mil soldados, y viendo que avanzaban los romanos hácia ellos en número todo lo más de catorce mil combatientes, dijo mofándose de tan

pequeña hueste: «Si vienen para una embajada son muchos; pero si vienen dispuestos á combatir son demasiado pocos.» Sin embargo, antes de que llegase la noche conoció que habian sido bastantes para ponerle en fuga y hacer una gran carniceria en sus tropas. Existe una infinidad de ejemplos que demuestran la superioridad que tiene el esfuerzo sobre el número, debiendo convenir en que el valor de un pueblo es el punto capital de su grandeza. Ordinariamente se dice que el dinero es el sosten de la guerra; ¿pero de qué sirve el dinero cuando faltan los brazos y cuando los pueblos son afeminados? Solon respondió muy oportunamente á Creso, que le enseñaba sus riquezas: «Si viene alguno que tenga mejor acero, os robará todo ese oro.» Así pues, que un príncipe no considere muy grandes sus fuerzas si su pueblo no es belicoso; esté, por el contrario, convencido de que es considerable su poder como su pueblo sea guerrero.

Respecto de las tropas auxiliares, que son ordinariamente el recurso de toda nación que no es aguerrida, infinitos ejemplos demuestran que al fin se convertirá la medicina en un mal irremediable.

La bendicion de Judá y la de Issachar, no

se encuentran nunca reunidas, es decir, que un mismo pueblo no será jamás á la vez el joven leon y el asno cargado. Un pueblo agobiado en demasía por el peso de las contribuciones, no puede ser guerrero; pero las que son impuestas por consentimientos del Estado, abaten ménos su vigor que las que nacen de un poder despótico, como puede observarse en los impuestos de los Países-Bajos y en los subsidios de Inglaterra. Hablo del vigor y no de las riquezas, porque no ignoro que contribuciones iguales, ora sean exigidas por consentimiento del Estado, ora por una autoridad tiránica, empobrecen igualmente el país, pero producen un efecto diferente sobre el ánimo de los individuos, pudiendo concluir de aquí que un pueblo sobrecargado de impuestos, no es propio para extender sus conquistas.

Las naciones que aspiren á engrandecerse, deben cuidar de que la nobleza y los gentileshombres no se multipliquen demasiado, para evitar el que esclavicen y abatan al pueblo. Así como un monte donde se han dejado demasiados resalvos no descansa bien y degenera en matorral, de igual modo en un Estado donde haya exceso de nobles, el pueblo queda sin fuerza y sin vigor. Entre cada cien cabezas, apenas

una será propia para sostener el casco, y todavía más difícil será hallar soldados para la infantería, que constituye el principal elemento de los ejércitos: habrá mucha gente y poca fuerza. Admirable fué la sabiduría con que Enrique VII, rey de Inglaterra, del cual he hablado largamente en la historia que he escrito de su reinado, estableció tierras y casas de un valor fijo y moderado, cada una de las cuales podía mantener una familia con un desahogo suficiente y en una condición apartada de la servidumbre. Dispuso también que el jefe de cada familia fuese propietario, ó al menos usufructuario, y no un colono que sufriese el yugo y que cultivase la tierra. Esto produce en una nación lo que Virgilio dice de la antigua Italia:

Terra potens armis atque ubere gleba.

Hay otra parte del pueblo que sólo existe, á lo que yo creo, en Inglaterra y en Polonia, que es también de utilidad para la guerra, y que no debe ser descuidada ni desatendida: me refiero á ese gran número de escuderos que sirven á los nobles; y sin duda que la magnificencia, el esplendor y un gran acompañamiento de sirvientes como si fuera una escolta,

segun la costumbre de los señores de Inglaterra, contribuye mucho al poder de un Estado militar, mientras que por el contrario, una manera de vivir oscurecida y modesta, ahoga entre la nobleza el esplendor de las armas.

Es necesario tener cuidado de que el tronco de la monarquía de Nabucodonosor sea bastante grande y robusto para sostener las ramas; es decir, que los súbditos nacionales sean un número suficiente para sujetar á los súbditos extranjeros. Por eso los Estados que conceden sin dificultad cartas de naturalizacion, son propios para extender su imperio.

Sería ridículo pensar que un puñado de hombres, por considerable que fuese su capacidad y su valor, habian de poder tener bajo su dominio, y ménos aún por largo período de tiempo, á una grande extension de territorios.

Los lacedemonios concedian pocas cartas de nacionalidad, lo que fué causa de que mientras sus límites no se ensancharon permaneciesen los negocios en buen orden; pero tan pronto como extendieron sus dominios, llegando á ser excesivamente grandes en proporcion al número de súbditos naturales que serian, cayeron en decadencia.

Jamás Estado alguno ha naturalizado á los extranjeros tan fácilmente como los romanos, y se ve que su fortuna correspondió á esta prudente conducta, puesto que su imperio llegó á ser el mayor que el mundo ha conocido. No olvidaban lo que se llama *jus civitatis* en su más lata significacion, es decir, no solamente *jus commercii*, *jus connubii*, *jus hæreditatis*, sino tambien *jus suffragii* y *jus petitionis sive honorum* ó derecho á los honores; y concedian estos derechos, no ya á algunas personas en particular, sino á familias, á ciudades, y algunas veces á naciones enteras, añadiendo á esto su costumbre de enviar colonias entre los demás pueblos. Fijando la atencion en estas observaciones, no podrá decirse que los romanos han cubierto toda la tierra, pero sí que toda la tierra se cubrió de romanos, siendo este el mejor camino para llegar á la grandeza que adquirieron.

Causa asombro el ver que la España, con tan pocos súbditos naturales, pueda conservar bajo su dominio tantos reinos y provincias; pero esta nacion es mucho mayor que Esparta en sus principios, y aunque los españoles conceden rara vez cartas de nacionalidad, hacen lo que más se aproxima á esto, que es admitir soldados indiferentemente de todas las

naciones, y aun servirse algunas veces de generales extranjeros. Por la pragmática-sancion publicada este año, parece que están disgustados de necesitar habitantes y que quieren poner remedio á este mal.

Es cierto que los oficios sedentarios que se ejercen con los dedos más bien que con los brazos, son contrarios por su naturaleza á todo espíritu militar. Los pueblos belicosos aman por lo comun la ociosidad y prefieren el peligro al trabajo. No se debe reprimir esta inclinacion si se quiere que el valor no se amortigüe. Era una gran ventaja para Esparta, Atenas y Roma, el que fuesen esclavos la mayor parte de sus obreros, de la cual se aprovecharon hasta que el cristianismo abolió casi por completo la esclavitud. Lo que más se aproxima á esto, consiste en tener extranjeros para cierta clase de ocupaciones, y tratar de atraerlos, ó de dispensarles por lo ménos buena acogida cuando espontáneamente vengan. Los súbditos naturales deben ser de tres especies: labradores, sirvientes y obreros, en cuya clase comprendo á los que se valen de sus brazos y sus fuerzas, como herreros, albañiles, carpinteros, etc., sin contar los soldados.

Lo que más contribuye á la grandeza de un

reino, es que sea inclinado á las armas por su propia afición, que las mire como su profesion más honrosa, y que haga de ellas su principal oficio y su principal estudio; porque lo que hemos dicho hasta aquí, sirve sólo para poner á una nacion en estado de hacer la guerra; ¿pero qué valen la capacidad y el poder sin el deseo y la voluntad? Los romanos pretendian que Rómulo les habia revelado despues de su muerte un oráculo en que les decia que se dedicasen á las armas con preferencia á todo lo demás, si querian conseguir el imperio del mundo. Toda la constitucion del gobierno de Esparta procuraba tambien que sus ciudadanos se hicieran guerreros, aunque con una intencion más prudente que bien dirigida. Tambien los persas y lacedemonios aspiraron durante algun tiempo á esto mismo. Los galos, los alemanes, los seitas, los sajones, los nórmandos y algunos otros, han tenido en ciertas épocas este mismo deseo, y los turcos lo manifiestan hoy dia, por más que se hallen en gran decadencia: en la cristiandad, los españoles parecen ser los únicos que todavia abrigan tales intenciones.

Es evidente que cada uno hace mayores progresos en aquello á que se dedica con más afición, lo cual basta para creer que toda nacion

que no es inclinada á las armas, debe aguardar que la grandeza venga á ofrecérsele por sí misma, y que por el contrario, las naciones que las prefieren con perseverancia hacen progresos considerables, como puede verse en los romanos y los turcos: estos mismos, que no se dedicaron á la guerra sino que durante un siglo, llegaron á una grandeza que los ha sostenido largo tiempo, despues de haber abandonado el ejercicio de las armas.

Es necesario para seguir los anteriores preceptos, que un Estado tenga leyes y costumbres que puedan proporcionarle ocasiones justas, ó por lo ménos pretextos plausibles para romper las hostilidades; porque los hombres tienen naturalmente cierta veneracion por la justicia, y no emprenden voluntariamente la guerra, que suele llevar tras de sí una larga cadena de males, á ménos que se funde sobre un motivo real, ó siquiera sobre un pretexto, aunque sea especioso. Los turcos encuentran siempre una razon para sus rompimientos, que es la propagacion de su fé; y aunque la república romana concedió grandes honores á los generales que extendian el imperio con sus victorias, jamás, por lo ménos en la apariencia, emprendió una guerra con el solo designio de engrandecerse. Es, pues,

necesario que una nacion que aspire á constituir un imperio, esté muy alerta sobre las diferencias que nacerán con motivo de sus límites, de su comercio ó del recibimiento de sus embajadores, y que no contemporice cuando se la provoque, y se halle dispuesta á enviar socorros á sus aliados. No de otro modo se han conducido siempre los romanos: si uno de los pueblos amigos era atacado, aunque tuviese además con otras naciones una alianza defensiva, ellos eran los primeros en mandarles socorros tan luego como los pedian, no dejándose jamás adelantar en el honor del beneficio.

Respecto de las guerras que se hacian antiguamente por unos pueblos en favor de los que tenian igual clase de gobierno, no comprendo sobre qué derecho se fundaban: de esta especie eran las de los romanos por la libertad de la Grecia, y la de los lacedemonios y atenienses para establecer ó para destruir las democracias y las oligarquías. Tales son aún las que sostienen los príncipes ó las repúblicas para librar de la tiranía á otros pueblos extranjeros. Pero baste advertir, con respecto á este particular, que una nacion no debe aspirar á una grandeza considerable, si no aprovecha todas las ocasiones de armarse que se le puedan ofrecer.

Ningun cuerpo, sea físico ó político, puede conservar su salud sin ejercicio. Una guerra justa y honrosa es para un Estado la ocupacion más saludable. Una lucha intestina es semejante al calor de la fiebre; pero una guerra extranjera puede compararse al calor causado por el ejercicio, que conserva la salud de los cuerpos. Una paz prolongada acaba con el vigor y corrompe las costumbres. Es ventajoso para la grandeza de una nacion, aunque no lo sea para su comodidad, que esté casi siempre armada; y por más que sea muy costoso el tener perpétuamente un ejército en pié de guerra, en esto consiste el que un pueblo sea árbitro de sus vecinos ó el que le guarden por lo ménos una grande consideracion. La España es una prueba de lo que decimos, y se ve que desde hace ciento veinte años tiene siempre un ejército entretenido en una parte ó en otra.

El Estado que consigue el imperio de los mares, va por el camino más corto á la monarquía universal. Refiriéndose á los preparativos de Pompeyo contra César, decia Ciceron á Atico lo siguiente: «*Consilium Pompei plane Themistoculum est; putat enim qui mari potitur, eum rerum potiri.*» Y sin duda que Pompeyo hubiera vencido á César, si por una confianza

muy imprudente no hubiesen cambiado su primer plan.

Vemos los grandes efectos de las batallas navales por la de Accio, que decidió del imperio del mundo, y por la de Lepanto, que ha detenido los progresos de los turcos. Sucede con frecuencia que una batalla naval pone fin á una guerra; pero esto es sólo cuando las potencias enemigas lo comprometen todo en un sólo combate: es evidente que el que se ha hecho dueño de los mares, goza de una grande ventaja que le permite llevar las hostilidades donde le acomoda, mientras que por tierra, el mismo que dispone de mayores fuerzas halla grandes obstáculos y embarazos que le impiden llegar á un combate decisivo. El poder marítimo de la Gran Bretaña, es en el día de una grandísima importancia para ella, no solamente porque la mayor parte de los Estados de Europa estén rodeados de agua ó tengan por lo ménos algun litoral, sino porque los tesoros de las Indias están prometidos á la nacion que domine en los mares.

Parece que las guerras de los tiempos modernos se hacen en la oscuridad, comparativamente con aquella gloria antigua y con aquellos honores que tanto resplandecian en los mi-

litares. No tenemos para estimular el valor de las tropas, nada más que algunas órdenes que lo mismo se dispensan á la toga que á la espada, algunas distinciones en las armas, y algunos hospitales para los soldados que por su edad ó por sus heridas no se hallan en estado de servir; pero antiguamente los trofeos elevados en el campo de batalla, las oraciones fúnebres pronunciadas en alabanza de los que habian muerto, las tumbas magníficas que se levantaban, las coronas cívicas y murales, el nombre de emperadores que los reyes más grandes han recibido despues, los triunfos de los generales victoriosos, los grandes donativos que se distribuian á los ejércitos ántes de licenciarlos, todas estas cosas, repito, eran tan grandes, tan numerosas y tan brillantes, que bastaban para infundir valor y conducir á la guerra á los corazonas más tímidos.

Pero conviene observar sobre todo, que la costumbre de los triunfos no era entre los romanos un espectáculo sin objeto, sino una noble y prudente institucion que encerraba estos tres puntos importantes: la gloria y el honor de los generales, el aumento del Tesoro público y las gratificaciones para los soldados. Pero quizá el honor extraordinario del triunfo no

convenga en las monarquías sino que para la persona de los reyes ó de sus hijos. Así se hizo en tiempo de los emperadores, los cuales reservaron para sí solos y para sus hijos el honor del triunfo al volver de guerras que ellos mismos habian terminado, no concediendo á los generales nada más que las insignias y algunas otras señales de tan altísima honra.

Para concluir este capítulo, añadiremos que nadie, segun lo dice la Escritura Santa, puede añadir un codo á su estatura; pero que en la formacion de los reinos, está al alcance del poder del príncipe y de los que gobiernan extender los dominios; porque introduciendo con prudencia leyes y costumbres semejantes ó poco diferentes de las que hemos indicado aquí, es seguro que habrán derramado para el porvenir una semilla de prosperidad. Pero ordinariamente, los príncipes no se ocupan de estas cosas y dejan que resuelva sobre ellas la fortuna.



XXX.

DE LA MANERA DE CONSERVAR LA SALUD.

Existe para cada individuo una cierta prudencia que sólo se refiere á su persona, y que es más segura que todas las reglas generales de la medicina: todo lo que encierra está comprendido en este consejo: observe cada uno con cuidado lo que es favorable á su salud y lo que la perjudica. Tal es el mejor método para conservarla y la mejor especie de medicina preservativa.

Sin embargo, el razonamiento que se expresa en estas palabras: Tal cosa no conviene á mi temperamento, por lo cual no debo hacer uso de ella, es mejor fundado que este otro: Tal cosa no me perjudica, y por consiguiente pue-

do continuar usándola. Porque el vigor propio de la juventud resiste á una infinidad de excesos de poca monta que los de esta edad se permiten, y que son una especie de deudas que al fin se pagan juntas en una edad más avanzada. Observad que á medida que adelanteis en años, la disminucion de vuestras fuerzas exige juiciosas precauciones y no os permite hacer las mismas cosas, y no olvideis tampoco que no se desprecia impunemente la vejez.

No introduzcáis ningun cambio repentino en las partes esenciales de vuestro régimen; y si la necesidad os obliga á ello, tened cuidado de acomodaros todo lo más que os sea posible á vuestra ordinaria manera de vivir. Así lo recomienda la siguiente máxima que, aunque un poco oscura, no es por eso ménos verdadera: En el cuerpo humano, igualmente que en el cuerpo político, un gran número de cambios verificados á la vez son ménos peligrosos que un solo cambio radical. Por consiguiente, examinad todas las diversas partes de vuestro régimen, tales como los alimentos, el sueño, el ejercicio, los vestidos, la habitacion, etc., y si encontráis algo que os sea dañoso, procurad remediarlo poco á poco; pero si esta variacion os perjudica, volved á recobrar vuestros antiguos hábitos;

porque os será muy difícil distinguir bien lo que es generalmente saludable y lo que sólo conviene á vuestra organizacion individual.

El tener el espíritu tranquilo y el humor alegre en las horas de la comida y del descanso, es uno de los preceptos cuya práctica contribuye más á la prolongacion de la vida. En cuanto á las pasiones y á los afectos del alma, deben evitarse con cuidado la envidia, los temores acompañados de ansiedad, el rencor, las aficciones profundas, los trabajos que exigen investigaciones sutiles, espinosas, cuestionables, etc., los gozos inmoderados y las tristezas concentradas y sin comunicacion: conviene alimentar la esperanza y el buen humor, más bien que un gozo excesivo; variar los placeres en lugar de saciarse de ellos; excitar frecuentemente en uno mismo el sentimiento de la admiracion y de la sorpresa por medio de la novedad, y preferir á los demás estudios los que presenten á la imaginacion objetos nobles, grandes y elevados, tales como la historia, la mitología y el espectáculo de la naturaleza.

Si os absteneis de toda especie de medicamento mientras gozais de salud, el cuerpo encontrará dificultad para resistir los efectos de las medicinas cuando una enfermedad ó una

indisposicion os obliguen á tomarlas. Si por el contrario, os acostumbrais demasiado á ellas cuando disfrutais de salud perfecta, luego que una enfermedad las haga necesarias, el cuerpo no experimentará ninguna impresion nueva y no producirán el efecto que se desea. La dieta periódicamente renovada en ciertas estaciones y durante cierto tiempo, me parece preferible al uso frecuente de los medicamentos; la dieta es más alterante, pero ocasiona ménos agitacione- nes y fatiga ménos los órganos.

Cuando el cuerpo experimenta algun desarreglo extraordinario no debe descuidarse, y conviene consultar en seguida á un médico. Durante las enfermedades, ocuparos principalmente de vuestra salud; pero en el estado de salud obrad atrevidamente y sin acordaros demasiado de vuestro cuerpo. Porque toda persona que haya acostumbrado su naturaleza á sufrir variaciones frecuentes, podrá en aquellas dolencias que le ataquen y que no tengan el carácter de agudas, curarse con la ayuda de la dieta y de un régimen un poco más suave que el ordinario. Celso da á este propósito un consejo que no hubiese aventurado como médico, si al mismo tiempo no hubiera sido un hombre de una prudencia consumada: segun su parecer,

el método que más seguramente contribuye á la conservacion de la salud y á la prolongacion de la vida, consiste en variar el régimen alimenticio, los ejercicios y las ocupaciones, combinando al mismo tiempo los más contradictorios é inclinándose á los dos extremos alternativamente, y con alguna más frecuencia al extremo ménos peligroso: si por ejemplo, es necesario acostumbrarse á las vigiliass y al descanso prolongado, deberá concederse un poco más al sueño excesivo què á las vigiliass excesivas; tambien convendrá sufrir dieta unas veces y tomar otras comidas abundantes, pecando más bien por exceso que por defecto; y asimismo, será útil tener una vida muy activa alternada con un régimen más sedentario, cuidando de acercarse con preferencia al primer extremo. Tal es el medio de dar á la naturaleza lo que puede satisfacerla, conservándole al mismo tiempo bastante vigor para ejecutar ó sobrellevar las cosas más difíciles y penosas.

Entre los médicos, hay unos que son demasiado indulgentes con el enfermo, y que atendiendo los caprichos de éste más de lo que conviene, se separan muy fácil y frecuentemente de las reglas de un tratamiento regular y metódico, olvidando sin duda que al transigir con

el paciente transigen tambien con la enfermedad. Otros, por el contrario, son demasiado rigidos y esclavos de las reglas de la ciencia, y por no separarse de éstas, no conceden nada al temperamento individual, á la situacion ó á las circunstancias particulares del enfermo. Llamad á un médico cuya marcha sea un término medio entre estos extremos, y si no es posible encontrarlo así, combinad reunidos los de sistema opuesto; pero al consultar á cualquiera de ellos, no dispenseis menor confianza al que conoce bien vuestro temperamento que al que goza de mayor reputacion.



XXXI.

DE LA SOSPECHA.

La sospecha es entre los pensamientos lo que entre las aves el murciélago, y lo mismo que éste, no vuela nada más que en la oscuridad. No se le debe prestar atención, ó por lo ménos no conviene escucharla muy fácilmente: oscurece el espíritu, aleja nuestros amigos, y hace que se marche con ménos desembarazo y perseverancia hácia el objeto que nos proponemos. Las sospechas predisponen los reyes á la tiranía, los esposos á los celos y los hombres más sábios y prudentes á la irresolución y á una melancólica tristeza.

Este defecto proviene del espíritu más bien que del corazón, y se ve con frecuencia que aun

las almas más nobles y valerosas no están exentas de sufrirlo. Enrique VII, rey de Inglaterra, es un ejemplo notable de esta verdad: pocos príncipes habrán sido á un mismo tiempo tan valientes y tan dados á la sospecha como él; pero ésta ofrece ménos peligros en un espíritu de elevado temple, que no le da crédito hasta despues de haber examinado con detencion el grado de probabilidad que la acompaña, que en los caracteres débiles y tímidos inclinados á acogerla en seguida.

La sospecha es hija de la ignorancia, y por consiguiente su verdadero remedio está en instruirse ó enterarse de las cosas, en vez de alimentarla en el silencio: las sospechas crecen en las tinieblas y se alimentan de humo.

Además de lo dicho, son tan injustas como perjudiciales: los hombres no son ángeles y caminan hácia sus fines, como los que desconfían de ellos caminan hácia los suyos: ¿exigirán éstos que sus intereses sean mirados por los demás hombres con mayor atencion que los intereses que á estos mismos hombres pertenecen? El mejor medio para moderar las sospechas, es tomar precauciones como si fueren fundadas y disimularlas como si fueren falsas; porque la ventaja que proporcionan las sospechas guber-

nadas de este modo, consiste en que nos conduciremos de tal suerte, que aun en el caso de que sean verdaderas no tendremos nada que temer.

Las que sin motivo alguno nacen en nosotros mismos, no son otra cosa que un zumbio tan impertinente como vano y ridículo; pero las que nos inspiran y las que fomentan en nuestro ánimo las intenciones maliciosas ó inconsideradas de los chismosos y charlatanes, tienen una especie de aguijón que las hace penetrar muy profundamente. El mejor remedio para salir del laberinto de las sospechas, es confesarlas con franqueza á las personas en quienes las hacemos recaer. De este modo nos procuraremos probablemente algunas luces sobre el sugeto que nos haya inspirado desconfianza, y lograremos además hacerlo más circunspecto y cuidadoso de sí mismo, para que no vuelva á dar motivo á semejantes recelos. Pero guardaos bien de hacer tales confesiones á un alma baja y péfida, porque cuando un hombre de este carácter conoce que inspira desconfianza, no hay que contar en lo sucesivo con su fidelidad: así lo dice el proverbio italiano, *sospetto licenzia fede*, como si la sospecha debiese excluir y ahuyentar la buena fé, siendo así que debe, por el

contrario, obligar á manifestarse tan claramente, que no se pueda volver á dudar en lo sucesivo.



XXXII.

DE LA CONVERSACION.

Se encuentran muchos hombres que en la conversacion cuidan más de hacer alarde de su ingenio y de manifestar que se encuentran capaces de defender toda clase de opiniones y de hablar sin descanso sobre toda clase de asuntos, que de dar pruebas de un juicio bastante sano para separar prontamente la verdad del error: se conducen como si el verdadero talento en este punto consistiera en saber todo lo que se puede decir, más bien que todo lo que se debe pensar.

Hay otros que tienen un cierto número de lugares comunes sobre los cuales jamás se cansan de hablar, pero que fuera de ellos se ven obligados á reducirse al silencio. Este género de esterilidad les hace parecer monótonos, enfadosos y hasta muy ridículos, despues que se les descubre este defecto. El papel más digno que se puede desempeñar en la conversacion, consiste en alimentarla impidiendo que ruede largo tiempo sobre un mismo particular, y procurar con destreza que pase de un asunto á otro, haciendo el oficio, si vale decirlo asi, del que dirige las figuras y movimientos en un baile.

Es bueno variar el tono de la conversacion, entremezclando tambien en ella los discursos sobre asuntos presentes y del momento, y sobre sucesos pasados y venideros; las narraciones con los razonamientos, las interrogaciones con las aserciones, y en fin, lo burlesco con lo sério. Se hace pesada y languidece cuando se fija mucho sobre un mismo punto. En cuanto á las bromas, diremos que hay cosas que jamás deben ser objeto de ellas, y que en cierto modo deben gozar un privilegio: tales son la religion y los asuntos de Estado, los grandes hombres, las personas constituidas en dignidad, los

asuntos graves de las personas presentes, y tambien toda desgracia que deba inspirar compasion. Hay sugetos que temerian dormirse si de vez en cuando no lanzasen alguna sátira picante; pero este es un hábito detestable y del cual debemos tratar de despojarnos. «*Parce, puer, stimulis, et fortius utere loris.*» No haga mucho uso de las espuelas y ten la brida sujeta. (Ovidio, *Metamórfosis* II, 127.)

Existe gran diferencia entre una broma graciosa y una sátira amarga, y es preciso no confundir una palabra brillante con un sarcasmo; porque si un hombre satírico hace temer á los demás la agudeza de su ingenio, él debe á su vez temer á su propia memoria. El que suscita cuestiones á menudo, aprende mucho y agrada generalmente, sobre todo si sabe apropiárselas al género de inteligencia de las personas á quienes las propone. En proporcionándoles oportunidad de hablar de lo que mejor saben, se satisfacen de sí mismas y de quien les dió ocasion á ello, y le ilustran con nuevos conocimientos que le cuestan bien poco. Sin embargo, es preciso guardarse de ser importuno, proponiendo demasiadas cuestiones unas detrás de otras y como haciendo sufrir á los interlocutores una especie de exámen ó interrogatorio.

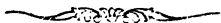
Dejad que cada cual hable á su vez, y si se encuentra alguno que tomando la palabra frecuentemente la conserva largo rato haciéndose de este modo el tirano de la conversacion, extravíarle á propósito, para que otros de los que guardan silencio puedan tambien entrar en turno. Si teneis alguna vez la destreza de fingir ignorancia de lo que mejor sabeis, parecerá frecuentemente que sabeis aun aquello que ignorais.

Es conveniente hablar poco de nosotros mismos, y esto poco con mucho tino y cuidado. Una persona á quien nosotros conocemos, decia con tono irónico de otra que tenia esta flaqueza: «Preciso es que este hombre sea un dechado de sabiduría y de prudencia cuando tanto habla de sí mismo.» No hay más que una sola manera de alabarse con oportunidad, y ésta consiste en hacer en otro el elogio de una virtud ó un talento que uno mismo posee. Guardaos mucho de permitiros con frecuencia alusiones picantes que se refieran á personas presentes. La conversacion debè ser como un paseo por terreno llano y despejado, y no como un camino que conduce á tal ó á cual ciudad, ó como un sendero que lleva al castillo de este ó del otro personaje.

He conocido en una de nuestras provincias occidentales dos sugetos, uno de los cuales se distinguia por la noble y elevada manera con que dispensaba la hospitalidad y por la abundancia y esplendidez de su mesa, pero que era aficionado á sátiras y burlas, y hacía de este modo que su magnificencia costase demasiado cara. Preguntando el otro cierto dia á uno de sus amigos, que habia comido en casa de este magnífico chanceador, si mientras estuvieron á la mesa no habia lanzado ningun epigrama contra alguno de los asistentes, el sugeto á quien se hizo esta pregunta le respondió que en efecto se habia tomado esa libertad, á cuyo propósito dijo el interrogante: «Ya sospechaba yo que de ese modo habria echado á perder una buena comida.»

La discrecion y oportunidad en los discursos valen más que la elocuencia, y el apropiarse bien lo que se dice al carácter y al género de talento del auditorio, es preferible á un modo de hablar metódico y elegante. Saber hablar de seguido sin hacer una division pronta y cabal, es un síntoma de pesadez en el espíritu. Hacer una rápida division y no saber formar un discurso continuado, indica un entendimiento estéril y que tiene poco fondo. Se sabe que los

animales que más corren no son los que tienen mayor facilidad para hacer marros, y esta es la diferencia que se observa entre el galgo y la liebre. Circunstanciar minuciosamente todo lo que se dice y detenerse en un largo preámbulo ántes de venir al hecho, hace las conversaciones fastidiosas; pero no especificar ninguna circunstancia, hace el discurso áspero, seco y descarnado.



XXXIII.

DE LAS COLONIAS Ó FUNDACIONES DE PUEBLOS.

De todas las empresas acometidas en los tiempos primitivos, las más heróicas fueron las colonias ó fundaciones de pueblos. El mundo producía en su juventud más hijos que ahora que se halla en la vejez, puesto que las colonias

se pueden mirar como la verdadera prole de las naciones más antiguas, que á su vez nacieron de otros pueblos anteriores. La fundacion de un pueblo debe hacerse en un suelo deshabitado, es decir, en un paraje donde no sea preciso expulsar á unos moradores para que se establezcan los otros, pues esto sería, propiamente hablando, una injusta extirpacion y no una verdadera fundacion.

Una colonia es como un bosque que se planta: no se debe esperar que dé algun producto hasta despues de una veintena de años, ni grandes rendimientos hasta que haya transcurrido un período de tiempo mucho más largo. El deseo de una ganancia prematura ha destruído la mayor parte de las colonias; pero sin embargo no deben despreciarse los provechos obtenidos prontamente, siempre que no decaiga la colonia que los produce.

Es una empresa vergonzosa y muy des-acertada, el querer formar una colonia con la espuma ó los desechos de una nacion, es decir, con los malhechores, los desterrados y demás criminales, lo cual sería corromperla y perderla de antemano. Los hombres de esta clase son incapaces de una vida arreglada, son perezosos, y sienten aversion hácia todo trabajo útil y paci-

fico; cometen nuevos crímenes, consumen con despilfarro las provisiones, se cansan muy pronto de esta manera de vivir, y envían á la metrópoli falsas noticias con grande perjuicio de la colonia. Los hombres que deben preferirse para este objeto son los que ejercen las profesiones activas más necesarias, como jardineros, labradores, obreros en hierro y madera, pescadores, cazadores, farmacéuticos, cirujanos, cocineros, cerbeceros, etc.

En arribando al país donde se trata de establecer la colonia, debe comenzarse por observar cuáles son los productos, sobre todo los alimenticios, que el suelo suministra natural y espontáneamente, tales como castañas, nueces, piñas, ciruelas, cerezas, aceitunas, dátiles, miel silvestre, etc. Después debe indagarse cuáles son entre la misma clase de productos alimenticios, los que crecen en el espacio de un año, los que el país produce por sí mismo y los que puede producir fácilmente, tales como las zanahorias, chirivías, nabos, cebollas rábanos, coles, melones comunes, sandías, maiz, etc. El trigo, la cebada y la avena, exigirían al principio demasiado trabajo; pero se pueden sembrar habas y guisantes, que viven sin mucho cultivo y que pueden suplir á la carne y al pan: el

arroz que rinde mucho, puede llenar el mismo objeto. Se deberá tener, sobre todo, una abundante provision de galleta y de harina para atender á la subsistencia de la colonia, hasta que ella pueda cosechar trigo en el país mismo.

En cuanto al ganado y la volateria, convendrá escoger las especies ménos expuestas á enfermedades y que más se multipliquen, como cabras, puercos, gallinas, ánsares, pavos, palomas, conejos, etc. Los viveres deben distribuirse por raciones como en una ciudad asediada. El terreno empleado en la jardinería y en la labor debe ser comun y los productos deben encerrarse en depósitos públicos. A veces deberán exceptuarse algunos pequeños trozos de tierra, cuyo aprovechamiento se dejará á los particulares para que en ellos ejerzan su industria.

Entre las producciones naturales del país, obsérvense las que podrian ser objeto de comercio y fuente de riqueza para la colonia, como se ha hecho con el tabaco de la Virginia: esto podrá contribuir á los gastos del establecimiento, en la suposicion de que tales empresas no sean más perjudiciales que útiles para la colonia. En la mayor parte de los lugares donde se establecen colonias, se encuentra abundancia

de maderas, que son una mercancía de fácil salida y que podrá servir de mucho en el mismo país, con tal de que se encuentren algunas minas de hierro ó algunas corrientes de agua para los molinos. Si el calor del clima permite establecer salinas, debe ensayarse esta industria, que puede procurar grandes rendimientos. Si la seda vegetal se encuentra en el país, será también un artículo muy lucrativo. La pez, la brea y el alquitran abundarán asimismo en un país donde se crien muchos pinos y abetos. Las drogas y las maderas de olor deben considerarse como unas mercancías preciosas. Lo mismo puede decirse de la sosa y de otros muchos artículos de comercio; pero no hay que afanarse demasiado en las minas, especialmente en los primeros tiempos de la colonia, pues son con frecuencia empresas engañosas que ofrecen gastos considerables, y el cuantioso provecho que se espera sacar de ellas hace que se descuiden los negocios más seguros.

Respecto del gobierno, nos parece que debería estar en las manos de uno solo, auxiliado por un consejo. Este gobierno deberá ser militar, suavizado algunas veces por prudentes restricciones. Evítese á todo trance depositarlo en muchas personas, con especialidad si están in-

teresadas en las empresas de la colonia: más valdria que estuviese gobernada por gentiles-hombres que por mercaderes, porque estos últimos no atienden, por regla general, sino que al provecho presente y á las ganancias prematuras.

La colonia deberá hallarse libre de impuestos hasta que haya adquirido cierto desarrollo, y asimismo, deberá tener completa libertad para trasportar y vender sus géneros donde más le convenga, á ménos que alguna razon particular é importante aconseje poner limitaciones á su comercio.

Debe cuidarse tambien de no aumentar la poblacion de la colonia sino que paulatinamente, segun lo exija la necesidad de nuevos brazos y segun lo permitan los medios de subsistencia con que se cuenta.

Sucede muchas veces que se destruyen ó arruinan en poco tiempo las colonias por haber sido establecidas demasiado cerca del mar, de los rios ó de lugares pantanosos. Siempre será conveniente en los principios no alejarse de las costas ó de las orillas de los rios navegables, para prevenir la dificultad de los trasportes ú otros parecidos inconvenientes. Pero pasada esta época, será más provechoso penetrar en el

interior del país y establecerse en parajes más sanos, que permanecer en sitios donde la excesiva abundancia de las aguas perjudiquen á la salubridad del aire. Tambien interesa mucho á la salud de los colonos que tengan una gran provision de sal, tanto para usarla en los alimentos ordinarios, como para hacer y conservar salazones.

Si se establece la colonia en un país de salvajes, no bastará contentarlos con regalos de poco valor; será preciso ganar su corazon con una conducta constantemente moderada y justa, sin olvidarse un momento de atender á la propia seguridad. No deberá ganarse su amistad ayudándoles á combatir á sus enemigos, sino solamente protegiéndolos y acudiendo á su defensa. Tambien será conveniente enviar de vez en cuando alguno de estos salvajes á la metrópoli, á fin de que puedan ver por sus mismos ojos que la condicion de los hombres civilizados es más dichosa que la suya, y puedan dar de ello una alta idea á sus compaisanos. Así que la colonia se ha consolidado, es la ocasion oportuna de llevar mujeres, á fin de no depender del exterior para reponer el descenso ó las mermas de la poblacion.

No hay bajeza más criminal ni más odiosa

que la de abandonar una colonia despues de haber hecho que los individuos que la componen abandonen la metrópoli. La infamia que lleva consigo una conducta semejante, es la de sacrificar á una infinidad de desgraciados, en cuyo mayor apuro los desampara el mismo que los comprometió.



XXXIV.

DE LAS RIQUEZAS.

Para dar una justa y cabal idea de las riquezas, deberian llamarse el bagaje de la virtud: calificacion que sería aún más exacta si pudiéramos emplear un término que significase precisamente lo que la palabra *impedimenta*, por la cual designaban los romanos el bagaje de un ejército; pues es indudable que ese mis-

mo oficio hacen las riquezas respecto de la virtud. Es, sin disputa, el bagaje muy necesario, pero embaraza la marcha, y el cuidado de defenderlo hace perder ocasiones de las cuales depende la victoria.

La utilidad de las riquezas consiste en el placer que proporciona el gastarlas, siendo todo lo demás una ilusión engañosa. A la sombra de la opulencia prosperan una porción de personas; ¿pero qué ventaja real y positiva proporciona esto al poseedor de las riquezas? Cuando más, la de presenciar el grande despilfarro que se hace á sus expensas, que es un placer sólo agradable á los ojos. Por consiguiente, el que dispone de una gran fortuna no goza de la totalidad de lo que posee, y todo el fruto de sus inmensos bienes está reducido al trabajo de guardarlos, al cuidado de darles inversion, ó al necio placer de alimentar con ellos un lujo tan ostentoso como vano. ¿Sabeis por qué se ha atribuido un precio imaginario á ciertos guijarros relucientes, y por qué se han emprendido tantas y tan fastuosas obras? Pues ha sido con objeto de que tan grandes riquezas parezcan útiles para alguna cosa.

No desconozco que á esto podrá preguntarse: el que las posee, ¿no puede servirse de ellas

para defenderse y librarse en cierto modo de los peligros, de los trabajos, de las molestias y penalidades sin número á que se hallan expuestos los pobres? pero responderé sin vacilar negativamente, siendo el mismo Salomon quien me ofrecé la respuesta: «El rico, dice, se cree muy fuerte contemplando sus inmensos bienes, pero toda su fuerza consiste en una fortaleza que ha fabricado en su imaginacion.» Se ve, pues, cuán acertadamente supone este sábio monarca, que el poder del rico es tan falso como un ensueño, ó mejor aún, como un castillo de leve humo. Sirven en efecto las riquezas para vender á sus poseedores, más bien que para rescatarlos, y no cabe duda en que es mayor el número de ricos á quienes pierden, que el número de los que salvan, lo cual debe retraernos de aspirar á una fastuosa opulencia.

¿Y no debemos contentarnos con una fortuna que se pueda adquirir honradamente, que se gaste sin apuros ni despilfarro, y que no cause una profunda pena si se pierde? No aconsejamos por esto que se afecte un desprecio filosófico por las riquezas: conviene más aprender á hacer buen uso de ellas, siguiendo el ejemplo de Rabirio Póstumo, cuyo elogio hace Ciceron en estos términos: «La naturaleza misma de los

medios que emplea para aumentar su fortuna, prueban sobradamente que al aspirar á la opulencia, no busca una presa para su avaricia, y sí un medio para dispensar su beneficencia.» Escuchemos ahora á Salomon, y guardémonos de correr tras las riquezas: «El que corre en busca de las riquezas, no permanecerá mucho tiempo inocente.»

Segun una definicion de los poetas, cuando Pluto, dios de las riquezas, es enviado por Júpiter, camina muy despacio como si fuese por una senda escabrosa; pero cuando es enviado por Pluton, corre rápidamente: alegoría cuya significacion es que las riquezas adquiridas con un trabajo honrado y laborioso llegan á paso lento, y que por el contrario, las que vienen por muerte de otro, es decir, por herencias, legados, etc., llueven ó descargan en cierto modo sobre las personas á quienes van á enriquecer. Dando á esta fábula diverso sentido y considerando á Pluton como el demonio, tambien se podrá hacer de ella una aplicacion igualmente oportuna; porque cuando las riquezas son dispensadas por el favor del infierno, se adquieren por medio del fraude y la violencia, por injusticias y manejos criminales, de tal suerte que parece que llegan corriendo.

Hay muchos medios de enriquecerse, pero son pocos los medios honrados, debiendo considerar la economía como uno de los más seguros entre los de la última especie. Sin embargo, la misma economía no es completamente intachable, porque aparta un poco del cumplimiento de los deberes que impone la filantropía y la caridad.

La perfeccion de los métodos de agricultura son el camino más expedito y natural para enriquecerse en esta profesion, y los productos que da la tierra á los hombres que saben merecerlos por su trabajo y su industria, son los dones de la madre comun de los mortales. Este camino es á la verdad un poco largo; pero cuando los hombres ya ricos dedican sus capitales al cultivo, su fortuna adquiere un rápido y prodigioso acrecentamiento. Yo conocí un lord que habia adquirido una fortuna inmensa por este medio, que tenia ganaderías de várias clases, bosques, minas de carbon, de plomo y de hierro; rentas de trigo y otros productos de esta naturaleza; de suerte que la tierra era para él una especie de segundo océano que le proporcionaba todo género de bienes. Este sugeto habia sufrido, en los principios de su fortuna, muchos afanes y trabajos para adquirir algunos recursos;

pero así que los hubo conseguido, avanzó con mucha menos dificultad hasta llegar á la más grande opulencia.

Sucede, en efecto, que cuando un hombre dispone de fondos considerables, tiene una ventaja inmensa y constante sobre los demás; puede aprovecharse de las mejores ocasiones, emplear en grande y á precios más baratos, reservar sus géneros para el tiempo en que se vendan más caros, y por último, participar de las ganancias de aquellos mismos que, teniendo menos intereses, se ven precisados á pedirle á préstamo ó á surtirse de sus almacenes: medios todos que indudablemente contribuyen á enriquecerle en poco tiempo.

Las ganancias y emolumentos de las diferentes profesiones son justas y legítimas, y las causas que pueden aumentarlas son la actividad y una reputacion de honradez adquirida con una conducta intachable. Las utilidades del comercio son de naturaleza un poco más dudosa, sobre todo cuando se obtienen abusando de la estrechez y angustia de los demás, cuando para lograr las mercancías á precio más barato se corrompen los dependientes, comisionados, etc., de los vendedores, y cuando se alejan por medios fraudulentos los concurrentes que

se hallarian dispuestos á ofrecer por los artículos un precio más crecido. Cuando los hombres de este carácter compran para revender, sobornan á los corredores para ganar de antemano por dos conceptos. Las compañías ó sociedades de comercio son tambien un medio de enriquecerse, cuando se tiene buen acierto para elegir los asociados.

La usura es uno de los medios más eficaces para adquirir fortuna; pero es tambien uno de los más inicuos: el usurero come el pan que otro gana con el sudor de su frente, y se puede decir que trabaja el domingo. Sin embargo, aunque este medio es bastante seguro, no deja de tener sus riesgos: los notarios y agentes exageran por su interés particular la fortuna del que pide el préstamo, aunque sepan que sus negocios se encuentran en muy mal estado.

El que inventa una cosa útil ó muy agradable, el primero que la presenta al público ó el que tiene privilegio para explotarla, adquiere algunas veces por estos medios una copiosa fuente de riqueza, como sucedió con el primero que hizo el azúcar en las Canarias. Así pues, cuando un hombre posee á un mismo tiempo muy buen juicio y mucho ingenio de invención, tiene en su mano un gran recurso para

enriquecerse prontamente, sobre todo si las circunstancias le son favorables. El que sólo quiere ganancias bien aseguradas, pocas veces llega á conseguir una gran fortuna, y el que es aficionado á arriesgar el todo por el todo, concluye por labrar su propia ruina.

Deben combinarse las empresas peligrosas con aquellas otras cuyas utilidades son más seguras, á fin de que estas últimas pongan en estado de soportar las pérdidas á que exponen las primeras. También se adquieren riquezas en poco tiempo valiéndose de los monopolios, ó solamente empleando en junto para surtir á los vendedores al menudeo, cuando las leyes no ponen trabas á este género de comercio; y se adquieren, sobre todo, cuando se discurre con bastante acierto, para preveer en qué tiempos y en qué lugares será mayor la demanda de la mercancía que se ha comprado.

Las riquezas adquiridas al servicio de los reyes ó de los grandes, son honrosas por sí mismas; pero cuando constituyen el precio de la adulacion y de la intriga, degradan y envilecen en vez de honrar. Sin embargo, el arte de atrapar, por decirlo así, las herencias y legados de los ricos, arte que Tácito reprende en Séneca, diciendo que parecia envolver en sus redes

á los hombres poseedores de grandes fortunas, es para enriquecerse un camino más vergonzoso aún que el anterior, y tanto más infame, cuanto que obliga á emplear la adulación con personas de un orden subalterno. No debe creerse siempre á esos sugetos que afectan despreciar las riquezas; porque los que las desprecian tan fácilmente, son por lo regular los que desesperan de poder adquirirlas y los mismos que más las estiman si alguna vez llegan á poseerlas.

Tampoco debe llevarse la economía hasta la miseria: no debe olvidarse que si las riquezas tienen alas, con las cuales algunas veces se alejan para no volver, otras veces conviene hacerlas volar á gran distancia, á fin de que vuelvan aumentadas.

Los hombres al morir dejan sus bienes á sus hijos, á sus parientes colaterales, á sus amigos ó al público. Cuando los legados de estas diversas especies no son de grandes cantidades, producen efectos más ventajosos. Una gran fortuna dejada á un heredero, es un cebo que llama á las aves de rapiña en torno suyo, no pudiendo defenderse de la voracidad con que éstas le amenazan, si no le ayudan la edad y un juicio experto y maduro. De igual modo los grandes donativos hechos al público por los que mue-

ren, y las fundaciones fastuosas que forman parte de sus disposiciones testamentarias, se parecen á los sepulcros lujosos, que á pesar de su brillante apariencia, bien pronto no encierran otra cosa que corrupcion. Así pues, no midais el valor de vuestros donativos y legados por la cantidad á que asciendan, sino por su conveniencia y por la utilidad que hayan de producir, observando en esto como en todas cosas, justas y prudentes proporciones. Por último, no difrais estos legados hasta la hora de la muerte, pues hablando con propiedad, un moribundo al disponer de lo suyo, dispone de lo que en cierto modo ya no le pertenece.



XXXV.

SOBRE LAS PROFECÍAS Y OTRAS PREDICCIONES.

Nó hablaremos en este artículo de las profecías sagradas contenidas en los libros santos, ni de los oráculos de los paganos, ni tampoco de los pronósticos naturales; sino solamente de las predicciones que han llegado á adquirir cierto renombre y cuyas causas son enteramente desconocidas. Se lee, por ejemplo, en el Antiguo Testamento, que la Pitonisa consultada por Saul le dijo: «Mañana, tú y tus hijos estareis conmigo.» En Virgilio se encuentran versos imitando á los de Homero, que dicen en sustancia: «Un día llegará en que los descendientes de Eneas reinen sobre todas las naciones del universo, prolongándose este imperio hasta los siglos más

remotos;» profecía que parece referirse al imperio romano. También se conocen estos versos de Séneca el trágico: «Alguna vez en los tiempos venideros, habrá navegantes audaces que abran un camino á través del océano, y que descubran una tierra inmensa que este mar guarda en su vasto seno: entónces aparecerá un nuevo mundo á los ojos de los mortales asombrados, y la Islandia dejará de ser el último confin del mundo conocido.» Como se ve, esta profecía parece anunciar el descubrimiento de las Américas.

La hija de Polícrates, tirano de Samos, vió en sueños á su padre bañado por Júpiter y recibiendo la unción de manos de Apolo. Sucedió en efecto, poco tiempo despues, que habiendo sido este tirano enclavado en una cruz en un lugar descubierto y con el cuerpo expuesto á un sol ardiente, se cubrió de sudor y fué en seguida bañado por la lluvia. Filipo, rey de Macedonia, soñó que habia puesto su sello sobre el vientre de su esposa; y explicándose este sueño á su manera, dedujo que era estéril; pero Aristandro, su adivino, le dijo que muy por el contrario, debía creer que su esposa estaba en cinta, fundándose en que ordinariamente no se sella sobre cosa que esté vacía. La fantasma que

apareció á Bruto en su tienda, le dijo: «Tú me volverás á ver en Filipos.» Tiberio dijo un dia á Galba: «Tú tambien, Galba, tú tambien gozarás un poco del poder soberano.»

Cuando Vespasiano estaba aún en Judea, una profecía que se extendió mucho en los países orientales, anunciaba que el que partiese de allí en direccion á la Italia, obtendria el imperio del universo: profecía que se podria aplicar al Salvador del mundo, pero que Tácito, que es el escritor que la refiere, la aplica al emperador Vespasiano. Domiciano vió en sueños la noche que precedió al dia en que fué muerto, una cabeza de oro naciendo de su cuello. Sucedió realmente que los príncipes que le siguieron hicieron renacer una nueva edad de oro. Enrique VI, rey de Inglaterra, dijo cierto dia que se lavaba las manos, señalando á un jóven caballero que le tenia el aguamanil y que reinó despues con el nombre de Enrique VII: «Este jóven será al fin el dueño de la corona que hoy nos disputamos.»

Recuerdo haber oido al doctor Pena, cuando me encontraba en Francia, que la reina madre, Catalina de Médicis, que creia en la astrología, fué en una ocasion á conocer el horóscopo de Enrique II, su esposo, dando solamente la hora del nacimiento de este príncipe y suponiéndole

otro nombre; y el astrólogo, despues de haber hecho su cálculo, respondió á la reina que su marido moriria en un duelo. Esta respuesta le hizo reir, creyendo muy seguramente que el rango elevadísimo que ocupaba su esposo lo ponía á cubierto de la desgracia que le habian presagiado. Pero el hecho fué que Enrique II pereció en un torneo, donde luchando con el conde de Montgommery, se rompió la lanza de éste, y uno de los pedazos se introdujo por la visera del rey, hiriéndole mortalmente.

Se conoce tambien esta prediccion del astrónomo Juan Müller: «El año 88 (1588) será un año memorable.» Se ha creido que este pronóstico se cumplió cuando Felipe II, rey de España, mandó contra Inglaterra aquella escuadra formidable que los españoles llamaron *armada invencible*, la mayor que jamás se habia visto en los mares, si nó por el número de los buques, á lo ménos por su fuerza. En cuanto al sueño de Cleon, se puede creer que no fué más que una broma: soñó que un dragon de una longitud prodigiosa le devoraba, y se asustó mucho con la explicacion que de este sueño le dió un tocinerero.

Las predicciones de esta especie son muy numerosas, sobre todo si se cuentan las de los

astrólogos y los sueños proféticos, y por esta causa he creído deber referirme sólo á los más conocidos y acreditados. Estas supuestas profecías deben ser todas igualmente despreciadas, y merecen clasificarse entre esos cuentos que sirven para entretener á las gentes sencillas, cuando están alrededor del fuego durante las largas noches de invierno. Pero cuando digo que deben despreciarse, quiero significar solamente que no son dignas de ningun crédito; y el cuidado que ponen ciertas personas en extenderlas y acreditarlas, merece tanto más llamar la atención del gobierno, cuanto que algunas veces han ocasionado grandes desgracias. En muchos países existen leyes muy severas, destinadas expresamente á prohibirlas y evitarlas.

No desconozco que podrá preguntárseme: ¿cómo unas predicciones tan aventuradas se han podido acreditar? Esto se puede atribuir á tres causas: 1.º Cuando el acontecimiento verificado es conforme al pronóstico, los hombres observan esta conformidad; pero en el caso contrario, pasa desapercibida la falsedad del presagio.—2.º Ocurre con frecuencia, que conjeturas probables ú oscuras tradiciones, se convierten en profecías despues que se cumplen casualmente, y seducido el hombre por una afición

innata á todo lo que le ofrece algun misterio, y por un vivo deseo de conocer el porvenir, se imagina con mucha facilidad que puede predecir atrevidamente lo que sólo le es permitido conjeturar: explicacion que puede aplicarse á los versos proféticos de Séneca el trágico, puesto que las tierras conocidas en su tiempo constituian una pequeña parte de la superficie del globo, y en vista de esto era fácil presumir que existiesen más allá del Océano Atlántico comarcas de una grande extensión; y siendo, por otra parte, completamente improbable que un espacio tan dilatado no fuese mas que un mar sin continente y sin islas, y estando además apoyado este razonamiento por la antigua tradicion que se encuentra en el Timeo de Platon y por lo que dice de la Atlantida, pudo muy bien atreverse el poeta á convertir la conjetura en profecía.—3.ª La principal y última causa está en que la mayor parte de estas predicciones, cuyo número es infinito y que son el fruto de la impostura ó de la locura, han sido hechas sobre datos seguros.



XXXVI.

DE LA AMBICION.

•

La ambicion es una pasion cuyos efectos son muy semejantes á los de la bilis; pues se sabe que cuando este humor funciona sin obstáculo, hace á los hombres activos, ardientes y emprendedores, mientras que cuando se siente detenido se vuelve maligno y venenoso, siendo esto mismo lo que sucede con la ambicion.

En tanto que un ambicioso encuentra expedita la senda por donde puede elevarse y adelantar en su carrera, es más inquieto y ruidoso que temible; pero si sus deseos encuentran obstáculos insuperables, un descontento secreto que le mortifica le hace mirar con malos ojos á los hombres y los negocios, y no se satisface

sino que cuando todo marcha desastrosamente, lo cual constituye la más criminal y peligrosa de cuantas disposiciones puede tener un hombre consagrado al servicio del príncipe ó del Estado. Así pues, siempre que un príncipe se crea en la necesidad de servirse de un ambicioso, debe emplearlo y dispensarle las recompensas, de modo que nunca deje de adelantar algo. Pero como este movimiento siempre progresivo en un sugeto, expone al monarca á muchos inconvenientes, acaso sea mejor no emplear de una manera directa á hombres de este carácter; porque si sus servicios no le hacen prosperar, se conducirá de suerte que caigan con él y se inutilicen al mismo tiempo.

Como hemos dicho que el príncipe no debe valerse de hombres ambiciosos sino que en los casos de muy urgente é imperiosa necesidad, convendrá que señalemos aquellos en que pueden ser necesarios. Para el mando de los ejércitos es preciso escoger á los hombres más hábiles en las artes de la guerra, sin reparar si son ó no ambiciosos. Los servicios de esta especie se hacen tan necesarios, que compensan todos los otros inconvenientes, y querer privar á un militar de su ambicion, sería querer arrebatarle sus esperanzas. Un príncipe puede convertir á

un ambicioso en una especie de peto ó broquel para defenderse de los golpes de la envidia y de otras clases de peligros: ¿quién se acomodaría á desempeñar este papel tan comprometido sino que el ambicioso, semejante á un jugador inexperto que cada vez compromete más su suerte sin conocer lo que se trama á su alrededor? También puede servir un hombre de esta clase para abatir á otro que se eleve demasiado, como Tiberio empleó á Macron para abatir á Seyano.

Así pues, los ambiciosos pueden ser útiles en los casos que acabamos de indicar, quedando aún por decir cómo se les puede reprimir y emplear de suerte que no haya nada que temer de ellos. Un ambicioso es ménos temible cuando pertenece á una clase modesta, que cuando junta á sus demás ventajas la de un nacimiento ilustre: lo mismo sucede cuando tiene unas maneras bruscas, inciviles y descorteses, en vez de ser afable, simpático y popular. También ofrecerá ménos peligros cuando su elevación es aún reciente, que cuando habiendo encanecido en los puestos honrosos que ocupa, parece que ha echado en ellos profundas raíces.

Comunmente se considera como una debilidad el que un príncipe tenga un favorito. No

soy enteramente de este parecer, y eso mismo que otros censuran, lo miro por el contrario como el mejor remedio para contener la ambicion de los grandes; porque cuando el favor ó la desgracia dependen de un privado, no hay miedo de que nadie se eleve demasiado. Un método no ménos seguro para enfrenar á un ambicioso, consiste en oponerle una persona que tambien lo sea para que de este modo se contrabalanceen. Pero en este caso es necesario tener otro sugeto de un carácter moderado y conciliador, para mantener el equilibrio entre ambos y evitar las discusiones y desavenencias, pues sin esta especie de lastre, la nave correria demasiado y estaria expuesta á zozobrar. El principe puede tambien proteger y alentar á algun individuo de un órden inferior, que le servirá como de látigo para corregir de vez en cuando á los ambiciosos. En cuanto al medio que consiste en hacerles entrever una ruina ó desgracia próxima, concedemos que podrá ser bastante para enfrenarlos cuando son de carácter tímido; pero este recurso será muy peligroso si se trata de un hombre audaz y emprendedor, y léjos de servir para contenerle, podrá inducirle á precipitar la ejecucion de sus designios.

Hablando ahora de los medios de abatirlos, cuando la necesidad de los asuntos lo exige y cuando no se puede hacer todo de un solo golpe, diremos que la conducta más oportuna que con ellos puede seguirse, es entremezclar de tal modo los favores y los reveses, que no puedan figurarse cabalmente lo que deban aguardar ó temer, y se encuentren como perdidos y desorientados en un laberinto. Una noble ambicion que tenga por origen el deseo de distinguirse llevando á término grandes empresas, es desde luego ménos peligrosa que la de un hombre lleno de pretensiones, que aspirando á sobresalir en todo, no hay nada en que no se quiera mezclar: esta especie de ambicion es una fuente de confusion y de desórdenes.

Sin embargo, un ambicioso que de todo se ocupa por sí mismo, por más activo que sea, es ménos temible que el que llega á hacerse poderoso por el gran número de sus favorecidos y de las personas que de él dependen. El hombre que desea ocupar el primer puesto entre los más hábiles y eminentes, se impone una penosa tarea que no podrá cumplir sin hacerse verdaderamente útil á su patria.

Los hombres se pueden proponer la consecucion de tres especies de ventajas: la de poder

hacer el bien; la de poder aproximarse al príncipe y á los grandes, y la de aumentar su reputacion y su fortuna. El individuo que sólo aspira á la primera, es honrado y virtuoso, y la verdadera sabiduría de un príncipe consiste en saber distinguir entre todos los que le sirven, á los que obran movidos por tan laudable estímulo. Así pues, los príncipes y los gobiernos deben preferir para los empleos públicos, á los sujetos que cuidan más de desempeñar bien sus obligaciones que de elevarse, y á los que cuando se encargan de los negocios los toman como cosa propia, aspirando más á la satisfaccion de su conciencia, que á obtener resultados brillantes. Por último, no se debe confundir á un hombre intrigante con otro cuya actividad tiene por estímulo el deseo de practicar el bien.



XXXVII.

DEL CARÁCTER NATURAL EN LOS HOMBRES.

El carácter natural se encubre ó disfraza con frecuencia, algunas veces se domina, y casi nunca se muda por completo. Cuando se le violenta, vuelve con mayor energía así que de nuevo logra la ventaja. La instrucción y los buenos preceptos pueden moderar su impetuosidad; pero solamente los hábitos tienen el poder de domarlo y cambiarlo.

El que quiere acostumbrarse á vencer su carácter natural, no debe imponerse una tarea demasiado grande ni demasiado pequeña: en el primer caso se desanimaría de ver que sus esfuerzos eran impotentes, y en el segundo no adelantaría bastante en su empresa, aunque

con frecuencia obtuviese algun buen resultado. Al principio y para hacer el trabajo ménos penoso, conviene buscar alguna ayuda, de igual modo que una persona que aprende á nadar se vale de vejigas llenas de aire para sostenerse más fácilmente sobre el agua; pero al cabo de algun tiempo, deben aumentarse á propósito las dificultades ejercitándose por el sistema de los bailarines, que para adquirir mayor agilidad usan durante su aprendizaje unos zapatos muy pesados, conociendo sin duda que cuando los ensayos son más difíciles que las ocupaciones ordinarias, y por decirlo así obligatorias, éstas se perfeccionan más pronto y se practican con más soltura.

Cuando por ser el carácter natural muy fuerte y enérgico es más difícil la victoria, es necesario ir ganándola poco á poco y como por grados. He aquí en qué consiste esta gradación: 1.º Es preciso tratar de reprimir del todo el carácter natural durante un cierto tiempo, imitando el ejemplo del que así que se siente agitado por la cólera, pronuncia las veinte y cuatro letras del alfabeto ántes de resolverse á hacer las cosas.—2.º Es preciso moderarse poco á poco y ganando terreno paulatinamente, como lo haria una persona que queriendo per-

der la costumbre de beber vino, empezase á tomar dos copas en lugar de tres, despues una en lugar de dos, y que redujese en seguida la porcion á medias copas y más tarde á copas pequeñas, hasta abstenerse completamente del uso de este licor.—3.º Deberá, por último, dominarse del todo el carácter natural sin hacerle ninguna concesion, ó haciéndole alguna muy pequeña.

Pero sin embargo de lo dicho, si se tiene bastante constancia y fuerza de voluntad para sacudir de una sola vez la tiranía del carácter, esto será lo preferible. El hombre cuya alma ha recobrado una completa libertad, es el que despues de haber sabido romper todas las ataduras que le sujetaban, ha cesado de sentir la violencia que ántes necesitaba para contenerse.

No debe despreciarse aquella antigua regla, que prescribe plegar el genio y el espíritu en sentido contrario al carácter natural para corregirlo más fácilmente, á la manera que se dobla un baston en sentido contrario á su curva para enderezarlo; pero este precepto debe observarse únicamente en el caso de que este extremo opuesto no sea por sí mismo un vicio.

Cuando os hayais empeñado en adquirir un nuevo hábito, no lo hagais con un esfuerzo de-

masiado continuo, y tomad de vez en cuando algun descanso. La interrupcion y algun reposo reaniman el vigor y dan ánimo para proseguir la tarea, sin contar con que una persona que todavía no se halla bastante perfeccionada en la cosa que practica sin interrupcion, contrae el hábito de los defectos lo mismo que el de las perfecciones, siendo el más seguro remedio para este inconveniente, el suspender á propósito el ejercicio que se practica. Sin embargo, no hay que fiarse mucho de cualquier victoria conseguida sobre el carácter natural: podrá permanecer mucho tiempo oculto; pero en la primera ocasion propicia que se le presente volverá de nuevo á aparecer: así lo atestigua aquella gata de que habla Esopo en una de sus fábulas, que habiendo sido convertida en mujer, se mantuvo decentemente colocada á la mesa, hasta el momento en que vió correr un raton. Evitad, pues, estas ocasiones, ó tratad de acostumbraros á ellas para que no os puedan impresionar.

El carácter natural de un individuo se manifiesta de una manera clara y desembozada en la vida privada y en las relaciones íntimas, porque no habiendo ninguna causa para disfrazarlo, se muestra sin disimulacion. Tam-

bien se descubre al sentir emociones violentas que hacen olvidar todas las reglas y precauciones, y en una situación nueva é imprevista en que los hábitos nos abandonan.

¡Dichoso el mortal cuya profesion se armoniza con su carácter! en el caso contrario podría decir: «Mi alma ha estado largo tiempo fuera de su morada.» Y en efecto, ¿qué vida más insoportable que la de un hombre que perpetuamente se halla ocupado en cosas á que no tiene aficion? Por lo que mira á los estudios, conviene tener horas fijas para dedicarlas á aquellos á que naturalmente no somos inclinados; y respeto de los que son de nuestro gusto, no hay que inquietarse en destinarles horas señaladas: nuestro pensamiento se inclinará hácia ellos sin que haya que estimularlo, pudiendo reservarles el tiempo que no reclamen los asuntos y los estudios ménos agradables, aunque más útiles y necesarios.

La naturaleza ha sembrado, por decirlo así, en nuestra alma semillas buenas y malas. Empleemos, pues, nuestra vida toda en cultivar las primeras y extirpar las segundas.



XXXVIII.

DE LOS HÁBITOS Y DE LA EDUCACION.

Los pensamientos de los hombres dependen de sus inclinaciones y de sus gustos; sus discursos dependen de sus luces; de los maestros que han tenido y de las opiniones que han abrazado; pero sus acciones se determinan solamente por sus hábitos, como lo observa Maquiavelo, aunque aplicando esta observacion á un caso de muy odiosa naturaleza.

— Tratándose de ejecutar, es necesario no fiarse de la energía del carácter ni de las más envidadas promesas, si todo ello no está fortalecido y como sancionado por los hábitos. «Por ejemplo, dice el autor citado, para verificar un atentado peligroso y comprometido, ya sea de

conspiracion , ya de cualquiera otra especie, no os fieis de la ferocidad natural del individuo ni de la audacia con que lo emprende, sino de un hombre que ya tenga templadas sus manos al calor de la sangre.» Esto es cierto, pero tambien lo es que Maquiavelo no habia oido hablar del monge Jacobo Clemente , ni de Ravailac, ni de Jáureguy, ni de Baltasar Gerardo, ni de Guido Faux. Sin embargo de estas excepciones es su regla muy segura, siendo indudable que el carácter natural y los más sagrados compromisos, no tienen tanto poder como los hábitos.

Solamente el fanatismo puede rivalizar con ellos , habiendo hecho en nuestros dias tan grandes progresos, que los asesinos cuyo brazo ha armado por primera vez, no han cedido en firmeza y seguridad á los criminales más endurecidos: de igual modo, las resoluciones dictadas por la supersticion tienen para todo acto sangriento la misma fuerza que los hábitos; pero en todos los demás casos, la preponderancia y ventaja de los hábitos son bien claras y manifiestas. ¡Oh! ¿quién podrá dudar de su poder, cuando se ve á los hombres que despues de tantas promesas, de tantas protestas, de compromisos formales, de palabras empeñadas, hacen y repi-

ten precisamente lo mismo que otras veces han hecho, como si fuesen autómatas ó máquinas movidas sólo por el resorte de los hábitos? He aquí algunos ejemplos de su poder tiránico.

Hay indios, y entiéndase que sólo hablamos de los gimnosofistas, que se sientan tranquilamente sobre una hoguera y se sacrifican abrasados. Se ve también á las viudas disputarse el honor de ser quemadas con los cadáveres de sus esposos. Los jóvenes de Esparta se dejaban azotar sobre los altares de Diana hasta que su piel brotaba sangre, sin exhalar una sola queja. Recuerdo que en el principio del reinado de la reina Isabel, un rebelde de Irlanda que había sido condenado á la última pena, hizo presentar un memorial para obtener la gracia de ser ahorcado con una cuerda de mimbres torcidos, y no con una ordinaria, por ser ésta, según decía, la costumbre de su país. En la Moscovia hay monges que, durante el invierno, se imponen la penitencia de meterse en el agua y permanecer en ella hasta que se hiela en su alrededor. Una vez que tal es el poder de los hábitos, tratemos de adquirir solamente los buenos.

Los hábitos contraídos en la niñez son sin disputa los más dominantes. Lo que llamamos educación, no es en el fondo otra cosa que há-

bitos adquiridos en la infancia. Se sabe, por ejemplo, que los niños y los jóvenes aprenden las lenguas más fácilmente que los adultos; y esto consiste en que en las dos primeras edades la lengua es más dócil y se presta más fácilmente á los movimientos que exige la formación de los sonidos articulados. Por la misma razón, teniendo más soltura y docilidad los miembros durante el período de la juventud, el cuerpo de los jóvenes se acostumbra con menos inconvenientes á toda clase de ejercicios y movimientos, mientras que los que empiezan más tarde encuentran mucho más trabajo para vencer las dificultades que se les presentan. Hay, sin embargo, que exceptuar á algunos individuos, que tienen cuidado de dejar su alma abierta á las nuevas impresiones, sin contraer ningun hábito de que no puedan deshacerse, á fin de estar siempre en disposición de perfeccionarse.

Pero si los hábitos tienen tanto dominio sobre los individuos aislados, tienen también un gran poder sobre los que se hallan reunidos en colectividad, como en un ejército, en un colegio, en un convento, etc. En este último caso, el ejemplo instruye y dirige, el trato con los demás sostiene y fortifica, la emulación des-

pierta y aguijonea, y los honores y recompensas elevan el ánimo: de suerte que en estas corporaciones, los hábitos adquieren el máximum de su fuerza. La experiéncia prueba sobradamente que la multiplicacion de las virtudes en nuestra especie, es el efecto de sábios institutos gobernados por una juiciosa disciplina, y de otras asociaciones bien ordenadas y dirigidas. Se observa que las repúblicas, y en general los buenos gobiernos, alimentan las virtudes ya nacidas, pero rara vez saben sembrar la semilla de otras nuevas y hacerla germinar. La dificultad consiste hoy dia en que los medios más eficaces se aplican á fines poco dignos del hombre.



XXXIX.

DE LA FORTUNA.

No se puede dudar que hay muchas causas puramente accidentales que pueden conducir á los hombres muy rápidamente hácia la fortuna, tales como el favor de los grandes, una casualidad dichosa, la muerte de otros individuos, ó sean las herencias, y las ocasiones favorables á las virtudes ó talentos que nos son propios; pero lo más frecuente es que la suerte de cada hombre esté en su manos, como lo ha dicho un poeta en esta frase: «Cada cual es el autor de su fortuna.»

Mas para designar con mayor precision la principal y más poderosa de las causas que hemos enumerado, diremos, aunque parezca mu-

cho atrevimiento, que la necedad y descuidos de unos hacen la fortuna de otros. Prueba, en efecto, la experiencia que el medio más rápido y seguro para prosperar, es estar siempre dispuesto á aprovecharse de las faltas y desaciertos de los extraños. Una serpiente no se convierte en dragon hasta que ha devorado á otra serpiente.

Las virtudes brillantes y de grande apariencia, sólo procuran elogios á quien las posee; pero hay virtudes secretas y escondidas que contribuyen más á nuestra fortuna: á esta especie pertenece una cierta manera delicada y fácil de hacerse valer, que los españoles expresan en parte por medio de la palabra *desenvoltura*; lo cual significa que para buscar la suerte hay que tener, en vez de un carácter áspero y difícil, un genio dócil; versátil y siempre dispuesto á volverse con la rueda caprichosa de la fortuna. Queriendo dar Tito Libio una justa idea de Caton el Censor, se expresa así: «El vigor de alma y de cuerpo llegan á tal punto en este hombre, que en cualquier país que hubiese nacido habria hecho su fortuna;» y despues añade: «Tenia un carácter acomodaticio y versátil.»

Por poco perspicaz que un hombre tenga la

vista para mirar en torno suyo, tarde ó temprano descubrirá esa fortuna de que hablamos; porque si puede haber hombres ciegos, ella no es nunca invisible. El camino para conseguirla es semejante á la vía láctea; es una reunion de estrellas pequeñas, cada una de las cuales pasaria desapercibida si estuviese separada de las demás, pero que hallándose juntas despiden una luz bastante viva; y para expresarnos sin este sentido figurado, diremos que dicho camino consiste en un conjunto de facultades y de hábitos, de talentos y virtudes apénas perceptibles.

Entre las cualidades necesarias para hacer fortuna, los italianos indican algunas de cuya verdad no puede dudarse. Segun ellos, para que un hombre posea todas las condiciones que se requieren, y para que cuente con la seguridad de llegar al logro de sus deseos sobre este particular, es indispensable que tenga *un poco di matto*, es decir, una vena de loco. En efecto, hay dos calidades esenciales para abrirse paso en el camino de la fortuna: la primera es esa vena de loco, y la otra no ser demasiado honrado. Así vemos que los que se consagran únicamente á su patria y á su soberano, obtienen rara vez grandes beneficios; porque mien-

tras un hombre aparta sus miradas de sí mismo y las dirige á un asunto extraño, pierde el camino que lo conducia hácia el objeto de su propio interés. Una prosperidad rápida hace á los hombres presuntuosos, inquietos, y usando de una expresion francesa (*remuant*), atrevidos y traviosos; pero una fortuna adquirida con el trabajo y la perseverancia, les aumenta su habilidad y sus buenas cualidades.

La fortuna merece nuestros respetos y homenajes, aunque sólo sea por consideracion á sus dos hijas, la confianza y la reputacion, pues tales son los dos efectos que producen los resultados felices, el uno en nosotros mismos, y el otro en las personas con quienes vivimos y en su conducta respecto de nosotros.

Los hombres prudentes, para ponerse á cubierto de la envidia á que están expuestos por sus talentos y virtudes, atribuyen el suceso de sus negocios á la fortuna ó á la divina Providencia. Por este medio disfrutan en paz de su prosperidad, á lo que tambien se añade que un personaje ilustre da más alta idea de sí mismo cuando puede persuadir que un poder superior vela por sus destinos. Con esta idea dijo César á un piloto en una tempestad: «Nada temas, amigo mio, llevas á César y su fortuna;» y con

la misma prefirió Sila la calificación de afortunado á la de grande. Se observa tambien que los que han tenido la presuncion de atribuir los buenos resultados de sus empresas á su prudencia y á sus propias disposiciones, han concluido por ser muy desgraciados; observacion que se comprueba en lo que sucedió al ateniense Timoteo. En una arenga donde daba cuenta de sus operaciones militares ante la asamblea del pueblo, repitió muchas veces estas palabras: «Observad, atenienses, que en esto no ha tenido ninguna parte la fortuna;» y despues de esta época no pudo realizar felizmente ninguna de las empresas que intentó.

Entre las personas que logran resultados ventajosos, hay algunas cuya fortuna se parece á los versos de Homero, que son más fáciles y fluidos que los de los demás poetas, como lo observa Plutarco en la vida de Timoleon, al comparar la fortuna de éste con la de Agesilao y Epaminondas.



XL.

DE LA USURA.

Muchos escritores ingeniosos han atacado á la usura y á los usureros. «¿Qué cosa más odiosa, dicen los unos, que dar al diablo el diezmo que pertenece á Dios?»—«El usurero, dicen otros, es el más indigno profanador de los días de fiesta y trabaja hasta en el domingo.» Algunos añaden que la usura es el zángano de que habla Virgilio cuando dice: «Las abejas trabajan el panal, mientras los zánganos están ociosos.» Los hay que suponen que el usurero infringe la primera ley que Dios impuso al hombre después que éste hubo caído de su gracia, la cual está concebida en estos términos: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente,» y no con el

sudor de la frente de otro. Algunos quieren aún que los usureros gasten gorro amarillo, puesto que lo que hacen no es otra cosa que judaizar; y en fin, dicen otros que aspirar á que la plata produzca plata, es buscar una ganancia contraria á la naturaleza.

En cuanto á mí, todo lo más que me permitiré decir sobre una cuestion tan debatida, está reducido á que la usura es una de esas concesiones hechas á la dureza del corazon humano, y un abuso que es preciso tolerar, en atencion á que los préstamos son necesarios á cada instante, y á que la mayoría de los hombres son demasiado interesados para hacerlos sin ganancias.

Algunos autores han imaginado llenar este objeto estableciendo bancos nacionales, que ántes de hacer sus operaciones se asegurasen del estado de la fortuna del que solicita el préstamo, indicando para este fin medios ingeniosos y sutiles, y por consiguiente inseguros; pero pocos han sido los que han suministrado luces verdaderamente útiles sobre la cuestion de la usura. Es, pues, indispensable presentar una especie de cuadro donde consten sus ventajas é inconvenientes, á fin de que se pueda distinguir lo bueno de lo malo, para procurar lo pri-

mero y poner remedio á lo segundo; pero cuidando sobre todo de no incurrir por equivocacion en aquello mismo de que queremos apartarnos.

Inconvenientes de la usura.—1.º Disminuye el número de los comerciantes; porque si el dinero no estuviese desperdiciado en este vil agiotaje que lo hace estéril, estaria invertido en mercancías, haciendo fructificar el comercio, que es la principal arteria del cuerpo político, ó el canal que sirve para la importacion de las riquezas.

2.º La usura empobrece tambien á los comerciantes, pues así como un arrendatario no puede hacer grandes adelantos en su industria agricola, ni obtener un producto considerable de la tierra que labra cuando está obligado á pagar una renta muy crecida, así un mercader no puede hacer su comercio con tanto desahogo, ni obtener tantos rendimientos, cuando se ve precisado á buscar el capital que necesita á un interés excesivo. El tercer inconveniente, que es una consecuencia de los dos primeros, consiste en la disminucion de la renta de las aduanas, que tiene necesariamente su flujo y reflujo, que corresponden y se acomodan á los del comercio.

4.º La usura concentra y amontona los capitales de una nacion en las manos de un pequeño número de personas; porque siendo seguras las ganancias del prestamista y muy inciertas las del negociante, ora comercie con sus propios fondos, ora con fondos tomados á préstamo, claro está que ántes ó despues, el resultado del juego será que todo el dinero quede en manos del que maneja los naipes. Además de lo dicho, la experiencia demuestra que un Estado es siempre más floreciente, cuando los capitales están más igualmente distribuidos.

5.º La usura hace bajar el precio de las tierras y demás propiedades inmuebles, pues sucede con mucha frecuencia, que casi todo el dinero que se encuentra empleado en el comercio y la industria agrícola, lo distrae la usura llamando hácia sí los capitales.

6.º Apartando á los ciudadanos del trabajo en que se ocupan, hace que languidezcan las industrias y disminuye el número de invenciones útiles que tienden á la perfeccion de las artes: obstruye tambien todos los caminos que el capital seguiria naturalmente para fructificar, si no fuese absorbido por este abismo, donde permanece estancado.

7.º La usura es una especie de sanguijuela

que chupa continuamente la sangre más pura de una infinidad de particulares, y que al fin los consume, extenuando al mismo tiempo al Estado.*

Ventajas de la usura.—1.º Aunque la usura sea perjudicial al comercio bajo cierto punto de vista, le es útil en otro concepto: se sabe que la mayor parte del comercio se hace por negociantes jóvenes aún ó no muy ricos en general, que casi siempre tienen necesidad de pedir dinero prestado á réditos; de suerte que si el prestamista retirase ó retuviese sus capitales, resultaría una paralización en el comercio.

2.º Si se quitase á los particulares la comodidad de procurarse dinero á interés para hacer frente á sus apremiantes necesidades, no tardarían mucho en verse reducidos al mayor apuro y obligados á malbaratar sus bienes, tanto muebles como inmuebles, y por consiguiente se les habria apartado de un mal deplorable para entregarlos á otro más grande aún; pues la usura no hace más que minarlos poco á poco, mientras que en el caso que hemos supuesto quedarían arruinados de un solo golpe. Las hipotecas no remedian este mal; porque los que prestan con ellas exigen también que se les

abonen intereses, y si no se les reembolsa el día señalado para el pago, proceden con todo rigor y no tienen escrúpulo en quedarse con la finca que tenían en garantía. Recuerdo lo que á este propósito decia un aldeano muy rico y muy codicioso: «¡Malditos sean los usureros! exclamaba, ellos recogen toda la utilidad que sacamos de los adelantos hechos á cuenta de salarios, cuando no podemos cumplir nuestros compromisos.»

En cuanto á la tercera y última ventaja de la usura, diremos que es una esperanza quimérica la de que se puedan imaginar alguna vez disposiciones cuyo objeto sea hacer más frecuentes los préstamos sin interés; y de atreverse á prohibir á los prestamistas que cobrasen réditos por su dinero, resultarían una infinidad de serios inconvenientes. Así pues, no se piense en abolir legalmente la usura, pues todos los gobiernos, tanto monárquicos como republicanos, la han tolerado, unas veces fijando el tipo del interés, otras adoptando otras medidas. Semejante idea debe enviarse al catálogo de las utopías.

Hablemos ahora de la manera de arreglar y moderar la usura, ó lo que es lo mismo, de los medios con cuya ayuda pueden evitarse sus

inconvenientes, sin perder sus ventajas. Creo que en combinando juiciosamente los unos con las otras, no será imposible asegurar las principales de estas últimas. Uno de dichos medios es limarle los dientes para que no pueda morder tanto á pesar de su voracidad, y otro consiste en proporcionar á los capitalistas facilidad y seguridades que les induzcan á prestar su dinero á los negociantes, lo cual contribuiría mucho al fomento y desarrollo del comercio. Este doble objeto no puede lograrse sino que fijando dos tasas diferentes para el interés del dinero, la una más alta que la otra; porque si no se estableciese mas que una un poco baja, esta disposición aliviaria á los deudores, pero los comerciantes tendrian mucha dificultad en encontrar dinero, siendo cierto además que esta profesion es la más lucrativa de todas, por cuyo motivo puede sufrir una tasa más elevada.

He aquí lo que conviene hacer para reunir y conciliar todas las ventajas de que hemos hablado: que haya, como dejamos dicho, dos tasas diferentes, la una para la usura libre y permitida á todos los ciudadalos sin excepcion, y la otra para la usura permitida solamente á ciertas personas y en ciertos lugares donde haya un gran comercio: que la primera sea de

un 5 por 100; que se haga pública por medio de un edicto y una declaracion donde se consigne que los préstamos á este interés son libres para todo el mundo, y en consecuencia, que el gobierno del monarca ó de la república prometa no exigir multa ninguna á los que se contenten con ese módico beneficio: de este modo los préstamos serán más fáciles de obtener y procurarán un grande alivio á los labradores. Estas mismas disposiciones tambien contribuirán mucho á subir el precio, ó sea á aumentar el valor relativo de las fincas rústicas; porque siendo la renta actualmente en Inglaterra de un 6 por 100, excederá á la tasa del interés del dinero, que sólo se eleva á un 5. Otro efecto de estas medidas será el movimiento y desarrollo que tomasen las demás industrias y todas las artes, tendiendo á la perfeccion de las cosas útiles; porque entónces el mayor número de los que dispongan de fondos, y especialmente los acostumbrados á obtener grandes beneficios, preferirán emplearlos de esta manera, á fin de proporcionarse una ganancia superior al interés establecido por la ley.

Además de esto, deberá permitirse á determinadas personas, como ya hemos indicado, prestar dinero á los comerciantes á un interés

más alto que el que fija la primera tasa y con las condiciones siguientes: 1.ª Que el interés, aún para estos mismos comerciantes á que nos referimos, sea un poco más bajo que el que pagaban ántes. Con esta doble disposicion, todos los deudores, ya sean ó no mercaderes, tendrán un cierto alivio, debiéndose comprender que estos préstamos no se harán por medio de un banco ni ningun otro sistema de fondos públicos, sino que muy por el contrario, cada cual quedará dueño de manejar su dinero sin intervencion de nadie. Y no se crea que digo esto porque desapruébe enteramente los bancos, sino porque es muy difícil que inspiren confianza al público.—2.ª Que el gobierno del soberano ó de la república exija alguna contribucion por los permisos ó autorizaciones que conceda, y que el resto del beneficio quede todo á favor del prestamista. Si este derecho que se imponga gravará poco el interés, no bastará para desanimarlo; porque la persona que prestaba ántes, por ejemplo, á un nueve ó diez por ciento, se conformará con el ocho, más-bien que abandonar su especulacion y dejar ganancias seguras por otras eventuales.

El número de los permisos para prestar, no debe limitarse; pero sólo deben concederse en

las ciudades donde el comercio se halle floreciente. De este modo los prestamistas no podrán abusar de su autorizacion para prestar el dinero ageno obtenido á más bajo precio; y la tasa de nueve por ciento fijada para los que tengan permisos particulares, no impedirá los préstamos verificados con arreglo á la tasa inferior de cinco por ciento, puesto que nadie gusta de emplear su capital muy léjos de su residencia ni de confiarle á manos desconocidas.

Si se me objetase que lo que acabo de decir autoriza en cierto modo la usura, y que además la permite sólo en determinados lugares, responderia que es mucho mejor permitir una usura franca y declarada, que sufrir todos los estragos que ocasiona cuando se ejerce secretamente, por la connivencia de los que la hacen con los que tienen necesidad de los préstamos, ó porque los que están obligados á castigarla la favorecen.



XLI.

DE LA JUVENTUD Y LA VEJEZ.

Un hombre puede ser j6ven por su edad, y viejo por el buen empleo que haya hecho de sus a6os; pero esto acontece muy rara vez. Hablando en general, la juventud es como los primeros pensamientos, que son ordinariamente menos juiciosos que los que se tienen despues, siendo una verdad que los pensamientos tienen tambien su juventud como los individuos.

La juventud es naturalmente m6s ingeniosa que la vejez, y m6s fecunda en concepciones sublimes, que parecen algunas veces inspiraciones divinas.

Los hombres que tienen un alma de fuego agitada con frecuencia por violentos deseos, no

adquieren madurez para obrar, hasta que han pasado el verano de la vida. Tales fueron Julio César y Séptimo Severo: la juventud de este último fué, segun dicen los historiadores, una cadena de extravíos, y en ella se vió agitado por pasiones violentísimas y casi furiosas, sin que esto impidiera que fuese despues uno de los hombres más dignos de la suprema autoridad.

Una persona de un carácter más pacífico, más sereno y más templado, puede distinguirse y hacer grandes cosas desde su juventud, de lo cual tenemos ejemplos en Augusto, Cosme de Médicis, Gaston de Foix y algunos otros.

Un hombre de edad madura que conserva el fuego y la vivacidad de la juventud, es muy á propósito para los negocios. La juventud es más apta para la invención que para las cosas que requieren el juicio maduro y el razonamiento severo; más para la ejecución que para las deliberaciones; y más tambien para los nuevos proyectos que para las cosas ya establecidas. La experiencia de las personas de edad madura es para ellas un guia muy seguro en todos los casos en que esta experiencia puede aplicarse; pero en los casos nuevos suele engañarlas, y casi siempre concluye por extravaiarlas ó detenerlas en su camino.

Los errores de los jóvenes arruinan por regla general los negocios; los de los viejos los perjudican también, y las más veces no logran el objeto por no hacer lo suficiente ó por no hacerlo con presteza. Los jóvenes abrazan más de lo que permite la fuerza de sus brazos; saben producir movimientos que después no pueden detener, y vuelan hacia el fin sin pararse en la necesidad de pesar, de escoger, de moderar y de graduar los medios: siguen ciegamente un pequeño número de principios atrevidos, y se precipitan hacia aquello que les llama la atención por su novedad, de donde nacen inconvenientes que no saben preveer y evitar. Intentan los remedios extremos desde el principio, y lo que empeora y aumenta todas sus faltas, es que no quieren nunca convenir ni trabajar en repararlas, semejantes á un caballo fogoso que se niega á volverse y á detenerse.

Los viejos, por el contrario, presentan demasiadas objeciones, pierden mucho tiempo en deliberar, no tienen atrevimiento suficiente, vacilan y se arrepienten ántes de haberse equivocado, rara vez llegan hasta el fin, y se contentan casi siempre con un resultado incompleto.

Un medio aconsejado por la prudencia sería

combinar reunidas las dos edades: mediante esta combinacion, las virtudes y los talentos propios de cada una de ellas, remediarian por el momento los vicios y defectos peculiares de la otra, y en el porvenir, los jóvenes habrian aprendido á desempeñar mejor sus papeles, cuando los viejos todavía podrian ser actores. Por último, esta juiciosa combinacion produciria tambien otros buenos efectos; porque si es verdad que la vejez goza de autoridad, no lo es ménos que la juventud inspira mayores simpatías.

En los jóvenes es más estimada la moralidad, sin duda porque no tienen como los viejos para conservarla, el recurso de la prudencia y la política. Cierta rabino fijaba su atencion en el texto de la Sagrada Escritura, que dice: «Vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos sólo tendrán sueños;» é inferia que los jóvenes eran preferidos á los viejos por la Divinidad, en razon, segun él aseguraba, de que una vision es una revelacion más clara y manifiesta que un sueño.

Cuanto más se ha vivido en este mundo, más cantidad de veneno se ha comunicado al alma, pues la vejez sirve para perfeccionar las facultades intelectuales, más bien que para rec-

tificar los deseos de la voluntad. Ciertos talentos que maduran ántes de tiempo, pierden muy pronto toda su sávia: á éstos pertenecen los que por ser demasiado agudos ó sutiles se gastan fácilmente. Tal fué el del retórico Hermógenes, que despues de haber compuesto libros de una excesiva sutileza de pensamientos, cayó muy temprano en una especie de imbecilidad. Tambien se pueden comprender en la misma clase á los que tienen facultades y disposiciones más propias de la juventud que de la edad madura, como una elocuencia fácil, abundante y florida: esta es una observacion que hace Ciceron respecto al estilo oratorio de Hortensio: «Permaneció siempre el mismo; pero las mismas cosas no le convenian siempre.» Otro tanto puede decirse de los que tomando en el principio un vuelo, por demás elevado, se encuentran en seguida como oprimidos por el peso de su propia grandeza: un ejemplo de estos nos ofrecé Escipion el Africano, del cual dice Titó Livio, que «sus últimos años no correspondieron á los primeros de su vida.»

XLII.

DE LA BELLEZA.

La virtud se asemeja á un brillante, que tiene más vista cuando está montado con elegancia y sencillez que cuando está recargado de adornos, y aparece también mucho mejor en una persona que tenga cierto aire de respetable dignidad, más bien que una belleza afeeminada que agrada solamente á los ojos.

Rara vez las personas de mucha hermosura reúnen un mérito trascendental. Parece que al formarlas ha tenido la naturaleza más cuidado de hacer un todo regular que un conjunto de una sublime perfección. Se observa que se encuentran libres de defectos más frecuentemente que distinguidas por cualidades de pri-

mer orden y por un alma elevada, siendo por regla comun más deseosas de brillar por los adornos exteriores que aficionadas á adquirir un mérito verdadero. Hay, sin embargo, excepciones, tales como César Augusto, Tito Vespasiano, Felipe IV, rey de Francia, llamado el Hermoso, Eduardo IV, rey de Inglaterra, Ismael y el ateniense Alcibiades, que eran todos personajes dotados de una alma grande y elevada, y que al mismo tiempo fueron los hombres más hermosos de su tiempo.

En materia de belleza, se prefiere la gracia de las formas á la hermosura del color, y la gracia del semblante y de los movimientos de todo el cuerpo á la perfeccion de las formas. Y así sucede, que lo que hay de más seductor en la belleza, no puede expresarlo la pintura: no está á su alcance comunicar el aire y la animacion de una persona viva, ni esa impresion inexplicable que produce á primera vista. No existe ninguna persona que mirada en su totalidad, se encuentre completamente exenta de defectos. Sería difícil averiguar cuál de los dos estuvo más desacertado entre Apeles y Alberto Durero, de los cuales el uno quiso componer una belleza ideal con la ayuda de proporciones geométricas, y el otro reuniendo todas las partes

más perfectas que pudieran encontrarse en diferentes fisonomías.

Me figuro que tales bellezas gustarian sólo al pintor que las compusiese, y creo que jamás pintor alguno podrá componer un rostro ideal más bello que todos los que existen; y si acertase á trasladar al lienzo una creacion semejante, sería en todo caso por una feliz casualidad, ó del mismo modo que el músico compone una pieza preciosa, sin otra regla que el sentimiento y el gusto. Por poco que fijemos la atencion sobre esto, se comprenderá que hay muchas fisonomías cuyas facciones tomadas una á una no son nada perfectas ni hermosas, y cuyo conjunto no deja de ser agradable.

Si es verdad que la circunstancia más esencial de la belleza está en la gracia de los movimientos, como hemos dicho más arriba, no deberemos asombrarnos de ver personas que en su edad madura son más agradables que otras que se hallan en la juventud, lo cual está conforme con esta frase de Eurípides: «El otoño de las personas bellas, es bello todavía.»

Los jóvenes no pueden observar siempre las conveniencias necesarias tan bien como las personas de más edad, y la gracia que se les encuentra nace en parte de que su misma juven-

tud les sirve de excusa. La belleza se parece á los primeros frutos del verano, que se corrompen fácilmente y no sirven para guardarse. Los frutos más comunes de la belleza son el libertinaje en la juventud y el arrepentimiento en la vejez: sin embargo, cuando es lo que debe ser oscurece los vicios y hace brillar las virtudes.



XLIII.

DE LA FEALDAD Y DE LA DEFORMIDAD.

Las personas feas ó deformes están por lo comun en paz con la naturaleza; ésta las ha maltratado, y ellas la maltratan á su vez: ordinariamente sucede, como lo dice la misma Escritura, que no tienen buen carácter. Es indudable que hay una correspondencia natural entre el cuerpo y el alma, y cuando la naturale-

za ha errado en lo uno, es de presumir que tambien habrá errado en lo otro.

Pero estando el hombre dotado de libre albedrío, las inclinaciones naturales pueden ser dominadas por la viva luz de la ciencia y la virtud, como el débil brillo de las estrellas lo es por los intensos resplandores del sol. Por consiguiente, no se debe mirar la fealdad ni la deformidad como un indicio seguro de mal carácter, sino solamente como una causa que lo produce y que pocas veces no va seguida de su efecto.

Cualquiera que se conoce un defecto personal que no puede quitarse y que le expone continuamente al desprecio, tiene en esto solo un aguijón que le excita sin descanso á hacer esfuerzos para ponerse á cubierto de ese mismo desprecio. Así vemos que las personas feas son con frecuencia muy atrevidas; primero porque lo necesitan para su propia defensa, y despues porque el hábito les obliga á serlo; y esta misma causa les hace más inteligentes y perspicaces para descubrir los defectos de los otros, á fin de procurarse las mismas armas y recursos contra ellos y de poder tomar el desquite. Además de lo dicho, su deformidad las libra de la envidia de las personas que tienen alguna ventaja

natural en este concepto, y que se imaginan que siempre estarán en situación de poderlas despreciar. Su inferioridad natural aduerme á sus émulos y rivales, que creen imposible que se puedan elevar hasta cierto punto, y que no se persuaden de lo contrario hasta el momento en que las ven ocupando puestos elevados. Así pues, la deformidad en un ingenio superior es un medio excelente para encumbrarse.

Los reyes tenían otras veces, y aun hoy día sucede lo mismo en algunos países, mucha confianza en los eunucos; porque los individuos expuestos siempre al desprecio general, tienen por lo comun más fidelidad para aquellos que son su única defensa; pero esta confianza que se les dispensa es sólo para encargos ó comisiones despreciables, considerándoles más bien como buenos espías y diestros charlatanes, que como ministros de grande aptitud capaces de prestar importantes servicios.

Todo lo anterior, y por las mismas razones expuestas, puede decirse también de las personas feas; pues cuando tienen inteligencia y disposición no omiten ni desperdician ningún cuidado para librarse del desprecio, ora sea valiéndose de la virtud, ora valiéndose del vicio. Por consiguiente no debe asombrarnos el que indi-

viduos desgraciados por naturaleza hayan llegado algunas veces á ser grandes hombres, como sucedió con Agesilao, Zhangir, hijo de Soliman, Esopo y Guasca, presidente del Perú, á los cuales podria añadirseles Sócrates y algunos otros.



XLIV.

CONSIDERACIONES SOBRE LOS JARDINES.

El primer jardin que hubo en el mundo lo plantó Dios. Entre todas las delicias de la vida humana, no hay ninguna tan pura como la que encontramos en los jardines, siendo tan útiles á la salud de los hombres como á su recreo: sin ellos, los edificios y los palacios no son más que obras mecánicas del arte, sin nada que se asemeje á la naturaleza. Sin embargo, es digno de

observarse que en los siglos que han hecho mayores progresos en civilizacion y magnificencia, se ha introducido la costumbre de construir hermosos edificios, más bien que la de plantar jardines elegantes y agradables, como si se hubiese olvidado que no hay nada tan perfecto como la belleza de un jardín.

Yo desearia que cada mes del año, los jardines reales apareciesen renovados; es decir, que en ellos se pusiesen por turno todas las plantas, segun la época en que brotan y florecen. Para fin de Noviembre, Diciembre y Enero, se escogerian las plantas que están en todo su vigor durante el invierno, tales como el acebo, la hiedra, el laurel, el enebro, los cipreses, el tejo, el box, el pino, el abeto, el romero, el espliego, la vincapervinca de flor blanca, purpurina y azulada; la camedris y los iris, por las hojas que echan; los naranjos, los limoneros y los mirtos ó arrayanes, que se conservarían en estufas calientes, y la mayorana, que se plantaria cerca de un muro que mirase al mediodía.

Despues, para fin de Enero y el mes de Febrero, deberia buscarse la camelia de Alemania, que florece en dicha época; el azafran de primavera de flor amarilla y azulada; las bello-

ritas, la anémone, el tulipan temprano, el jacinto de indias y la fritilaria.

Para Marzo podian tenerse toda clase de violetas, especialmente las sencillas de color de púrpura, que son las más tempranas; el narciso falso de color amarillo, las margaritas y el almendro, que florecen entónces, el naranjero y el cornizo, que tambien están en flor, y el escaramujo oloroso.

En Abril, la violeta blanca, la parietaria amarilla, el clavo, el césped, los iris, todas las clases de lirios, el romero, el tulipan, la peonía doble, el narciso silvestre, la madreselva, el guindo, el peral y el ciruelo de diferentes especies, que se cubren entónces de flor, y el acanto y las lilas, que comienzan á abrir sus hojas.

Para Mayo y Junio deberán procurarse muchas clases de claveles y rosas, exceptuando las que son más tardías; la fresa, el espino blanco, la aguileña, la buglosa, el cerecero, que lleva en este tiempo su fruto; la grosella, la higuera breval, el frambueso, las vides, el espliego, el satirion de flor blanca, el lirio de los valles, el manzano y la coronilla.

Para Julio, el clavel de Indias de diversas clases, las mosquetas, el tilo en flor, los perales, los manzanos y los ciruelos tempranos.

Para el mes de Agosto, habrá ciruelas de todo género, peras, albaricoques, avellanas, melones de gran tamaño, y las espuelas de todos colores, ó consólicas reales.

En Setiembre, se tendrán uvas, amapolas de diferentes colores, naranjas, albérchigos, higos, cornízolas y peras de invierno ó membrillos.

Para Octubre y principios de Noviembre pedrá haber serbas, nísperos, ciruelas silvestres, rosas tardías, malvarosas y otras plantas semejantes. Las que acabo de enumerar convienen al clima de Lóndres; pero mi objeto es que se adopte mi idea, para que pueda haber en todas partes una primavera eterna, en cuanto lo permita la naturaleza del paraje.

Es ciertamente más agradable respirar el aroma de las flores, que se derrama en el aire y ondula en él como la armonía de la música, que arrancarlas de su tallo. Nada contribuye tanto al placer que hace experimentar su perfume, como el conocer las flores y las plantas desde que brotaron hasta que, ya crecidas, exhalan en el aire su hálito delicioso.

Las rosas amarillas, igualmente que las enanas, no prestan ningún olor mientras están creciendo; y esto es tan cierto, que paseándose

cerca de un seto, no se percibirá aroma ninguno aunque se haga la prueba en las primeras horas de la mañana. El laurel tampoco da casi ningun olor mientras crece, pudiendo decirse lo mismo del romero y de la mayorana. Pero lo que más llena el aire en el período de su crecimiento de un perfume suavísimo, es la violeta, sobre todo la violeta blanca de flores dobles, que florece dos veces al año, una á mediados de Abril y otra á fines de Agosto. Inmediatamente despues de esta viene la rosa espumosa, en seguida las hojas de fresal, que cuando comienzan á marchitarse prestan un olor tan suave que dilata y consuela el corazon. Citaré aún las flores de la vid, nuevamente descubiertas, que se encuentran en los racimos y que se asemejan á las que vemos sobre el tallo del llanten; el escaramujo oloroso, la parietaria amarilla, que da un aroma muy agradable cuando se la coloca cerca de las ventanas de un salon ó de una alcoba, expuesta al mediodía; los claveles, tanto grandes como pequeños, la flor de tilo, las de madreselva, que se elevan á grande altura, y por último, las flores del espliego. No hablo de la flor del haba, porque es propia del campo. Hay aún tres plantas que derraman en el aire el olor más agradable: la pimpinela, el

sérpol y la menta acuática. De éstas deberán estar poblados los paseos, para que el ambiente esté saturado con su perfume.

En cuanto á la extension de los jardines (y no se pierda de vista que hablo de los jardines reales), no debe ser menor de treinta yugadas, que convendrá dividir en tres partes: una á la entrada cubierta de yerba menuda; otra á la salida, que servirá para tener los planteles, y la tercera, que estará en medio, para jardin principal, y á cuyos lados deberán formarse paseos. Yo destinaria cuatro yugadas para prado, seis para los planteles, ocho para los paseos ó calles laterales, y doce para la colocacion del cuerpo principal del jardin. La yerba menuda debe plantarse por dos razones: primeramente porque deleita los ojos, no habiendo nada que los encante tanto como un césped bien segado y cubierto, sin embargo, de verdura; en segundo lugar, porque la parte destinada á este objeto sirve para abrir una entrada que conduzca á una magnífica hilera de árboles, de que debe hallarse rodeado el jardin. Como la senda será larga, y como además en las horas de gran calor la sombra se proyectará solamente en los paseos, será conveniente construir por medio del césped pasadizos cubiertos, de doce piés de

altura, á fin de poder penetrar en el jardin por una sombra no interrumpida.

La figura cuadrada es la que más conviene á los jardines: por los cuatro lados deben estar rodeados de una espesa hilera de carpinos, elegante y bastante arqueada. Conviene tambien que se eleven arcos sobre pilastras formando enrejado; que tengan diez piés de altura por seis de ancho, y que los espacios que medien entre las pilastras sean de la misma dimension que la anchura del arco. Que los carpinos sean cuatro piés más altos que los arcos y que no dejen de formar enrejado; que en la parte superior de cada arco se construya una torrecilla bastante espaciosa para colocar una jaula ó pajarera; y en fin, que se pongan sobre los intersticios algunas figuras doradas de poco tamaño y cubiertas de cristales, donde vengán á reflejarse y descomponerse en colores variados y brillantes los rayos del sol.

Me parece que el plantío de los carpinos que dejo indicado, deberá colocarse sobre una eminencia ó montecillo ligeramente inclinado, de seis piés de altura y enteramente cubierto de flores. Tambien desearia que el cuadro del jardin no ocupase toda la longitud del terreno, debiendo dejarse bastante espacio para formar

vários pasadizos á los dos lados, donde viniesen á terminar las avenidas cubiertas de césped de que he hablado ántes; no obstante esto, á la entrada y á la salida del jardin deberá evitarse el que dichos pasadizos se junten á la alameda de los carpinos; á la entrada, para que con el césped no se pierda la hermosa vista que presente la referida alameda; á la salida, para no tapar la vista de los planteles á través de los arcos.

En cuanto á la disposicion del terreno comprendido en la cerca de que hablamos, se puede variar segun el gusto de cada cual, y todo lo que me atrevo á exigir es que, cualquiera que sea la distribucion que se haga, no se ponga mucho esmero en las cosas que únicamente son de pura curiosidad y de paciencia. No soy aficionado á las figuras talladas en el enebro ó en otro cualquier arbusto, y las considero como verdaderas bagatelas, más propias de niños que de hombres; sin embargo, admito pequeñas hileras de carpinos bajos y redondeados en forma de orla, con pirámides de poca elevacion. Admitiria igualmente columnas y altas pirámides en forma de enrejado, distribuidas en diferentes sitios, y tambien cubiertas de la antedicha planta. Las avenidas deben ser, en mi juicio, grandes y espaciosas; los pasadizos estrechos y

cubiertos son buenos para los lados, pero deberán estar independientes del cuerpo del jardín. Aconsejaría también que en el centro se levantara un montecillo, á cuya cima podría subirse por tres escaleras y tres sendas bastante anchas para que cuatro personas pudieran marchar por ellas de frente, procurando que dichas sendas tendiesen á formar un círculo perfecto y sin ninguna apariencia de fortificación. La altura del montecillo deberá ser de treinta piés, construyendo en la cúspide un elegante pabellón guarnecido de chimeneas ordenadas con gusto y provistas de cierta cantidad de cristales.

Hablemos ahora de las fuentes, que son uno de los más útiles adornos de los jardines á causa de la frescura que les comunican; empero no se construyan estanques ni viveros, que hacen el aire malsano y lo llenan todo de insectos, de ranas y de otros animales no ménos incómodos. He aquí las fuentes que yo aceptaría: unas donde corriera el agua continuamente, y otras que más bien fuesen receptáculos de un agua limpia, formando un cuadrado de treinta ó cuarenta piés, y donde nunca se echasen peces, para evitar el que llegaran á ponerse cenagosas. Respecto á las primeras, los adornos dorados y de mármol que en el día se usan, po-

drian emplearse con elegancia, si en esta clase de fuentes no ofreciesen una dificultad; es necesario dirigir el agua de manera que corra continuamente, sin detenerse nunca ni en la pila ni en la cisterna, y es preciso al mismo tiempo que la estagnacion no le haga perder su color, poniéndola unas veces verde y otras colorada, y que no crie musgo ni exhale malos olores. Para conservarlas curiosas, se las limpiará á mano diariamente. Convendrá tambien rodearlas de algunas gradas para subir á ella y cercarlas de un pretil elegante.

La segunda especie de fuentes, á que puede darse el nombre de baños, es susceptible de recibir muchos objetos de adorno y curiosidad, sobre los cuales no nos detendremos: por ejemplo, el fondo, igualmente que los lados, podrán decorarse con diferentes piezas, sembrando en todas direcciones algunos vidrios de diversos colores y otros cuerpos lisos y brillantes que derramen claridad con sus resplandores: tambien podrá colocarse sobre los bordes un círculo de estátuas de poco tamaño. Pero lo importante, segun ya lo hemos dicho al hablar de la otra clase de fuentes, es tener el agua en movimiento continuo, para lo cual será necesario que se la renueve por medio de un receptáculo

colocado á mayor altura, á donde se conduzca por tubos subterráneos de la misma dimension unos que otros, á fin de que no se detenga nada.

Si fuese necesario decir lo que pienso de las cosas de pura curiosidad, como la de dar al agua la figura de plumas, de copas de cristal, de velos, de campanas y otras semejantes; y si me viese obligado á hablar de las rocas artificiales y demás adornos de este género, diria que todas ellas son cosas que pueden agradar á la vista, pero que no contribuyen nada á la salubridad y al verdadero encanto de los jardines.

Yo desearia que el bosque que hemos considerado como la tercera parte del jardin, representase, en cuanto fuese posible, la imágen de una selva natural. No deberia encontrarse allí un solo árbol plantado con orden, si se exceptúan las hiléras de los que he aconsejado poner en ciertos sitios, para formar una calle ó avenida abrigada por las ramas y el follaje, interrumpida en várias partes por grandes aberturas. Esta calle podrá recibir en algunos lugares los rayos del sol, y tendrá en abundancia flores odoríferas, de modo que al pasear por ella se respirase un aire embalsamado: además de esto, dejaria en el bosque algunos parajes descubiertos y despoblados de árboles. Tambien desearia

que estuviese cortado en diversos sitios por matorrales de escaramujo oloroso, de madre selvas y de viña silvestre; pero lo que debe preferirse especialmente, es cubrir el terreno por todas partes de violetas, y con mayor preferencia de fresas y belloritas, porque estas plantas derraman un olor delicioso y se crían muy bien á la sombra.

En cuanto á los matorrales y á las hileras de árboles, creemos que el gusto y no la simetría deben señalar los sitios donde se coloquen. También apruebo esos cerretillos, semejantes á los montones de tierra que forman los topes en los lugares donde habitan, y opino que los unos deberán sembrarse de sérpil, de claveles pequeños y de camedris, cuyas flores son muy bellas, de vincapervinca, de violetas y de fresas; y los otros de margaritas, de rosas encarnadas, de lirios de los valles, de eléboro, de flor de púrpura y de todas las plantas hermosas que tengan un perfume suave y agradable. También deberán ponerse algunos arbustos en la parte superior de estos cerretillos, tales como el rosal, el enebro, el acebo, la oxiacanta, que deberá estar en menor cantidad que los otros, á causa de la fuerza que tiene su olor cuando está floreciendo, el grosellero de fruto encarnado, la acacia, el romero, el laurel, el escaramu-

jo eloroso, etc. Es indispensable podar estos arbustos para que no lleguen á hacerse demasiado grandes.

Nos queda que distribuir el terreno de los lados en pasadizos particulares que estén cubiertos de sombra durante todas las horas del día. Es necesario poner algunos al abrigo de la violencia de los vientos, de manera que se pueda pasear por ellos como en un pórtico. Para lograr este objeto, deben estar cerrados por las extremidades, y el suelo se cubrirá de arena en vez de césped, á fin de que se pueda andar por ellos sin recibir humedad. A los lados de la mayor parte de estos pasadizos se colocarán árboles frutales de diversas especies, convenientemente distribuidos. Es necesario observar que la eminencia donde se planten los árboles frutales debe ser ancha y baja, y que vaya suavemente ascendiendo: tambien podrán ponerse en ella algunas flores odoríferas, aunque en pequeño número, para que no roben la sustancia que debe alimentar á los árboles. En las extremidades del terreno lateral, harian muy buena vista montecillos de la misma altura que la cerca exterior, desde los cuales pudiesen verse las inmediaciones.

Volviendo al cuerpo principal del jardin,

diré que no me opondría á que se hiciesen en él algunas calles ó avenidas espaciosas y plantadas á los lados de árboles frutales, y aun admitiría que de trecho en trecho se pusiesen algunos piés de estos árboles, no pareciéndome mal tampoco algunos emparrados con asientos, distribuidos con orden y elegancia; pero todo ello no debería estar muy profuso y amontonado, puesto que el jardín debe hallarse descubierto para que el aire circule libremente. Me parece, por último, que cuando se pasee durante las horas calorosas del día, debe buscarse la sombra de las calles laterales; porque el jardín debe servir solamente para las estaciones más temperadas del año, que son la primavera y el otoño, no debiendo llegarse á él en el estío sino que por la mañana y por la tarde y en los días nebulosos.

No me gustan las pajareras, á ménos que sean bastante grandes para tener el suelo cubierto de césped, y aun algunos arbustos en plena vegetacion: de este modo vuelan los pájaros con más libertad, tienen más independencia en sus placeres y en su modo de vivir, y se consigue tambien que en ninguna parte de la pajarera se vea una falta de curiosidad que siempre disgusta.

Como para formar en las calles del jardín subidas y declives variados y agradables es necesario contar con la naturaleza del terreno, y como por esta razón no se pueden construir en todas partes, hemos propuesto solamente plantas y paseos que convienen á todos los lugares.

Dejamos trazada la forma de un jardín real, obedeciendo en parte á preceptos que hemos establecido, y en parte á una medida general y variable. Nos hemos mostrado pródigos en los gastos que ocasionaria; pero poco importa esto á los príncipes, que según se ve en nuestra época, pasan la mayor parte del tiempo en sus jardines y consumen sumas considerables en reunir en ellos los objetos más extravagantes: acumulan las estatuas y otros trabajos del arte, muy buenos para la pompa y magnificencia, pero completamente inútiles á la verdadera amenidad de los jardines.



XLV.

DE LAS NEGOCIACIONES, Ó DEL ARTE DE MANEJAR LOS NEGOCIOS.

Generalmente hablando, es mejor tratar verbalmente que por cartas, y valiéndose de una tercera persona; mejor tambien que por uno mismo. Las cartas son buenas cuando se deséa conseguir una contestacion escrita, cuando se lleva la mira de presentar en tiempo y lugar determinados, para justificarse, los originales ó las copias que se conserven, ó en fin, cuando se teme ser escuchado por alguien, ó interrumpidos en una conversacion sobre negocios.

Toda persona que tiene un exterior imponente y respetable, ó que desea tratar con un inferior, debe por el contrario negociar verbal-

mente y hablar por sí misma. También se debe seguir este método, cuando uno se propone revelar las cosas en los ojos, y dejar solamente que las adivinen sin decirlas, ó cuando uno quiere reservarse la libertad de retractarse de lo que se haya dado á entender ó de interpretarlo de cierto modo.

Si negociáis con la ayuda de un tercero, escoged más bien una persona de un carácter recto y de un espíritu adocenado, que seguirá exactamente las órdenes que haya recibido y os referirá fielmente todo cuanto haya visto ú oído, que uno de esos hombres diestros que, al entrometerse en los asuntos ajenos, saben apropiarse el honor ó el provecho que proporcionan, y que al referir una respuesta añaden lo que les parece útil para contentaros y hacer valer su habilidad. Tened también cuidado de elegir con preferencia personas que deseen vivamente el buen resultado del negocio que les encargéis: este deseo los hará más activos y más inteligentes: preferid asimismo sujetos cuyas disposiciones y carácter sean propios para los asuntos que hayan de desempeñar; por ejemplo, un hombre audaz será bueno para las quejas y reproches; uno insinuante, para persuadir; uno de ingenio sutil, para observar y hacer

indagaciones; y por último, un hombre brusco, enérgico é intratable, para un asunto que tenga algo de injusto y arbitrario.

Emplead tambien preferentemente los que ya hayan acertado en negocios que ántes les hubiéseis encargado: tendrán más confianza en su propia habilidad, habrán formado de sí mismos una idea ventajosa, y pondrán de su parte cuanto les sea posible para sostener la opinion que sus primeros trabajos os hayan dado de su capacidad.

Es mejor tantear poco á poco á aquel con quien vais á entablar algun negocio, que entrar de una vez en materia, á ménos que tengais el designio de sorprenderle con una cuestion imprevista. De igual modo, es más conveniente entenderse con los que no tienen satisfecias aún sus aspiraciones, que con aquellos que han obtenido cuanto deseaban y están contentos en su situacion.

En una negociacion donde las exigencias son recíprocas, el primero que consigue lo que desea puede decir que tiene casi ganada la partida: ventaja á la cual no podrá razonablemente aspirar, si el asunto es de tal naturaleza que no permite sea su exigencia la primera en satisfacerse, ó si no tiene la destreza de per-

suadir á la persona con quien trata, de que á su vez sentirá la misma necesidad en otra ocasion, ó si no abriga, por último, dicha persona una entera confianza de su probidad.

El objeto de todos los tratos y negociaciones, es descubrir ú obtener alguna cosa. Los hombres descubren sus designios por la confianza, por la cólera, por sorpresa ó por necesidad, es decir, cuando se les estrecha lo bastante para ponerlos en la impotencia de encontrar pretextos de ir hácia sus fines, sin descubrirse y dejarse comprender.

Para dominar á un hombre, es necesario conocer su carácter y sus gustos; para persuadirle, saber á qué punto dirige sus miras; y para intimidarle, conocer sus debilidades y flaquezas, ó ganar á sus amigos y á las demás personas que ejerzan mayor poder sobre su espíritu, á fin de influir por este medio. Cuando se trata con personas sagaces y artificiosas, es necesario, para penetrar el verdadero sentido de sus discursos, tener la vista fija en el objeto que se proponen. Conviene hablar muy poco con ellas y decirles lo que ménos aguardan; y en todos los asuntos un poco difíciles, es preciso no querer sembrar y coger al mismo tiempo, debiendo tenerse el cuidado de preparar los ne-

gocios y de conducirlos gradualmente á su punto de madurez.

XLVI.

DE LOS CLIENTES Y DE LOS AMIGOS DE UN ÓRDEN INFERIOR.

Conviene desembarazarse de los clientes ó protegidos muy costosos, porque algunas veces traen detrás de sí una cola demasiado larga y pesada; por clientes costosos entiendo, no solamente los que nos meten en grandes gastos, sino tambien los que con muy frecuentes exigencias nos originan por este concepto sacrificios considerables.

Todo lo que los clientes ordinarios pueden exigir de sus protectores, es el apoyo, la recomendacion y proteccion que necesiten. Con mayor cuidado aún es menester evitar los hom-

bres de un carácter inquieto y turbulento, que no se os acercan por apego á vuestra persona, sino más bien por odio que sientan hácia alguna otra que los tenga resentidos: esta es una de las principales causas de esa mala inteligencia que frecuentemente se ve reinar entre los grandes. Lo mismo diremos de esos clientes llenos de vanidad que alaban con grandes voces á sus protectores y se convierten en las trompetas de su fama: descomponen todos los asuntos con sus indiscreciones, y en cambio del honor que reciben con vuestro trato, os procuran una infinidad de envidiosos y enemigos.

Hay otra especie de clientes más peligrosa aún, que la forman ciertos hombres excesivamente curiosos, que se puede mirar como verdaderos espías, y que buscan continuamente ocasion de penetrar los secretos de una casa para llevarlos en seguida á otra. Gozan ordinariamente de favor, porque parecen serviciales y chismean y murmuran de todo el mundo.

Que los subalternos se apeguen á sus superiores de la misma profesion, como por ejemplo los soldados á los oficiales y éstos á los generales á cuyas órdenes han servido, es una conducta laudable y generalmente aprobada,

aun en las monarquías, siempre que no la inspire el deseo de fausto y de popularidad.

Entre todas las maneras de adquirir clientes, la más honrosa y la más justa es dedicarse á proteger y honrar á los hombres de mérito, de cualquiera orden y condicion que sean. Sin embargo, cuando la diferencia no es muy sensible, es más ventajoso tener por clientes á hombres de un mérito algo más elevado que el de la generalidad, que á hombres de un mérito superior; y si hemos de decir la verdad completa, añadiremos que en una época de corrupcion, un hombre muy activo presta mejores servicios que un hombre virtuoso.

En el gobierno de un Estado, conviene que el trato ordinario sea casi igual para todas las personas de una misma categoría; porque si se atestigua á los unos una preferencia muy marcada, se les hace insolentes y se disgusta á los demás. Pero al dispensar las gracias y favores, se debe proceder con prudencia y buen discernimiento, lo cual hace más agradecidas á las personas que han recibido el beneficio, y sirve de estímulo provechoso á las demás; porque entonces, segun lo acabamos de indicar, lo que se hace es un favor, y no el pago de una cosa que se debia.

Sin embargo, es preciso no favorecer mucho á un mismo individuo, porque sería imposible continuar haciéndolo en la misma proporción, lo que al fin lo haría insensible á cuantos favores recibiese.

Es peligroso dejarse gobernar por una sola persona, y además de ser esto un signo de debilidad, da pasto á la murmuración; porque el que no se atreva á censuraros directamente, no dejará de hacerlo del sugeto que os dirige, perjudicando de este modo vuestra reputación. A pesar de lo dicho, es todavía más peligroso escuchar y seguir los consejos de muchas personas á la vez. El que no evita esto con cuidado, logra hacerse inconstante y adquiere la costumbre de seguir el parecer del último que llega. Aconsejarse con un pequeño número de amigos, es una conducta muy juiciosa y prudente, porque los que miran el juego ven más que los que están jugando. La verdadera amistad es muy rara en el mundo, sobre todo entre iguales, y por esto sin duda ha sido la más celebrada. Si existe esta sublime amistad es solamente entre el superior y el inferior, porque la fortuna del uno depende del otro.



XLVII.

DE LOS PROCURADORES Y DE LOS PRETENDIENTES.

En la inmensa multitud de los negocios se encuentran muchas pretensiones y proyectos injustos, y frecuentemente sucede que el interés de los particulares perjudica á los intereses públicos.

Hay muchas cosas, buenas en sí mismas, que se pretenden con mala intencion, y no sólo con miras injustas relativamente al objeto, sino también con mala fé relativamente al resultado, y hay asimismo otras que se comienzan sin el menor deseo de terminarlas: se encuentran muchas personas que se encargan de nuestras pretensiones y que prometen servirnos con celo y actividad, sin cuidarse de cumplir su promesa.

Sin embargo, si se aperciben de que el asunto está próximo á terminarse por mediacion de otro individuo, querrán tener parte en el resultado y buscarán medio de persuadirnos de que ellos tambien han contribuido, colocándose en segundo turno entre las personas á quienes tengamos que recompensar. Mientras el asunto esté pendiente, sacarán partido de las esperanzas del interesado.

Hay igualmente sugetos que se encargan de los negocios con la sola mira de arrebatárselos á otro, ó para enterarse de alguna cosa que únicamente por este medio podian saber, sin cuidarse de la suerte del negocio ni mirar más que á su interés particular; ó bien que se valen de los asuntos ajenos para realizar los suyos y como medio de llegar al punto que se proponen. Tambien se encuentran individuos que se prestan á solicitar por otros con el desigñio premeditado de hacerles naufragar, para servir ó favorecer de este modo á quien figura como parte contraria, como competidor ó enemigo declarado.

Observando atentamente se reconocerá que en toda peticion hay siempre un derecho de equidad, si es peticion de justicia, y un derecho de mérito, si la peticion reclama alguna

gracia. En el primer caso, si es vuestro deseo favorecer á la parte culpable, servíos de vuestro prestigio para transigir el asunto más bien que para ganarlo. En el segundo caso, si os inclináis al que tiene ménos merecimientos, absteneos por lo ménos de censurar ó deprimir al más digno. Cuando no conozcais la razon de ciertas peticiones, valeos de cualquier amigo inteligente y leal que os instruya con su juicio de lo que podeis hacer sin ofensa de la honradez; pero en este caso es indispensable mucha prudencia y gran discernimiento para la eleccion de un amigo que merezca semejante confianza, pues de otro modo correríais el peligro de ser engañados en vuestra propia cara.

Hoy dia, los solicitadores y pretendientes se hallan tan sujetos á sufrir dilaciones y aplazamientos interminables, que una conducta franca y abierta, ora sea rehusando claramente el encargarse de los negocios, ora desengañándoles respecto del resultado, ya diciéndoles sin embustes ni rodeos el estado en que se encuentran, y no pidiéndoles más recompensa que la verdaderamente justa, que esta sinceridad se ha hecho, no sólo laudable y equitativa, sino muy del agrado de los interesados que reciben en ella un verdadero servicio.

En cuanto á las pretensiones de gracias, diremos que la diligencia de aquel cuya peticion se adelanta á las de todos los demás, no será razon suficiente para preferirlo; pero si de sus palabras se sacan luces que no hayan podido conseguirse de las de ningun otro, no habrá motivo para predisponer en su contra, y deberá considerarse justo que saque partido de sus medios, y aun deberá tenerse en cuenta su actividad y los conocimientos que haya proporcionado. Desconocer el valor de lo que se pide, es una señal de inexperiencia y de impericia, como no distinguir la justicia y la injusticia es la prueba de una conciencia poco delicada.

Un profundo secreto sobre las peticiones que se quieren hacer, es uno de los medios más seguros para lograr el objeto; porque aunque se pueda desanimar alguno que otro de los competidores manifestándoles claramente las esperanzas bien fundadas que se tengan, esta publicidad no deja, sin embargo, de suscitar otros nuevos y de estimularlos á entorpecer el negocio. Lo esencial para obtener una gracia, es saber elegir las ocasiones; no solamente con relacion á los que tienen el poder de concederla ó negarla, sino tambien por lo que mira á los que se hallan dispuestos á formar concurrencia,

ó á hacer oposicion por cualquiera otro motivo.

En la eleccion de las personas que querais encargar del cuidado de vuestros negocios, atended más bien á la aptitud y disposiciones que tenga el sugeto para el negocio mismo que á su rango y categoría. Por igual razon conviene preferir al que tiene pocos negocios más bien que al que los abarca todos. Algunas veces, la indemnizacion que se os concede despues de haberos hecho sufrir una negativa, es preferible á lo que se os habia rehusado, con tal de que no aparezcáis muy desanimados ni muy descontentos. «Pedid una cosa injusta, para conseguir más fácilmente una cosa justa.» Esta máxima puede ser muy útil á un hombre que goce de gran favor; pero en distinto caso le convendria más graduar las exigencias, á fin de llegar por grados á lo que se desea, y aguardar hasta obtener siempre alguna cosa; porque el que haya corrido el riesgo de perder por una primera negativa el afecto del pretendiente, no querrá exponerse en seguida, siendo de nuevo desatendido, á alejarle para siempre y á perder de este modo el fruto de las gracias que anteriormente le haya conseguido.

Nada cuesta ménos, en apariencia, á un personaje eminente, que las cartas de recomenda,

cion, y parece que no tiene disculpa para rehusarlas. Sin embargo, cuando se prodigan á hombres que no las merecen, perjudican mucho á la reputacion de quien las da. Nada hay más peligroso en un país que esos procuradores públicos que acceden á dar á las pretensiones del primero que llega una apariencia de derecho y de equidad: esta es una condescendencia funesta á los asuntos públicos y una verdadera calamidad en los Estados.



XLVIII.

DE LOS ESTUDIOS.

Los estudios son para el espíritu un origen de recreo, de adorno y de capacidad. Un origen de recreo, en el retiro y la soledad; un origen de adorno, en el trato particular y en los

discursos públicos, y un origen de capacidad, en la vida activa en que ponen en estado de hacer observaciones juiciosas.

Un hombre instruido solamente por la experiencia, es propio para la ejecucion, y aun para juzgar en detalle de las personas y de las cosas, tomadas una á una separadamente; pero un hombre instruido por el estudio, se le aventaja mucho para las miras generales y la direccion principal de los negocios.

Emplear demasiado tiempo en el estudio, no es otra cosa que una pereza disfrazada con un hermoso nombre; hacer alarde de los adornos que se puedan sacar de los estudios, es una verdadera afectacion; no juzgar de los hombres y de las cosas nada más que por las reglas sacadas de los libros, es un método que sólo conviene á un escolástico ó á un pedante.

Las letras perfeccionan la naturaleza, y ellas mismas son perfeccionadas por la experiencia: los talentos naturales, de igual modo que las plantas, tienen necesidad de cultura; pero cuanto se aprende en ellas es muy vago y general si la experiencia no lo señala y determina. Los intrigantes desprecian las letras, los simples se contentan con admirarlas y los sábios saben sacar partido de ellas: las letras

solas son insuficientes, y aun no bastan para enseñarnos el modo de aprovecharlas. Lo que puede enseñarnos á usarlas bien, es cierta prudencia que no se encuentra en ellas, que es inferior á ellas, y que sólo se puede adquirir por la experiencia y la observacion.

Cuando leais una obra, que no sea para contradecir ó refutar al autor, ni para adoptar sin exámen sus opiniones y creerlo por su palabra, ni tampoco para brillar en las conversaciones, sino para aprender á reflexionar, á pensar, á examinar y á pesar lo que diga el autor y todos los demás pensamientos que su lectura sugiera.

Hay libros de los cuales sólo se debe gustar un poco, otros que se deben devorar, y otros, en fin, aunque en pequeño número, que es necesario, por decirlo así, masticarlos y digerirlos. Lo que quiero expresar con esto es que hay libros de los cuales no debe leerse más que cierta parte; que hay otros que conviene leerlos por entero, pero rápidamente y sin analizarlos; y por último, que hay un pequeño número de obras que es preciso leer y releer con una extremada aplicacion. Tambien pueden leerse los libros en cierta manera por delegacion, mandando á otras personas que los reduzcan á ex-

tractos. Se sobreentiende que, de este modo, sólo se leerán los que traten de asuntos poco importantes, ó los que hayan sido escritos por autores adocenados. En todo otro caso, los libros así extractados son tan inspidos como esas aguas destiladas que se encuentran en el comercio.

La lectura da al espíritu abundancia y fecundidad; la conversacion, presteza y facilidad; la costumbre de escribir, precision y exactitud. Todo hombre que es perezoso para escribir tiene necesidad de una gran memoria para suplir este defecto; el que habla rara vez, necesita de una grande vivacidad natural de espíritu para suplir esta falta de costumbre: el que ha leído poco, no puede gobernarse sin una grandisima destreza para aparentar que sabe lo que ignora. Segun es la índole y naturaleza de las obras, así son los diferentes efectos que producen en las personas que las leen. La historia hace al hombre más prudente; la poesía lo hace más espiritual; las matemáticas, más penetrante; la física ó filosofía natural, más profundo; la moral, más grave y más circunspecto; la retórica y la dialectica, más contencioso y más fuerte en las disputas. En una palabra, los estudios llegan á convertirse en costumbres ó á incul-

carse en ellas, y aun diré que no hay en el entendimiento vicio ó defecto que no pueda corregirse por medio de estudios bien proporcionados y dirigidos, de igual modo que se pueden prevenir, curar ó aliviar las enfermedades del cuerpo con la ayuda de ciertos ejercicios. Por ejemplo, jugar á los bolos es un remedio ó un preservativo para las arenillas ó mal de riñones; disparar flechas con el arco... sirve para la pulmonía y los padecimientos del pecho; el paseo es saludable para el estómago, la equitación para el cerebro, etc.

De la misma manera, un hombre cuyo pensamiento está sujeto á frecuentes extravíos y que no puede fijarse sin trabajo, debe estudiar las matemáticas; porque con poco que uno se distraiga al leer ó escuchar una demostracion de este género, es necesario empezar de nuevo. El que sea confuso y poco exacto en sus distinciones, que estudie á los escolásticos, hombres dotados de un talento maravilloso para dividir en cuatro partes iguales un grano de alpiste; el que tiene pocas disposiciones naturales para discutir las materias y rebuscar en los libros ó en su memoria los medios de aclarar una idea con la ayuda de otros, que se familiarice con las cuestiones de los jurisconsultos. Así pues,

el estudio puede proporcionar remedio específico para cada vicio ó defecto de que es susceptible el espíritu.



XLIX.

DE LAS FACCIÓNES Y DE LOS PARTIDOS.

Muchos políticos han abrigado una opinion que nos parece desprovista de fundamento: segun ellos, un príncipe en el gobierno de sus Estados y un grande en el manejo de sus negocios, deben atender sobre todo á los partidos que se formen á su alrededor. Si hubiésemos de creerlos, esta sería la parte más esencial de la política. Pero me parece, muy por el contrario, que la verdadera prudencia consiste en ocuparse preferentemente de los intereses comunes y preferir las instituciones en que están de acuer-

do los diferentes partidos. No quiero decir con esto que los partidos jamás hayan de tomarse en consideracion.

Las personas de un orden inferior que aspiren á elevarse, deben unirse á un partido; pero la conducta más acertada para los grandes y otros personajes que por sí mismos son ya bastante poderosos, consiste en permanecer neutrales y conservar el equilibrio sin inclinarse á ninguno de los extremos de la balanza. Sin embargo, si un hombre que aún no se ha elevado mucho y que se ha unido á un partido, lo sirve con bastante moderacion y sensatez para no hacerse odioso al partido contrario, se abre una senda más llana y expedita, marchando, por decirlo así, entre las dos facciones enemigas.

El partido más débil tiene ordinariamente más armonía, constancia y unidad, observándose con frecuencia que una faccion compuesta de un pequeño número de hombres resueltos y obstinados, alcanza ventajas sobre otra más numerosa y de conducta más moderada. Cuando una de las dos facciones ha sido destruida, del seno de la otra surgen nuevas divisiones; y así vemos, por ejemplo, que mientras el partido de Lúculo y de los principales senadores pudo sos-

tenerse contra el de César y Pompeyo, estos últimos permanecieron estrechamente unidos; pero cuando la autoridad del senado fué completamente aniquilada, los vencedores se dividieron á su vez. Sucedió lo mismo al partido de Octavio y Antonio contra Bruto y Casio, pues cuando éstos fueron derrotados, los dos primeros rompieron su acuerdo. Estos ejemplos se refieren directamente á las facciones ó partidos que se hacen una guerra abierta; pero sucede lo mismo con todos los que pueden existir, cualquiera que sea su manera de luchar.

El que ocupa el segundo puesto en un partido, suele elevarse al primero cuando se verifica la division, sucediendo algunas veces que pierde enteramente su crédito; porque ciertos hombres sólo sirven para el combate, y cuando ese cesa, son del todo inútiles.

Se ven también muchos hombres que una vez elevados al puesto que ambicionaban, abandonan el partido que les ha ayudado á elevarse, y se pasan á las filas opuestas: sin duda lo hacen porque creyéndose seguros de conservar sus antiguos partidarios, tratan de aumentar su influencia adquiriendo nuevos amigos. Se observa también con bastante frecuencia, que cuando un traidor abandona su partido con pro-

pósito deliberado, se eleva más pronto; porque cuando la balanza está en equilibrio basta un solo hombre para inclinarla, y sobre éste recae todo el honor de la victoria. La conducta mesurada de un hombre que se mantiene neutral entre dos partidos, no es siempre una prueba de moderación; frecuentemente se ve que es un manejo para conseguir algún objeto particular obteniendo ventajas de entrambos lados á un mismo tiempo, y haciéndose empujar en el camino que se ha trazado por los dos partidos á la vez. En Italia se hace sospechoso el Pontífice que tiene siempre en los labios las palabras de *padre comun*; y fundándose en este indicio se presume que no empleará el poder de que se halla revestido, nada más que en el engrandecimiento de su familia.

Es una falta gravísima en un soberano hacer causa cumun con uno de los partidos que se hayan formado en sus Estados. Esta conducta es siempre funesta á las monarquías, y establece en apariencia unas relaciones más estrechas de lo que permite la obediencia y el respeto debidos al monarca, pues los miembros del partido á que éste pertenece lo miran como á uno cualquiera de entre ellos. De esto se ha visto un ejemplo elocuente en la famosa liga de Francia.

Cuando dos facciones tienen grande influencia y hacen mucho ruido en un Estado, es una señal segura de la debilidad del príncipe, no habiendo nada tan perjudicial como esto á sus asuntos y á su autoridad. Los movimientos de los partidos en una monarquía deben regularse por los del soberano, que ha de ser el principal móvil de todo el sistema político. Diremos en una palabra y empleando las ideas y el lenguaje de los astrónomos, que los movimientos de que hablamos deben ser semejantes á los de los astros inferiores, que aunque obedecen al suyo propio, no dejan de ser arrastrados por el movimiento general y comun de todo el sistema á que pertenecen.



L.

DE LOS MODALES, Y DE LA OBSERVACION DE LAS
CONVENIENCIAS SOCIALES.

Quando el hombre está reducido á un mérito sólido y verdadero, necesita que este mérito sea muy considerable, así como las piedras preciosas deben ser muy superiores para que sean montadas al aire.

Formando una justa idea de la importancia de los buenos modales, se comprenderá que proporcionan tantos elogios como utilidad: segun el proverbio, las ganancias pequeñas son las que llenan el bolsillo, porque se obtienen frecuentemente, mientras que los provechos considerables se logran rara vez. De igual manera, estas pequeñas perfecciones de detalle de que nos ocupamos, son las que nos proporcio-

nan más elogios, por lo mismo que es su uso continuado y que se hacen observar á cada instante, en tanto que rara vez se presenta ocasion de acreditar una gran virtud y un talento de primer orden.

Así pues, esas consideraciones y esas pequeñas atenciones que componen lo que se llama el trato del mundo, pueden aumentar mucho nuestra reputacion. Creamos sobre este particular á la reina Isabel de Castilla: «Las maneras finas y corteses, decia, son perpétuas cartas de recomendacion para los que las tienen.» Y no se crea que el adquirirlas es una obra muy difícil: basta para ello no desdeñarse de intentarlas, ser un poco observador de los modales de los demás, y para conseguir el resto; tener alguna confianza en uno mismo; porque si se estudian demasiado esas pequeñas conveniencias que deben cogerse al vuelo, las buenas maneras que uno quiera tener perderán lo que las hace más agradable, que es una fácil naturalidad, siendo la afectacion en este punto, como en cualquiera otro, una cosa de muy mal efecto.

Las maneras estudiadas de ciertas personas, se parecen á los versos que tienen contadas todas sus sílabas. No tener atencion ni cortesía

con los demás, es enseñarles á que sean lo mismo con nosotros y á que nos pierdan el respeto que nos deban. Especialmente con los extranjeros y con los aficionados á la formalidad, es necesario no dispensarse de los cumplidos y pequeñas atenciones. Sin embargo, el aire ceremonioso y la urbanidad excesiva no solamente fastidian, sino que dan que sospechar y hacen perder la confianza de las personas á quienes se trata de ese modo.

El arte de insinuarse en el ánimo de los demás y de ganar sus simpatías, tiene puntos de contacto con ciertas fórmulas de política, en el fondo bastante comunes, pero que, á la larga, son de grande efecto cuando se las sabe escoger y emplear á propósito.

Como la excesiva familiaridad se establece fácilmente entre personas de una misma categoría y de una misma edad, debe procurarse conservar con ellas una poca entereza: este peligro es menor respecto de los inferiores, con los cuales somos siempre dueños de hacernos respetar. El que siempre quiere estar en medio, ya se trate de la sociedad, ya de los negocios, consigue que se cansen de él y disminuye su prestigio.

Es bueno tener frecuentemente deferencias

con los demás, acomodándonos á seguirlos y secundarlos, y dándoles á conocer que no obramos así por una excesiva docilidad, sino por política y consideracion hácia ellos. Sin embargo, al acomodarse al sentimiento ó al gusto de los extraños, es conveniente añadir siempre alguna cosa de uno mismo; por ejemplo, si adoptais una opinion, modificad un poco vuestro asentimiento, añadiéndole algunas variaciones; al aceptar un consejo, exponed tambien algunas razones distintas de las que hayan empleado para persuadiros. No seais cumplimenteros, porque si teneis este defecto, vuestros envidiosos, olvidando las buenas prendas que os adornen, no desperdiciarán la ocasion de poneros en ridículo y de acomodaros el epíteto de aduladores.

Un defecto igualmente perjudicial en los negocios es atribuir demasiada importancia á pequeñas cosas, y ser muy cuidadoso de aprovechar las ocasiones y los momentos oportunos. Salomon dice á este propósito: «El que teme demasiado á los vientos, se queda sin sembrar; y el que mira mucho á las nubes, no hace la recoleccion.» Un hombre diestro sabe procurarse más ocasiones de las que naturalmente se le habian de presentar. Las maneras, como los há-

bitos de un hombre, no deben ser ni muy afectados ni muy severos, sino corteses á la vez que bastante sencillos para que le sirvan de adorno y le den prestigio sin entorpecer su marcha.

LI.

DE LA ALABANZA.

Las alabanzas son los rayos que se reflejan de la virtud; pero como la imagen no es semejante al objeto que la produce sino que cuando el espejo es fiel, la gloria que proviene del pueblo es ordinariamente falsa, porque éste atiende generalmente á las apariencias y no al verdadero mérito.

Un mérito trascendental está muy por encima de la comprensión del vulgo: alaba sin dificultad las virtudes del orden más inferior;

las de segundo orden le causan admiracion ó más bien asombro, y desconoce el sentimiento de las virtudes sublimes. La apariencia del mérito y el simulacro de la virtud, arrastran los sufragios de las muchedumbres. La fama es semejante á un rio que sostiene los cuerpos ligeros y que lleva hundidos en su fondo á los que tienen más peso y solidez.

Pero cuando los sufragios de los hombres distinguidos por su nacimiento ó su mérito se juntan á los de la multitud, entónces solamente es cuando se puede decir con la Sagrada Escritura, que una buena reputacion es semejante á los perfumes más suaves; se extiende á lo léjos, y no desaparece nunca, porque es lo mismo que el aroma de las sustancias untuosas á que Salomon se refiere, que es de más larga duracion que el de las flores.

Entra tanta falsedad en la mayor parte de los elogios, que no pueden creerse y deben considerarse fundadamente sospechosos, siendo con frecuencia una pura adulacion. Si se trata de un adulator vulgar, tendrá lugares comunes que le servirán para repartir incienso á toda clase de personas indistintamente; pero si es un adulator diestro, su voz no será otra cosa que el eco del adulator por excelencia, es decir, el

eco del amor propio de la persona á quien trate de alabar. Tendrá cuidado de atribuirlos el género de virtudes y talentos de que os creais más adornados; se atreverá á lisonjearos por las cualidades de que vosotros mismos sabeis muy bien que careceis, y aun se referirá á aquellas de que interiormente os ruborizais, sin embarazarse por lo que os diga vuestra propia conciencia.

Hay otras alabanzas que son hijas de una buena intencion y aconsejadas por el respeto. De esta especie son los homenajes que se tributan á los príncipes y á los grandes, á lo cual llamaban los antiguos: «Instruir á las personas con los mismos elogios que se les dispensan,» refiriéndose á las alabanzas que se les hacen de aquellas virtudes que no tienen y que deberian adquirir. Hay hombres á quienes se alaba maliciosamente y con el designio premeditado de perjudicarles atrayéndoles muchos envidiosos: «Los peores enemigos son los que alaban.» Los griegos tenian un proverbio supersticioso, que decia: «que cuando una persona elogiaba á otra con intencion de causarle daño, le salia una pústula en la nariz;» lo cual tiene parecido con este proverbio inglés: «Al que miente se le forma una hinchazon en la lengua.»

No es dudoso que los elogios moderados he-

chos oportuna y sin estrépito, contribuyen mucho á la reputacion del que los recibe. Salomon ha dicho: «El que madruga mucho para alabar en alta voz á su amigo, será para él una causa de maldicion.» Alabar con gran ruido á una persona ó una cosa, es estimular á sus envidiosos á contradecir los elogios y á deprimirla. No conviene elogiarse uno mismo sino que en ciertos casos muy raros; pero está permitido á cada uno alabar su empleo ó profesion, pudiendo hacerse esto con desembarazo y aun con cierta dignidad y elevacion. Los cardenales romanos que son teólogos, monges ó escolásticos, usan palabras á propósito despreciativas é injuriosas para hablar de los empleos y oficios relativos á los asuntos temporales, tales como los de embajadores, ministros, generales de ejército, jueces, magistrados, etc. Les dan irónicamente el nombre de esbirros, como si semejantes cargos no tuviesen más importancia que los de alguacil, ujier, bedel, etc. Al hablar San Pablo de sí mismo, dice más de una vez: «En cuanto á mí, hablo como de un insensato;» pero refiriéndose á su ministerio, exclama: «No temeré enaltecer en toda ocasion mi apóstolado.»



LII.

DE LA VANIDAD Ó DE LA VANAGLORIA.

Una de las fábulas más ingeniosas de Esopo, es aquella de la mosca que, colocándose sobre el eje de un carro, exclamó: «¡Oh! ¡cuánto polvo voy á levantar!» Las personas de quienes esta mosca es emblema son tan vanas y presuntuosas, que cuando una cosa marcha bien por sí misma ó por un poder superior, por pequeña que sea la parte con que hayan contribuido, se imaginan que á ellas se les debe todo.

Los orgullosos son siempre de un carácter inquieto y turbulento, porque no existe la vanidad sin una comparacion entre uno mismo y los extraños. Es necesario además que sean algo

violentos para sostener sus fanfarronadas; pero dichosamente son incapaces de guardar reserva, lo cual los hace ménos peligrosos, como lo dice este proverbio en que están caracterizados: «Mucho ruido y pocas nueces.»

A pesar de lo dicho, este mismo defecto puede ser útil en los negocios. Cuando se quiere hacer y propagar algun ruido, crear alguna opinion, adquirir una reputacion de talento, de virtud ó de grandeza y poder, son excelentes trompetas. Tambien son útiles en los casos semejantes á aquel en que se encontraban Antio-co y los Etolios, porque hay ocasiones en que las mentiras y exageraciones puestas en juego en dos partes á la vez, pueden producir un grande efecto. Supongamos, por ejemplo, que queriendo un hombre comprometer en guerra á dos potencias contra una, exagera á cada una separadamente las fuerzas de la otra; esta astucia podrá hacerle conseguir su objeto en ambas partes.

Algunas veces, un hombre que es mediador de un asunto entre dos personas, ponderando á cada una de ellas el poder que él ejerce sobre el ánimo de la otra, puede de este modo aumentar su influencia sobre los dos al mismo tiempo. En este caso y en todos los casos seme-

jantes, un embustero puede hacer de la nada alguna cosa; porque una mentira produce una opinion, y esta opinion produce resultados muy reales y efectivos. Es bueno que los militares sean un poco jactanciosos; porque lo mismo que un hierro aguza á otro hierro, las proezas y jactancias de los unos estimulan el valor de los otros.

En todas las empresas difíciles, grandes y peligrosas, son necesarios los hombres presuntuosos para dar el primer movimiento y poner á los otros en juego, pues de los que son circunspectos puede decirse que tienen más lastre que velas. Lo mismo sucede con la gloria de un hombre de letras; su fama volará más alta si la vanidad le presta algunas plumas. Los autores que han escrito sobre el menosprecio que debe tenerse de la gloria, han puesto sus nombres á la cabeza de sus tratados. Sócrates, Aristóteles, Galeno y aun el mismo Hipócrates, eran vanidosos. La experiencia prueba que la vanidad de un personaje contribuye mucho á perpetuar su memoria, y las virtudes más celebradas y enaltecidas han debido á esta causa el reconocimiento y la justicia de los otros hombres, más bien que á la bondad de sí mismas. Indudablemente la reputacion de Ci-

cion, de Séneca y de Plinio el jóven, hubiera sido ménos duradera sin una cierta mezcla de vanidad que entraba en la composicion de su genio y de su carácter, en lo cual esta vanidad se parece á esos barnices que á un mismo tiempo dan á los cuadros brillantez y duracion. Pero el defecto de que hablo aquí, no ha de confundirse con la cualidad que Tácito atribuye á Mucio. «Este hombre, dice, tenia un talento particular para hacer valer todo lo que habia dicho ó hecho.» Sin embargo, un talento de este género no procede de vanidad, sino de una rara prudencia que, siendo una mezcla de grandeza de alma y de discrecion, es útil al mismo tiempo que agradable. Todas esas excusas que un escritor da á sus lectores, esa deferencia que muestra hácia ellos y su misma modestia, ¿qué son sino una ingeniosa ostentacion y un medio de hacerse valer?

Pero de todos los medios que á este objeto contribuyen, el más juicioso y el más discreto es aquel de que habla Plinio el jóven, que consiste en alabar en los otros las virtudes y talento de que uno mismo se halla adornado. «Elogiando de este modo á un extraño, dice, está claro que trabajais para vosotros mismos; porque si siéndoos inferior en el particular á

que os referís no deja de merecer elogios, con mayor motivo los mereceis vosotros; y si os lleva ventajas y no merece ninguna alabanza, como se podria creer si no teneis el cuidado de dispensarlas, ménos podreis vosotros merecerlas.» Un vanidoso es el juguete de los discretos, el ídolo de los tontos, la presa de los aduladores y el esclavo de su propia vanidad.



LIII.

DE LA GLORIA Y LA REPUTACION.

La reputacion depende de un cierto arte de hacer valer los talentos y las virtudes, dándolos á conocer bajo un punto de vista ventajoso, pero sin incurrir en afectacion. Los que corren abiertamente hácia la gloria, sucede con frecuencia que hablan de sí mismos más de lo que

conviene, sin conseguir inspirar la más pequeña admiracion.

Otros, al contrario, parece que desean oscurecer su propio mérito cuando convendria que lo manifestasen, y por este descuidado proceder no logran la reputacion que justamente merecen.

Cuando un hombre consigue ejecutar lo que jamás nadie emprendió, lo que se ha intentado sin resultado satisfactorio, ó lo que si alguien ha llevado á término ha sido con poca perfeccion, adquiere más renombre que si guiándose por las huellas de otro hubiese ejecutado una empresa más difícil ó que exigiese mayores talentos y virtudes.

Si un hombre sabe dominar sus acciones y atemperar las unas con las otras de tal manera que algunas sean agradables á todos los partidos, y en general á todos los cuerpos que forman el Estado, el ruido de las alabanzas que le dispensan se compondrá de mayor número de voces, pero sin tanta energía y sonoridad. Esto es desconocer los verdaderos medios de adquirir reputacion y empeñarse en una empresa donde cualquier descalabro sería más vergonzoso que glorioso un buen suceso.

La gloria que se adquiere aventajando á los

rivales, es por lo comun muy brillante, y puede compararse á una piedra preciosa que puliéndose y tallándose en facetas, despide cada vez mayores resplandores. Así pues, proponeos sobrepajar á vuestros competidores, aventajándolos, si es posible, en aquello mismo en que sobresalen.

Los criados, los clientes y los amigos discretos, contribuyen mucho á nuestra reputacion, como lo dice esta sentencia de los antiguos: «Toda reputacion, buena ó mala, nace de aquellos con quienes vivimos.» El mejor medio de prevenir la envidia y defenderse de ella, consiste en declarar abiertamente y probar con nuestra conducta misma, que se desea más merecer una gloriosa reputacion que obtenerla: esto se hace atribuyendo nuestros triunfos y ventajas á la fortuna y á la Divina Providencia, más bien que á nuestros talentos, á nuestras virtudes, ó á la prudencia de nuestras acciones.

He aquí la idea que formamos de los diferentes grados de gloria y de reputacion, debidos á los hombres que tienen sobre los demás una autoridad soberana. Al primer orden pertenecen los fundadores de los imperios, sean monarquias ó repúblicas, tales como Rómulo, Ciro, César, Othman é Ismael.

El segundo comprende á los legisladores, honrados con el título de segundos fundadores, y que gobiernan despues de su muerte por las leyes que han dejado establecidas, por cuya razon pueden mirarse como una especie de príncipes perpétuos. De este número son Licurgo, Solon, Justiniano, Edgar y Alfonso de Castilla, apellidado el Sábio, que escribió las *Siete Partidas*.

Al tercer orden corresponden los salvadores ó libertadores de su patria, es decir, los que la han puesto á cubierto de cualquiera calamidad, tales como de las guerras civiles, de los tiranos, del yugo extranjero, etc. En esta clase se pueden considerar á César, Augusto, Vespasiano, Aureliano, Teodoro y Enrique VII, rey de Inglaterra.

Para el cuarto orden señalaremos á los que por brillantes victorias han extendido los límites del territorio de su patria, ó la han garantizado de las invasiones de los extranjeros.

Al último rango corresponden los verdaderos padres de los pueblos, es decir, los que gobernando conforme á los preceptos de la justicia, hacen la dicha de su patria durante su existencia. Los que colocamos en estas dos últimas clases son en número considerable, por lo cual sería inútil que citáramos ejemplos.

En cuanto á los grados de gloria y de re-

nombre de que son dignos los personajes de un orden más inferior, diremos que al primer lugar pertenecen los que los romanos llamaban *participes curarum*; es decir, esos sugetos sobre los cuales descargan los soberanos la mayor parte del peso de los negocios, vulgarmente llamados sus brazos derechos. Se deben colocar inmediatamente despues los grandes capitanes que no han mandado los ejércitos, sino que en calidad de lugartenientes del principe, y que le han prestado señalados servicios. Al tercer puesto corresponden los favoritos, en los cuales comprendo solamente á los que permaneciendo en la posicion que deben ocupar, se contentan con ser útiles y agradables al príncipe y contribuir á su dicha por medio de una dulce intimidad, sin ser perjudiciales al pueblo. En el cuarto ponemos á los hombres de Estado, es decir, á los que se encargan de los destinos más elevados y dificiles, y cumplen honrosamente el deber que se les ha impuesto.

Hay otro género de gloria que quizá podríamos colocar en el primer orden, la cual pertenece á esos hombres, tan raros como sublimes, que se condenan á una muerte segura por el bien ó la honra de su patria, como fueron Régulo y los dos Decios.

LIV.

DE LOS DEBERES DE UN JUEZ.

Los jueces jamás deben olvidar que su oficio es *jus dicere* y no *jus dare*; es decir que su oficio es interpretar y aplicar la ley, y no hacerla ó imponerla como comunmente se dice. De otro modo, la autoridad que usurparian sería semejante á la que se arroga la Iglesia romana, que con pretexto de explicar las Santas Escrituras, no halla dificultad en alterar su sentido, en añadirles lo que más le agrada y acomoda, y en declarar artículo de fe lo que no encuentra en ellas, introduciendo así, en nombre de la antigüedad, verdaderas innovaciones (1).

(1) Todos los católicos debemos considerar calumniosos los anteriores renglones. Son un ultraje que el anglicano Bacon dirige contra la Iglesia Romana.

Un juez debe ser más sabio que ingenioso, más respectable que simpático y popular, y más circunspecto que presuntuoso. Pero ante todo debe ser íntegro, siendo ésta para él una virtud principal, y la calidad propia de su oficio. «Maldito sea, dice la ley; el que muda las señales destinadas á marcar los límites de las posesiones.» El que arranca una simple piedra que sirve de lindero, es en efecto muy delincuente; pero mucho más lo es un juez parcial que se hace culpable de este crimen, y que cambia una infinidad de lindes dando una sentencia inícuca sobre tierras ó sobre cualquier otro género de propiedades. Una sola sentencia injusta ocasiona mayores males que un gran número de crímenes cometidos por los particulares: estos corrompen sólo los cauces y el remanente de las aguas, mientras que el juez corrompe el nacimiento mismo, como lo dice Salomon: «Que el justo pierda su causa por un injusto adversario, es una calamidad comparable á una agua sucia y corrompida desde su origen.» El oficio y los deberes de un juez tienen relacion con los litigantes, con los abogados, con los notarios, escribientes, procuradores y demás empleados subalternos de la justicia, y asimismo con el príncipe y el gobierno á quienes representa.

Por lo que mira á las causas y á las partes interesadas, la Escritura dice: «Hay jueces que convierten la sentencia en agenjos;» pero á esto podria haber añadido, que hay otros que la convierten en vinagre. La injusticia de una sentencia la hace amarga, y la dilacion la pone agria.

El primer deber de un juez y el principal objeto de su destino es reprimir la violencia y el fraude. La violencia es tanto más perniciosa cuanto es más descarada, y el fraude es tanto más funesto cuanto es más reservado y escondido. A esto se puede añadir, que los procesos muy contenciosos deben rechazarse por los tribunales de justicia, como un alimento indigesto y envenenado. Un juez debe allanarse los caminos para llegar á una sentencia justa, como Dios prepara los suyos elevando los valles y bajando las colinas. Por consiguiente, cuando el juez conozca que una de las partes tiene mucha preponderancia sobre la otra por la violencia de su marcha, por la destreza con que sabe aprovecharse de sus ventajas, por una intriga ó maquinacion que la apoya, por la proteccion de los hombres que se hallan en el poder, por la habilidad de su abogado ó por otra causa semejante, debe entónces dar una prueba sensible de

su prudencia é integridad, manteniendo en fiel la balanza á pesar de estas desigualdades, á fin de poder cimentar la sentencia sobre un suelo seguro y perfectamente nivelado.

«El que se suena con demasiada fuerza se hace sangre, y cuando la uva se pisa mucho el vino saca un gusto áspero que sabe al racimo.» El juez, pues, no debe fundar su fallo en una interpretacion muy rigurosa de la ley ni en lejanas consecuencias, sobre todo cuando se trate de las leyes penales: no debe hacer instrumento de crueldad, aquello que en la intencion del legislador es solamente un medio de terror. De otro modo pareceria desear que cayese sobre el pueblo la lluvia de que habla la Escritura en este versículo: «Hará llover redes sobre ellos.» Porque cuando las leyes penales se siguen con excesivo vigor, se las puede comparar á una lluvia de asechanzas ó lazos que cae sobre los pueblos. Y así es que cuando dichas leyes no se han aplicado en mucho tiempo ó cuando no convienen al tiempo presente, está en la prudencia del juez restringirlas en su aplicacion; pues su deber consiste en considerar, no sólo las cosas mismas, sino tambien el tiempo de cada cosa. En las causas capitales el juez debe mirar con ojos severos el

ejemplo que da el delito, y con ojos de conmiseracion la persona del delincuente.

En cuanto á los abogados y á la defensa de las partes, diremos que la gravedad y la paciencia en escuchar á los litigantes, son elementos esenciales de la justicia. Un juez muy hablador y que interrumpe frecuentemente la palabra, no es otra cosa que un címbalo que aturde y desconcierta. No es propio de un juez el querer hacer ostentacion de la vivacidad de su espíritu previniendo lo que el abogado debe decir, y sobre lo cual lograria informarse mejor con sólo la paciencia de escuchar. De ningun modo debe pues interrumpir ó cortar las pruebas y las deducciones de los abogados ni ir delante de las informaciones con preguntas precipitadas, ni aun suponerlas oportunas aunque merezcan este dictámen, sino que ha de escuchar atentamente hasta el fin.

Las funciones y obligaciones de un juez se reducen á cuatro: 1.º Debe comprender y determinar el órden y encadenamiento de las pruebas.—2.º Debe moderar las palabras de los litigantes evitando las repeticiones inútiles, todo lo que no tenga ninguna relacion directa con el asunto ni se refiera á la causa, las digresiones y las irregularidades.—3.º Debe recapitular,

entresacar, comparar y reunir los puntos esenciales de todo lo alegado por ambas partes.—
4.º Tiene, por último, que pronunciar la sentencia. Cualquiera otra cosa que se haga está de más, y ordinariamente tiene por causa la vanidad del juez, la comezon de hablar, la impaciencia al escuchar, la falta de memoria, y la impotencia para fijar y sostener la atencion.

Algunas veces asombra el ascendiente que un abogado audaz puede adquirir sobre un juez, el cual para hacerse semejante á Dios á quien representa cuando se encuentra sentado en su tribunal, debería abatir á los orgullosos y levantar á los humildes. Pero más chocante es todavía el que los jueces tengan abogados predilectos á los cuales dispensan un favor escandaloso: parcialidad que aumentando los honorarios de los abogados y los derechos del juez, hace á éste sospechoso de corrupcion y colusion.

Sin embargo, cuando una causa ha sido bien defendida y manejada con mucho acierto y claridad, el juez debe tributar algunos elogios al abogado, sobre todo al que ha perdido la causa. Estos elogios tienen el doble objeto de sostener el crédito del abogado en el concepto de su cliente, y hacer perder á éste su obcecacion en favor de su

propia causa. El interés público exige también que el juez, con la conveniente cortesía y moderación, dirija algunas reprensiones á los abogados, cuando éstos dan á sus clientes consejos engañosos; cuando con una negligencia visible hacen la defensa muy débil; cuando los hechos son más expuestos y muy poco circunstanciados; cuando son capciosos los medios de que se valen en el proceso; cuando litigan con una audacia ofensiva para el juez, y por último, cuando defienden una causa visiblemente injusta.

El abogado no debe aturdir al juez con sus voces ni usar artificios y manejos para volver á renovar una causa ya juzgada. El juez por su parte, no debe interrumpir al abogado, ni detenerle en mitad de su camino; sino que por el contrario ha de dejarle tiempo de explicarse, para no dar lugar á que la parte que defiende se queje de que su abogado y sus pruebas no han sido completamente escuchados.

Respecto de los procuradores, de los notarios y de otros empleados subalternos, diremos que el lugar donde se administra la justicia es un lugar sagrado, y que no solamente el tribunal, sino los bancos mismos y todo aquel recinto, deben hallarse exentos de escándalo y corrupción. Porque como lo dice la Santa Escritu-

ra: «No se vendimia nada entre las zarzas y los espinos.» De igual modo la justicia no puede dar sus preciosos frutos entre los zarzales y los abrojos, ó lo que es lo mismo, entre los curiales muy interesados y codiciosos. De estos se encuentran en el foro muy distintas especies: 1.° Los que sembrándolo de procesos enriquecen á los tribunales de justicia empobreciendo á los pueblos.—2.° Los que empeñan las audiencias en cuestiones de competencia, llamándose jactanciosamente sus amigos y defensores, sin ser otra cosa que los parásitos que las esquilman; que alimentan su orgullo y las estimulan con sus adulaciones á traspasar los límites de sus dominios, y que hacen, por último, su negocio á expensas de los mismos á quienes extravían con sus lisonjas.—3.° Los que se pueden considerar como la mano izquierda de los tribunales, que por medio de rodeos ingeniosos y de enredos hacen tomar un mal camino á los procedimientos, extraviando la justicia en senderos tortuosos y en un verdadero laberinto.—4.° Los exactores impíos, que son á los que se aplica con especialidad la comparación que se hace ordinariamente de los tribunales de justicia y de los espinos, bajo los cuales encuentran los rebaños un abrigo du-

rante la tempestad, pero donde dejan parte de su lana. Por el contrario, un escribano encanecido en su profesion, de una probidad reconocida, bien enterado de los procesos seguidos y de los juicios pronunciados, circunspecto en los que extiende de nuevo, instruido en los procedimientos y concedor del tribunal, es un excelente guia y muestra frecuentemente al juez mismo la ruta que debe seguir.

Respecto de lo que concierne al príncipe ó al Estado, los jueces deben, ante todo, recordar siempre esta conclusion de las Doce tablas: «Que la salud del pueblo sea la suprema ley;» y repetir al príncipe que «si las leyes no tienden á este objeto, se las debe mirar como reglas engañosas y como falsos oráculos.»

Se ve realmente que todo marcha con más orden y armonía en un Estado, cuando los príncipes conferencian frecuentemente con los jueces, lo mismo que cuando los jueces consultan frecuentemente al soberano ó á su gobierno: el príncipe debe hacerlo cuando una cuestion de derecho se atraviesa en las deliberaciones políticas, y los jueces cuando consideraciones que interesan al Estado se presentan mezcladas en las materias de derecho.

Sucede con bastante frecuencia que un ne-

gocio que se ventila en los tribunales de justicia y que sólo parece afectar á intereses particulares, puede tener consecuencias importantes para el Estado: considero como asuntos de Estado, no sólo los que tienen relacion con los intereses del monarca, sino tambien todo lo que puede ocasionar una grande novedad ú ofrecer algun ejemplo peligroso, y cuanto interesa visiblemente á una considerable parte de la nacion. Nadie considere como cierto el falso principio que dice que existe una incompatibilidad natural entre las leyes justas y la verdadera política.

Los jueces deben tambien acordarse de que el trono de Salomon estaba sostenido por leones. Por consiguiente será bueno que los jueces sean leones, pero que estén colocados debajo del trono, velando continuamente para impedir que se ataquen los derechos de la soberanía. En fin, los jueces deben conocer suficientemente su autoridad y prerogativas, y no ignorar que su deber les manda y su derecho les permite hacer un uso prudente y una juiciosa aplicacion de las leyes. En este sentido deben aplicarse las siguientes palabras del Apóstol, en que se refiere á la ley superior á todas las leyes humanas: «Sabemos que la ley es buena, siempre que se usa legítimamente.»

LV.

DE LA CÓLERA.

Querer ahogar en el pecho todo gérmen de cólera es una pretension descabellada, digna de un estoico. En esto tenemos un oráculo más seguro para guiarnos: «Encolerizaos, dice la Sagrada Escritura, pero guardaos de pecar, y que el sol no se ponga sobre vuestra cólera;» lo cual indica que se la deben poner límites, ó lo que es lo mismo, que se deben moderar sus movimientos y abreviar su duracion.

Mostraremos primero cómo se puede, generalmente hablando, dominar la tendencia y la disposicion habitual á la cólera ó irascibilidad; diremos en seguida cómo los movimientos particulares de esta pasion pueden ser reprimi-

dos, ó por lo ménos, cómo se puede impedir que ocasionen consecuencias muy funestas; y por último, indicaremos la manera de calmar ó encender esta pasión en los extraños.

El mejor remedio para conseguir lo primero es reflexionar sobre los efectos que esta pasión produce ordinariamente, y sobre los desórdenes innumerables que causa en la vida humana. El momento más oportuno para estas reflexiones es después que el acceso de cólera ha pasado. Séneca ha dicho con razón, que los efectos de la cólera se asemejan á la caída de una casa, que al desplomarse sobre otra ella misma se desmorona. La Sagrada Escritura nos exhorta á gobernar nuestra alma con la paciencia, y realmente sucede que el que pierde la paciencia, pierde la posesión de su alma. El hombre no debe parecerse á la abeja, que deja su vida en la herida que hace.

La cólera es una flaqueza, y se sabe que son ordinariamente los individuos más débiles, tales como los niños, las mujeres, los viejos, los enfermos, etc., los más expuestos á ella. De cualquier modo que sea, cuando uno se siente encolerizado, vale más mostrar desprecio que miedo, á fin de presentarse superior más bien que inferior á la injuria recibida y á

la persona que la hace, lo cual será siempre fácil, por poco que uno sepa dominarse en los momentos en que se sienta agitado de esta pasión.

Respecto del segundo punto, observaremos que las causas ó motivos de la cólera se reducen á tres: 1.ª Una grande sensibilidad á las injurias, y una excesiva suceptibilidad de carácter. Nadie se encoleriza mientras no se cree ofendido, lo que indica que las personas delicadas y muy suceptibles en materias de honor, son más irascibles que las otras: hay una infinidad de cosas que les hieren y que una naturaleza más fuerte no sentiría.—2.ª La inclinacion á encontrar en las circunstancias de la ofensa señales de desprecio, lo cual provoca y enciende la cólera tanto como la ofensa misma: así es que las personas ingeniosas para interpretarlo todo de este modo, se irritan más frecuentemente que las demás.—3.ª El temor de que la injuria perjudique á la reputacion.

El verdadero remedio de todos estos inconvenientes, remedio indicado por Gonzalo de Córdoba, consiste en tener un honor semejante á una tela fuerte. Pero el mejor preservativo contra esta pasión está en ganar tiempo, persuadiéndose, si es posible, de que el momento de

la venganza no ha llegado aún, de que uno logrará la ventaja en otra época, y de que no teniendo necesidad de apresurarse conviene más tener paciencia.

En cuanto á los medios para impedir que la cólera produzca efectos de que haya que arrepentirse, hay que tomar dos precauciones para conseguir el objeto. La primera es abstenerse de toda expresion demasiado dura y de toda personalidad muy picante, pues sólo las invectivas que se pueden dirigir á toda clase de personas, son las que hacen ménos impresion en cada individuo en particular. La segunda consiste en guardarse de revelar un secreto por un movimiento de cólera, porque semejante indiscrecion alejaria para siempre á un hombre de la sociedad, donde sería una plaga. Es necesario tambien, cuando se tiene entre manos algun asunto, tener la precaucion de no descomponerlo por causa de la cólera, y aún en el caso mismo de abandonarse á un acceso de esta pasion, no hacer al ménos nada de que haya despues que arrepentirse.

Tratando ahora de los medios de excitar ó de calmar la cólera en otra persona, diremos que todo depende de saber elegir los momentos. Una persona que está ya de mal humor, es muy

fácil de irritar; y asimismo se conseguirá esto interpretando las acciones, las palabras, etc., de cualquier individuo, de manera que se le haga creer que hay descontento y aún mucho desprecio hácia ella, cuyo medio está conforme con lo que más arriba dejamos dicho. En vista de esto, se podrá por consiguiente calmar esta pasión con medios diametralmente opuestos; es decir, que para hablar á una persona las primeras palabras sobre una cosa que pueda irritarla, es necesario escoger los momentos en que se la encuentra de buen humor, siendo así que todo depende de la primera impresion. El segundo medio consiste en interpretar benignamente la ofensa recibida; es decir, hacer creer á la persona ultrajada, que el ofensor no ha tenido el deseo de despreciarla, y atribuir el accidente á una mala inteligencia, al temor, á la pasión, ó á cualquiera otra causa de esta naturaleza.



LVI.

DE LAS VICISITUDES DE LAS COSAS.

«Nada hay nuevo sobre la tierra,» ha dicho Salomon: idea que tiene puntos de semejanza con el dogma imaginario de Platon, que dice: «Todo lo que se sabe son reminiscencias;» y con esta otra sentencia del mismo Salomon: «Toda cosa nueva, no es más que una cosa que se tenía olvidada;» de donde se puede concluir que el rio Letheo corre en la tierra igualmente que en el infierno. No sé qué astrólogo cuyas ideas son un poco abstrusas, pretende que, sin la accion combinada de dos causas cuyos efectos son permanentes, una de las cuales consiste en que las estrellas están siempre á la misma distancia unas de otras y en la misma situacion respecti-

va, y la otra en que el movimiento diurno es perpétuo y uniforme, ningun sér podria subsistir un solo instante.

La naturaleza, no se puede dudar que está en un flujo y reflujo perpétuos, y hablando propiamente podemos decir que no hay reposo absoluto y perfecto. Las dos grandes sábanas que envuelven las cosas en el olvido, son los diluvios y los temblores de tierra. Las grandes conflagraciones, ó grandes incendios espontáneos, y las grandes sequías, producen un efecto que no llega jamás á destruir todos los habitantes de los parajes donde estos desastres se verifican. El carro de Facton estuvo rodando un solo dia, lo cual indica que el incendio alegóricamente figurado en esta fábula, no fué de larga duracion. La sequía que hubo durante tres años en tiempo de Elías, y que este profeta habia anunciado, fué particular á cierto país, y no destruyó toda la poblacion. En cuanto á esos incendios ocasionados por el rayo, tan frecuentes en las Indias Occidentales, no son otra cosa que un accidente puramente local, y que se extiende poco. Respecto de los otros géneros de calamidades ó desastres, los individuos que de ellos escapan son por lo general hombres rústicos ó ignorantes obligados á vivir en las mon-

tañas, y que no pueden conservar ninguna tradicion auténtica de los tiempos que han precedido á éstos accidentes terribles; de suerte que todo permanece en un olvido tan completo y universal, como si no hubiese escapado con vida ningun individuo.

Por poco atentamente que se considere la constitucion y manera de vivir de los naturales de las Indias Occidentales, se pueden mirar, con bastante probabilidad de acierto, como una raza más jóven que todas las del antiguo mundo. Y es aún más verosímil que su destruccion casi completa no fué ocasionada por temblores de tierra, aunque así lo hubiese asegurado al ateniense Solon un sacerdote de Egipto, que suponía que la Atlántida se habia sumergido en una revolucion de esta especie. Esta catástrofe debe atribuirse más bien á un diluvio parcial, puesto que los temblores de tierra son raros en América, mientras que se ven, por el contrario, un gran número de rios largos y profundos que riegan dilatadas comarcas, y en comparacion de los cuales todos los de Asia, Africa y Europa son pequeños arroyos. A esto hay que añadir que la cordillera de los Andes es mucho más alta que todas las del antiguo continente, pudiendo haberse refugiado en sus elevadas cumbres los

restos de esta infortunada raza, tanto durante el diluvio como despues de él.

Respecto á la observacion de Maquiavelo, que pretende que la envidia y animosidad recíprocas de las sectas, es una de las causas que contribuyen muy eficazmente á borrar la memoria de las cosas, censurando en Gregorio el Grande su empeño por destruir del todo las antigüedades paganas, diré que no creo que este fanatismo haya ocasionado tan considerables efectos, ó al ménos efectos duraderos, como lo prueba el ejemplo de Sabiniano, uno de sus sucesores, que halló medio de hacer revivir todas estas mismas antigüedades.

No es este lugar oportuno para tratar de las vicisitudes y revoluciones de los cuerpos celestes. Sin duda que si el mundo no estaba desde su origen destinado á perecer, el grande año de Platon habria podido tener alguna realidad, y reunir en conjunto los mismos fenómenos, aunque no haciendo aparecer precisamente los mismos individuos en las mismas situaciones, lo cual no es más que una opinion quimérica inventada por los que atribuyen á los astros, no ya una influencia general y vaga sobre los cuerpos terrestres, como nosotros mismos reconocemos, sino una influencia más precisa y

capaz de producir un efecto específico sobre un individuo determinado.

Respecto de los cometas, es indudable que ejercen una influencia sensible sobre los movimientos y las maneras de ser de los cuerpos sublunares, pero hasta el día se ha tratado más de determinar sus órbitas y predecir sus reapariciones, que de observar detenidamente sus efectos, y sobre todo sus efectos respectivos y comparados: es decir, que se ha tratado especialmente de conocer con precisión los efectos propios de estos astros, su magnitud, su color, la dirección de su cola, su situación en las regiones del cielo, la época de su aparición, su duración, etc.

Existe sobre este particular una opinión un poco atrevida, que sin embargo no quisiera rechazar del todo, y que en mi juicio merece ser comprobada. Dicese que se ha observado en los Países-Bajos, no recuerdo en qué paraje, que al cabo de treinta y cinco años se reproduce la misma época con las mismas particularidades en las estaciones, es decir, con los mismos fenómenos meteorológicos, tales como grandes hielos, grandes lluvias, grandes sequías, inviernos templados, estios frescos, y todo ello casi en un orden correspondiente. He creído

deber hacer mención de esto, porque habiendo comparado yo mismo ciertos años, de los cuales me acordaba con los que les correspondían en el pasado, encontré realmente que los últimos eran muy parecidos á los primeros.

Pero abandonemos estas observaciones sobre la naturaleza y fijémonos en lo que concierne al hombre. Las mayores vicisitudes que se observan entre los hombres, son las que se refieren á las religiones y las sectas, porque á ellas pertenecen las creencias que más poderoso influjo ejercen en el espíritu humano. La verdadera religion es la única que se ha fabricado sobre roca dura, habiendo sido todas las demás levantadas sobre arena movediza y continuamente agitada por las olas del tiempo. Así pues, vamos á dirigir algunas miradas y á aventurar algunas observaciones sobre las causas que ocasionan el nacimiento de las nuevas sectas, y añadiremos tambien algunos consejos sobre este mismo asunto, todo ello en cuanto sea permitido á la debilidad propia del espíritu humano detener el desarrollo de estas opiniones tiránicas, y encontrar algun remedio á sus grandes males.

Cuando la religion que viene aceptada y establecida desde largo tiempo es objeto de dis-

putas y controversias; cuando sus ministros en lugar de atraerse la veneracion pública con una vida santa y ejemplar se hacen odiosos y despreciables con una conducta escandalosa, y cuando al mismo tiempo los pueblos están sumidos en la ignorancia y la barbarie, entónces es cuando debe temerse el nacimiento de alguna secta, sobre todo si coincide con estas circunstancias la aparicion de algun talento extraordinario que sea aficionado á paradojas, bastante audaz para sostenerlas públicamente, y bastante obstinado para defenderlas á todo trance. Todas estas circunstancias de que hablamos existian reunidas cuando Mahoma publicó su ley. Pero hay otras dos condiciones sin las cuales una secta ya formada no puede extenderse mucho: la una es el designio público y manifiesto de destruir ó debilitar la autoridad establecida, pues nada hay que sea para el pueblo tan agradable como esto, ni tan propio para seducirlo; y la otra consiste en dejar mucho campo á las inclinaciones y apetitos sensuales que dominan á los hombres.

Las herejías especulativas, tales como fueron otras veces las de los arrianos, pueden arraigarse hasta cierto punto en el espíritu; pero nunca pueden ocasionar grandes revoluciones

en los Estados, á ménos que se encuentren combinadas con el descontento general y con otras causas políticas.

Se pueden fundar las nuevas sectas por tres clases de medios, á saber: con milagros supuestos ó prodigios de cualquiera especie; con la elocuencia ó la fuerza de la persuasion, y valiéndose de las armas. Respecto de los mártires, no titubeo en calificarlos de seres milagrosos, puesto que parecen exceder á las fuerzas de la naturaleza humana: la misma opinión abrigamos de una rara pureza de costumbres y de una vida de apariéncia enteramente santa. El más seguro medio para ahogar en su nacimiento las sectas ó los cismas, es corregir los abusos, terminar toda clase de diferencias; proceder con suavidad absteniéndose de toda persecucion sangrienta, y en fin, atraer y reducir á los principales jefes, ganándolos mas bien con dádivas, con destinos y honores, que irritándolos con la violencia de la crueldad.

La historia nos ofrece una multitud de ejemplos de mudanzas y vicisitudes ocasionadas por las guerras. En este caso dependen de tres causas principales, que son: el teatro de la guerra; la naturaleza y la calidad de las armas, y la disciplina militar y la táctica, ó sea el gra-

do de perfeccion de este arte. Parece que en los tiempos más remotos caminaban las guerras de Oriente á Occidente; y así vemos que los asiáticos, los persas, los egipcios, los árabes y los scitas que han hecho sucesivamente invasiones, eran naciones orientales. Los galos eran sin duda un pueblo occidental, pero de las dos irrupciones que hicieron, la una fué en la parte del Asia menor, llamada despues Galia-Grecia, y la otra contra los romanos. Es cierto que el Oriente y el Occidente no tienen en los cielos ningun punto fijo que los señale sobre la tierra y que se relacione al uno más que al otro, y tampoco la historia suministra ningun punto de observacion constante, que pruebe que las guerras van más bien de Este á Oeste, que en sentido contrario. Pero el Norte y el Mediodia se distinguen por diferencias permanentes y que dependen de su situacion con relacion á los cielos.

Rara vez se ha visto á los pueblos meridionales invadir los países del Norte, mientras lo contrario ha sucedido con mucha frecuencia, lo cual prueba suficientemente que los moradores de las comarcas septentrionales son por naturaleza más belicosos: este fenómeno puede depender de que los astros ejercen mayor influencia

sobre el hemisferio boreal; de la grande extension de territorios situados hácia el Norte, bien á diferencia del hemisferio austral que, por lo ménos en su parte conocida, se halla casi del todo ocupado por las aguas; ó en fin, del intenso frio que reina en las regiones septentrionales, que es la causa que debe considerarse como principal. Independientemente de la disciplina de los ejércitos, el rigor del clima que hace más duros los cuerpos y capaces de mayor resistencia, hace tambien á los hombres más robustos y valerosos. Esto se comprueba en el ejemplo de los araucanos, cuyo país está situado en la parte más fria de la América, y cuyo valor superaba al de los habitantes del Perú.

Todo imperio que entra en el período de su decadencia y que ha perdido la mayor parte de sus fuerzas militares, debe guardarse de provocar guerras: mientras los grandes imperios se hallan en un estado de vigor y prosperidad, ponen su confianza solamente en las tropas nacionales, y enervan y destruyen así las fuerzas de las provincias conquistadas; pero cuando sus tropas flaquean ó se debilitan, todo se pierde instantáneamente y vienen á ser la presa de sus enemigos. Un notable ejemplo de esto se encuentra en la decadencia del imperio romano,

y en la del imperio de Occidente despues de la muerte de Carlo Magno, época en què las cosas volvieron á su estado anterior. Esto mismo es lo que ocurrirá á la monarquía española si sus fuerzas llegan á decrecer sensiblemente. El acrecentamiento muy considerable ó muy rápido, y la reunion de Estados cuyo efecto es con frecuencia este mismo acrecentamiento, son tambien causas naturales de guerras. Porque un reino cuya extension y poder crecen de pronto, es comparable á un rio, cuyas aguas aumentan de una manera extraordinaria, y que rebosando por sus márgenes inundan las comarcas vecinas.

Una observacion que merece ser conocida de los políticos, es que cuando en una parte del mundo se encuentran algunas naciones sumidas en la barbarie entre otras muchas civilizadas, los hombres no se determinan fácilmente á contraer matrimonios ni aspiran á tener hijos, á ménos que cuenten con la seguridad de poder atender á la subsistencia de éstos y á sus demás necesidades (observacion que puede aplicarse á todas las naciones hoy existentes exceptuando á los tartáros); y entónces esas grandes inundaciones de hombres que otras veces han tenido lugar, son muy poco de temer. Si por el

contrario abundan más los pueblos pobres en los cuales no cuidándose de la subsistencia de los hijos se multiplica mucho la población, entonces es una necesidad que una vez cada siglo, ó cada dos siglos por lo ménos, descarguen el exceso de sus habitantes invadiendo los países vecinos. Esto tenían costumbre de hacer los antiguos pueblos del Norte, encomendando á la suerte que decidiera cuáles habian de permanecer en la patria de sus mayores, y cuáles habian de ir á buscar fortuna á otra parte.

Cuando una nacion guerrera pierde su espíritu belicoso y se entrega al lujo y la molicie, puede contar con la seguridad de ser atacada; porque generalmente sucede que degeneran los pueblos á medida que se enriquecen, ofreciendo así una rica presa, al mismo tiempo que una presa sin defensa, lo cual es un doble motivo que provoca la invasion.

En cuanto á la naturaleza y calidad de las armas, diremos que es asunto sobre el cual puede hablarse muy poco: sin embargo, tambien sufren sus vicisitudes, siendo cierto que los habitantes de la ciudad de los oxidracas usaban una especie de artillería que los macedonios calificaban de rayos, de relámpagos y de armas mágicas.

Se sabe en la actualidad que la pólvora, igualmente que las armas de fuego de grueso y pequeño calibre, eran conocidas y empleadas en la China hace más de dos mil años. Hé aquí las condiciones que deben reunir las armas de esta especie, y hácia las cuales han de ir perfeccionándose: 1.ª Deben alcanzar á gran distancia para que ocasionen mayor estrago en los enemigos, consistiendo en esto la ventaja de los cañones, de los mosquetes, de los trabucos, de los pedreros, etc. 2.ª La fuerza del proyectil debe tambien tomarse en consideracion, y bajo este punto de vista, la artillería moderna lleva grandes ventajas á los arietes y á todas las máquinas de guerra de los antiguos. 3.ª Deben ser tambien de fácil manejo, de suerte que se pueda hacer uso de ellas en todos tiempos; es decir, que sean fáciles de trasportar, de dirigir, etc.

Respecto del modo de hacer la guerra, las naciones han considerado el número, la fuerza y valor de sus soldados como la medida del poder de sus ejércitos. Para resolver sus diferencias se presentaban en batalla campal señalando el día y sitio del combate; pero á estos ejércitos tan numerosos no se sabía aun ordenarlos: despues la experiencia hizo sentir los inconve-

nientes de unas muchedumbres tan embarazosas, y se redujo su número: entónces fué cuando se aprendió el arte de escoger las posiciones ventajosas, de hacer escaramuzas, campamentos, marchas y contramarchas, de establecer las reservas, y de valerse de retiradas verdaderas ó fingidas, etc., é igualmente la táctica, que hizo tambien progresos considerables.

En la juventud de los imperios florece la profesion militar, y despues aparecen las letras, las ciencias y las artes. En la época que sigue inmediatamente á la anterior, las armas y las artes liberales florecen aún reunidas por algun tiempo. En el período decadente de las naciones, las artes mecánicas y el comercio gozan el honor y la preferencia. Las letras tienen tambien su infancia, en que, por decirlo así, no hacen más que balbucear. En seguida viene su juventud, caracterizada por esa abundancia y ese lujo de pensamiento y expresiones que son propios de esta edad. En su época de madurez, las ideas y el estilo se abrevian y depuran, haciéndose por consiguiente más sólidos, adquiriendo por último en la vejez mayor brevedad y energia. Respecto de los aficionados á la filología que han ejercitado su pluma sobre el asunto de que nos ocupamos, observaremos que

sus escritos no son más que un tejido de cuentos y consideraciones fútiles, que en un tratado tan sério como este no merecen ocupar un lugar.

FIN.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo del traductor.....	5
I.—De la verdad.....	13
II.—De la muerte.....	19
III.—De la unidad del sentimiento en la Iglesia cristiana.....	23
IV.—De la venganza.....	35
V.—De la adversidad.....	38
VI.—De la disimulacion y el fingimiento.....	41
VII.—De los padres y de los hijos.....	48
VIII.—Del matrimonio y del celibato.....	52
IX.—De la envidia.....	57
X.—Del amor.....	67
XI.—De los destinos elevados y de las digni- dades.....	71
XII.—De la audacia.....	80
XIII.—De bondad natural ó adquirida.....	85
XIV.—De la nobleza.....	91
XV.—De los motines y sublevaciones.....	95
XVI.—Del ateismo.....	111
XVII.—De la supersticion.....	119
XVIII.—De los viajes.....	123
XIX.—De la soberania y del arte de mandar....	130
XX.—Del consejo y de los Consejos de Estado.	141
XXI.—De la dilacion y de la lentitud en los ne- gocios.....	154
XXII.—De la astucia y de la sutileza.....	156
XXIII.—De la falsa prudencia del egoista.....	167
XXIV.—De las innovaciones.....	171
XXV.—De la expedicion en los negocios.....	175
XXVI.—De la afectacion de prudencia y del ma- nejo que usan los aficionados á forma- lidades.....	179
XXVII.—De la amistad.....	182
XXVIII.—De los gastos.....	198

	<u>Páginas.</u>
XXIX.—De la verdadera grandeza de las naciones.....	202
XXX.—De la manera de conservar la salud.....	219
XXXI.—De la sospecha.....	225
XXXII.—De la conversacion.....	228
XXXIII.—De las colonias ó fundaciones de pueblos.....	233
XXXIV.—De las riquezas.....	240
XXXV.—Sobre las profecias y otras predicciones..	250
XXXVI.—De la ambicion.....	256
XXXVII.—Del carácter natural en los hombres.....	262
XXXVIII.—De los hábitos y de la educacion.....	267
XXXIX.—De la fortuna.....	272
XL.—De la usura.....	277
XLI.—De la juventud y la vejez.....	287
XLII.—De la belleza.....	292
XLIII.—De la fealdad y de la deformidad.....	295
XLIV.—Consideraciones sobre los jardines.....	298
XLV.—De las negociaciones, ó del arte de manejar los negocios.....	313
XLVI.—De los clientes y de los amigos de un órden inferior.....	317
XLVII.—De los procuradores y de los pretendientes.....	321
XLVIII.—De los estudios.....	326
XLIX.—De las facciones y de los partidos.....	331
L.—De los modales, y de la observacion de las conveniencias sociales.....	336
LI.—De la alabanza.....	340
LII.—De la vanidad ó de la vanagloria.....	344
LIII.—De la gloria y la reputacion.....	348
LIV.—De los deberes de un juez.....	353
LV.—De la cólera.....	363
LVI.—De las vicisitudes de las cosas.....	368

PUNTO DE VENTA.

Esta obra se halla á la venta en las principales librerías de Madrid y provincias, al precio de **tres pesetas.**

Los pedidos se dirigirán á **Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid,** quien lo remitirá á vuelta de correo, certificado para que no sufra extravío, siempre que al pedido se acompañe su importe en libranza ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

En los mismos puntos y á igual precio, se halla á la venta la obra **Ensayo sobre la opinion pública,** por D. Arcadio Roda Rivas; esta obra forma un tomo de 416 páginas de gran papel y esmerada impresion, del mismo tamaño que el presente.